

*A Fidel Castro Ruz,  
que lleva en su conciencia toda la ética  
y sabiduría política que faltó en el siglo XX.*

## Prólogo

**M**ax Henríquez Ureña llanó «la historia narrada por sus creadores» al conjunto de textos escritos sobre nuestra Guerra de los Diez Años por protagonistas suyos, y explicó así la génesis de dichos textos: «acuden a deponer ante la historia, como fedatarios del proceso en que están envueltos, los propios actores que, a más de vivir los acontecimientos, han contribuido a crearlos», y reconstruyen «para la posteridad los episodios en que les tocó intervenir, que al cabo son pedazos de su propia vida». El hecho se repetiría en Cuba en relación con distintos acontecimientos: señaladamente, la nueva etapa de la Guerra abierta en 1895; y, ya en nuestro siglo, la Revolución que se intentó alrededor de los años treinta. Estos grandes empeños, si bien iban radicalizando sus metas, conservaban entre sí vínculos profundos, pues todos se proponían hacer posible la nación para sí, y conquistar la justicia social. Por añadidura, la frustración en 1898 de la Guerra de Independencia, y en 1935 de «la Revolución que se fue a bolina» (según la gráfica observación de Roa), debida en ambos casos a la injerencia imperialista estadounidense, contribuyó todavía más a

aunar esas hazañas en un propósito común caracterizado por la afirmación del país, la rebeldía y la rectitud moral. «La historia narrada por sus creadores» nos daría una y otra vez testimonio de ello. El libro que el lector/la lectora tiene entre las manos lo muestra con claridad.

Su autor, Armando Hart, es un ejemplo de primera línea de los que en la Cuba de hoy son llamados, de modo significativo, compañeros «históricos», es decir, quienes estuvieron en la gestación misma del proceso revolucionario que llegó al poder en 1959. Con esa autoridad ha escrito esta obra, para la cual parecen dichas no pocas de las palabras recién citadas de Henríquez Ureña. Como trenzándose con esas palabras, en el libro de Hart leemos: «Para mí todo estaba enlazado o formaba parte integral de la gran tarea revolucionaria e histórica que teníamos por delante. *Sentía que en mi vida personal no había nada ajeno a ella*»\*. Eso es lo que sentirá quien lea el libro, el cual es a la vez la evocación de las peripecias de un ser humano concreto, durante un período intenso, y la contemplación de ese período, con sus riesgos y dolores, sus esperanzas y grandezas.

Tal período es nada menos que el de los años que entre nosotros anteceden, en lo inmediato, a la hoy famosa década del sesenta, y, en consecuencia, al triunfo de la Revolución Cubana. Y ni esa década ni la misma Revolución pueden ser entendidas a cabalidad si se ignora cómo se formaron. Hart aporta aquí elementos esenciales para el recto entendimiento de esa formación, sobre la cual tanto se ha especulado, no siempre con el imprescindible conocimiento de los hechos: cuando no con prejuicios que deforman la perspectiva.

Aquí los hechos son mostrados en su plena transparencia, y limpios de prejuicios. El autor, cuya vida sorprende por su

\* Énfasis de R. F. R. (N del E.)

cúmulo de audacias, peligros y (en el mejor sentido del término) aventuras múltiples, parece sin embargo echarse a un lado para dar la palabra a la historia escueta. Incluso los documentos personales que incorpora son flechas disparadas hacia esa historia. Las propias meditaciones no tienen otra finalidad que llevar luz a las acciones. La magnitud de ellas, y la impresionante estela que dejaron tras sí, explican la repercusión que sin duda tendrá la obra.

«Un país frustrado en lo esencial político», como en vísperas de los años cincuenta lo había descrito el poeta José Lezama Lima; un país que había sido convertido por los Estados Unidos primero en tierra militarmente ocupada, luego en un protectorado, y en una neocolonia, con la complicidad de serviles dirigentes locales entregados a la corrupción más desvergonzada, tocó fondo cuando el 10 de marzo de 1952 Fulgencio Batista dio su golpe de Estado. Pero «Dios escribe derecho por líneas torcidas», como asegura el proverbio portugués: el rechazo de aquella ignominia acabó haciendo despertar a la ciudadanía, encendiendo bríos, generando nuevos dirigentes, el más alto de los cuales fue (es) Fidel. Amando se contó entre ellos, y uno de sus grandes méritos fue haber reconocido pronto el liderazgo indiscutible y perpetuamente creador de aquél.

Antes de las acciones fundadoras que en 1953 intentaron tomar el cielo por asalto, Amando había militado bajo la orientación de un hombre honrado, el profesor Rafael García Bárcena, de quien traza un noble retrato (como también lo hace de otras figuras que merecen el relieve que aquí se les da: baste recordar el nombre de Faustino Pérez). Es un hallazgo de Hart haberlo emparentado, por su singular libro *Redescubrimiento de Dios*, con quienes años más tarde propugnarían la Teología de la Liberación, de la cual García Bárcena fue a todas luces un precursor, aunque en el mo-

mento de la aparición del libro (1956) era harto difícil comprenderlo: destino habitual de los precursores.

Pero aquel filósofo bien intencionado y valiente no podía ser, sin embargo, quien encabezara el vasto, trepidante movimiento insurreccional requerido por el país. Los asaltos a los cuarteles Moncada, en Santiago de Cuba, y Carlos Manuel de Céspedes, en Bayamo, revelarían a Fidel como esa cabeza entonces emergente. Hart lo conocía y apreciaba desde antes. Se habían conocido en las filas de la Ortodoxia, el partido fundado por Eduardo Chibás que bajo la consigna adecentadora «Vergüenza contra dinero» prendería en la gran mayoría del pueblo cubano. A pesar de la inmolación de Chibás en 1951 (su dramático «último aldabonazo»), contra ese partido fue dirigido esencialmente el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952; y del sector juvenil de ese partido saldrían los asaltantes de 1953 y el núcleo de lo que sería el pujante Movimiento 26 de Julio, entre cuyos fundadores y constantes dirigentes iba a encontrarse Hart. Él ha descrito con claridad el proceso en este libro, por lo que es ocioso insistir en el punto. De la misma manera que sería ocioso glosar las mil peripecias a que asistimos a lo largo de la obra, y que tanto tienen que ver con la dialéctica de la Sierra y el Llano en la lucha antibatistiana. En un punto, sin embargo, quiero detenerme, por su trascendencia. Refiriéndose a documentos elaborados para darlos a conocer a raíz del 30 de noviembre de 1956, en espera de la llegada del yate «Granma» a Cuba, Hart explica:

estos documentos son la prueba de que marchábamos a un enfrentamiento con el imperialismo, y de que la idea de la revolución social había penetrado en los combatientes del 26 de Julio de forma radical.

Fuera del país se tejió la historia de que nuestro proceso podía haber derivado hacia una revolución burguesa. A los que tal

cosa han pensado, les invito a que reflexionen sobre las consecuencias de la aplicación de todo nuestro programa.

Más adelante añadirá Hart: «es más, la composición social de los cuadros más representativos de la dirección y de los combatientes de filas no era burguesa»; lejos de eso, ellos «pertenecían a las masas trabajadoras, a las capas medias, en su mayoría de escasos recursos, a los campesinos pobres y a los desempleados». Observaciones así sustentan las razones de lo que, en el Epílogo, dice Hart:

En noviembre de 1959, cuando se produjo una compleja discusión en el Consejo de Ministros —Hart era a la sazón Ministro de Educación—, dije: «Para entender a Fidel hay que tener muy presente que está promoviendo la Revolución Socialista a partir de la historia de Cuba, América Latina y el pensamiento anticolonialista y universal de José Martí».

Y luego: «Me hice fidelista porque Fidel ha sido capaz de defender y materializar con dignidad y talento los paradigmas éticos y democráticos revelados en esa tradición patriótica».

No hay síntesis mejor para este libro vibrante y honrado que tales palabras. «Esa tradición patriótica» había permanecido viva en un país que tras pelear treinta años por su independencia, experimentó cómo se la arrebató una nueva metrópoli, inauguradora con su intervención en 1898 del imperialismo moderno; en un país donde las luchas antidictatoriales y reivindicadoras de hombres como Mella, Martínez Villena, Guiteras y Pablo de la Torriente, se habían fundido con un pensamiento social y una conducta internacionalista autóctonos y ya inseparables. La Generación del Centenario del nacimiento de José Martí, quien encarnara en grado sumo aquella tradi-

ción, encontró en ella su fuente intelectual, su fundamento moral, su impulso básico. Este libro de Armando Hart, miembro sobresaliente de aquella Generación, contribuirá a hacerlo ver con nitidez, y es por tanto un aporte a la comprensión de las raíces en que se afianza nuestro presente, abierto, no obstante las dificultades actuales, a un futuro que siendo genuino sólo puede ser de victoria.

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

La Habana, 7 de octubre de 1997

## Agradecimientos

Es al pueblo de Cuba y a la vanguardia de la Generación del Centenario, protagonistas de la hazaña, a quienes debo, en primer lugar, mi gratitud. Asimismo, agradezco a:

La Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, fundada por la compañera Celia Sánchez, y a la Biblioteca Nacional José Martí, las facilidades que me brindaron para llevar a cabo la investigación preliminar.

Graciela Rodríguez (Chela), mi secretaria, quien guardó celosamente muchos de estos papeles en mi archivo personal.

Luis Buch y Héctor Rodríguez Llompart por su valioso aporte.

Clara Rosio y Luis Quintana el cuidadoso trabajo de diseño gráfico digital.

Ana Victoria Fon, quien realizó la edición del libro con esmero y rigor profesional.

Orar González y Camilo Pérez Casal su contribución, de manera decisiva, a que el proyecto se hiciera realidad.

A. H. D.

La Habana, diciembre de 1997

## Presentación

Desde fines de la década del setenta comencé a escribir estas crónicas... A partir de 1991, Eloísa Carreras, mi esposa, analizó e investigó esos «papeles» hasta proponerme cómo hacer el presente libro. Sin su pertinaz insistencia no habría podido reconstruirlo de esta forma. Juntos trabajamos para llegar a las memorias que ahora les entrego.

Siempre que escribo tengo presentes las realidades políticas que debo enfrentar. No me mueve un afán especulativo, sino conocer y abordar situaciones concretas.

Los acontecimientos que narro abarcan en lo esencial mi recorrido por la lucha clandestina. Viví estos hechos las veinticuatro horas del día, sin pensar en otra cosa que en ellos. No los he descrito en todos sus detalles; hay, pues, omisiones y vacíos.

Lo que experimenté en ese período se entrecruza en mi memoria, y presentarles una relación de hechos enmarcados en estricta cronología no facilitaría arribar a una adecuada conclusión. Por tal motivo, incluso cuando se den fechas, el análisis de conjunto es lo principal.

Aunque no soy historiador me apasiona esta historia. Les entrego las razones por las que asumí la Revolución Cubana como la causa de mi vida.

Sería imposible entender el proceso ulterior de la Revolución y las posibilidades que se abrieron para su radicalización acelerada, sin tener en cuenta la transformación que se produjo en Cuba, como consecuencia de la acción revolucionaria del Movimiento 26 de Julio.

En este trabajo destaco rasgos personales de un grupo de compañeros de lucha a quienes rindo homenaje. Al mismo tiempo, incluyo cartas, circulares, y otros documentos para que se pueda confirmar el carácter social, profundamente radical, que desde los años forjadores tenía la Revolución.

Durante el período que abarca este relato, los representantes de los partidos políticos tradicionales alineados frente a la tiranía pierden toda posibilidad de dirigir el movimiento popular y representar al país. El liderazgo pasa definitivamente a Fidel Castro y al movimiento revolucionario iniciado en el Moncada.

En esta historia se internó mi vida en los años cincuenta. A ella llegué por una línea de pensamiento y sentimientos que identifiqué con los recuerdos de la infancia. Las ideas de justicia y la búsqueda de equilibrio se encuentran en sus raíces más íntimas. Asumí estos valores y convicciones con un sentido ético transmitido por la familia, la escuela y la tradición cultural cubana, cuyo punto más elaborado se halla en José Martí. Para mí todo empezó como una cuestión de carácter moral.

Con estas observaciones doy comienzo a mi testimonio sobre la época en que me hice fidelista.

## I

### Antecedentes

**M**ás de ciento cincuenta años marcados por hechos y hombres con su carga de heroísmo, sacrificio y enseñanzas forjaron la nación cubana. Este país creció y se fortaleció en la lucha por la utopía universal del hombre.

Conciencia de nación que se arraiga en un patriotismo inclaudicable; amor sin límite a la libertad, fortalecido más tarde en el combate y en la guerra; sed de conocimientos y cultura, afirmados en una nítida visión universal, comenzaron a gestarse en el alma cubana desde finales del siglo XVIII y principios del XIX.

Desde entonces, los cubanos tenemos el corazón puesto en la patria Cuba, en la patria América y en la patria humanidad, como clave para entender la magnitud y agudeza de las enormes contradicciones que hemos debido enfrentar.

Fuerzas económicas, hostiles a nuestro país, se han expresado en corrientes políticas, sociales y culturales. El extraordinario poderío económico del colonialismo español primero y del imperialismo yanqui después, tenían como último recurso para mantener su predominio el aparato de

violencia representado por los ejércitos profesionales de las metrópolis y el de la oligarquía cubana.

Los enormes obstáculos que Cuba encontró en su camino hacia un desarrollo libre de injerencias extranjeras, exigieron desde la época de la colonia una gran firmeza en defensa de la independencia nacional.

Las reformas al antiguo colonialismo vigente hasta las últimas décadas del siglo XVIII y principios del XIX, que identificamos con Francisco de Arango y Parreño, estaban atrapadas en la contradicción de facilitar el tráfico de negros. Éste es un hecho de suma importancia para valorar las razones que impidieron a principios del siglo pasado el éxito del ideal separatista y que, al condicionar la estratificación social, determinó la radicalización posterior del movimiento independentista.

Entre 1791 y 1825 se produjo un incremento notable de la esclavitud. En esta última fecha, la población negra de Cuba representaba el 56%, lo cual alarmó a los terratenientes por temor a que se produjera un movimiento como el que había propiciado la independencia de Haití. A la vuelta de ochenta años creció decisivamente la proporción de la población cubana explotada en relación con la española. Entre 1791 y 1868, el número de habitantes se incrementó de 272 000 a 1 350 000.

La de origen español, que había llegado a Cuba para desempeñar cargos militares, administrativos o de tráfico comercial, no tenía arraigo en la tierra, y en el transcurso de varias generaciones, gran parte de sus descendientes devino una masa trabajadora ocupada en oficios subalternos agrícolas, administrativos y de servicio.

La caracterización de las corrientes políticas del siglo XIX viene dada por la forma y el sentido con que se interpretaron la esclavitud y el objetivo independentista.

En 1868, el detonador de la guerra revolucionaria surgió en las capas cultivadas procedentes de la clase terrateniente

criolla, especialmente del oriente del país, más afectadas por el proteccionismo de la metrópoli.

En La Demajagua y Guáimaro, el ideal democrático que había llegado por vías culturales se articuló con la abolición de la esclavitud, dándole desde entonces un carácter eminentemente social al ideario nacional cubano. A partir del revés del Zanjón, este proceso iba a adquirir un contenido aún más radical con la Protesta de Baraguá.

Luego, Martí, la tregua fecunda, el Partido Revolucionario Cubano, Baire y la reconstrucción del Ejército Libertador marcaron para siempre con el sello de los intereses de las masas explotadas la identidad nacional cubana.

Un carácter singular de la Revolución, nacida el 10 de Octubre de 1868, se encuentra en la síntesis lograda entre política, ética y cultura.

Prolongadas y cruentas batallas forjaron sentimientos que sirvieron de catalizador a la primera y más importante manifestación de solidaridad: la identificación entre blancos y negros, y entre criollos y emigrantes como componentes de la nación, que fue punto de arranque para la unidad del país.

El hecho de que hayamos sido la última colonia que logró liberarse del dominio ibérico, nos obligó a desarrollar una larga contienda, la cual estuvo influida por la lucha contra las pretensiones expansionistas de los Estados Unidos.

Las razones de los temores de Maceo y la angustia de Martí se vieron confirmadas en la realidad. El país que hizo la revolución en 1895, resultó desviado de su desarrollo, limitado en su libertad y cercenado en su soberanía. La Enmienda Platt y la entrega de nuestras riquezas a la voracidad del impetuoso capitalismo yanqui fueron el resultado de aquel encuentro entre nuestro movimiento de liberación y el desarrollo expansionista norteamericano.

Bajo esas condiciones nació un burgués improvisado y postizo, consecuencia de una economía de carácter parasitario concebida para la explotación de la nación.

Tres hechos imposibilitaron que emergiera en Cuba una burguesía portadora del ideal nacional:

—La monarquía española, dada su rancia política, que no se había liberado de la ideología más atrasada del Medioevo, no pudo entender a los reformistas cubanos, quienes hipotéticamente hubieran podido generar el núcleo portador de una cultura burguesa nacional.

— Los sectores burgueses menos comprometidos con los intereses españoles, menos dependientes de ellos y más ahogados económicamente, aislados e instalados sobre todo en la región oriental, optaron a partir de 1868 por la solución radical de la contradicción social generada por la colonia y la esclavitud. Los más avanzados, en tanto herederos de la tradición abolicionista e independentista de Varela, hicieron causa común con las masas oprimidas, durante un largo proceso que incluyó treinta años de guerras de liberación.

—La intervención militar y política de Estados Unidos y el posterior apoderamiento de Cuba por esta emergente potencia mundial, impidieron para siempre la posibilidad de que con la independencia naciera y se desarrollara una burguesía capaz de expresar el auténtico ideal cubano.

En las décadas del veinte y del treinta, la aspiración patriótica del siglo XIX fue rescatada y exaltada por las corrientes antinperialistas y socialistas que se plantearon una democracia de amplia base popular. El pensamiento político independentista se articuló con el de las generaciones revolucionarias del siglo XX.

Carlos Baliño había trabajado junto a Martí en los clubes revolucionarios de Cayo Hueso. Cuentan que el Apóstol le expuso que revolución no era la que iban a hacer en la manigua, sino la que realizarían en la República, y Baliño logró transmitir el mensaje del Maestro a Julio Antonio Mella.

Por su significación intelectual y moral, recordamos a Enrique José Varona. En la evolución de sus ideas se aprecia cómo

en la cultura nacional creció un pensamiento democrático y radical de profunda raíz popular.

Varios hechos y procesos conformaron la vida política cubana durante ese período: el surgimiento del ABC;<sup>1</sup> el rescate del pensamiento revolucionario de José Martí, que había sido olvidado y subestimado en las dos primeras décadas del siglo; el ascenso del pensamiento antimperialista; la influencia de la Revolución de Octubre; la fundación del Partido Comunista en 1925; el surgimiento del Directorio Estudiantil de 1927 y el de 1930; la creación, después del asesinato de Rafael Trejo, del Ala Izquierda Estudiantil; el crecimiento del movimiento popular que culminó con la huelga general de agosto de 1933 y el derrocamiento de la tiranía de Machado, tras la intervención norteamericana, conocida como la mediación del embajador Benjamín Sumner Welles, quien con el apoyo de la alta oficialidad del Ejército terminó imponiendo en la presidencia al hijo de Carlos Manuel de Céspedes.

El 4 de septiembre de 1933 se produjo la sublevación de los sargentos contra los mandos que en alianza con los estudiantes y profesores crearon un gobierno provisional, presidido por Ramón Grau San Martín. El secretario de Gobernación y de Guerra y de Marina, Antonio Guiteras Holmes, con sus medidas radicales marcó revolucionariamente el mismo. Fulgencio Batista, quien desde ese momento se puso al servicio de la embajada norteamericana, derrocó dicho gobierno provisional en enero de 1934.

Guiteras se convirtió en el símbolo más alto del programa radical de la revolución. Fundó la organización revolucionaria La Joven Cuba, y fue asesinado por los esbirros de la tiranía

<sup>1</sup> Organización clandestina que agrupó amplias capas medias y altas de la sociedad burguesa y realizó actividades subversivas contra la tiranía de Machado. Después de 1933, devino partido de centro derecha y fue desapareciendo gradualmente porque perdió todo espacio político.

el 8 de mayo de 1935, cuando intentaba salir del país para regresar con una expedición armada.

El ascenso de los sentimientos internacionalistas se vio materializado en los años finales de la década del treinta por las legiones de combatientes que fueron a pelear en favor de la República, en la Guerra Civil Española, y que ejemplificamos en la figura del líder revolucionario Pablo de la Torriente Brau, caído durante aquella contienda.

En 1939, la clase obrera, cuya participación en las luchas revolucionarias de las décadas precedentes había sido decisiva, organizó la Central de Trabajadores de Cuba (C.T.C.), bajo la dirección de Lázaro Peña y los comunistas, quienes fueron siempre los dirigentes naturales del movimiento sindical.

Sin embargo, ya a mediados de la década del treinta, el período revolucionario gestado en los años veinte había agotado sus posibilidades de realización práctica y se iniciaba una etapa caracterizada por nuevas formas de dominación neocolonial norteamericana.

Posteriormente, se produjo un proceso de carácter pacífico en el cual intervinieron todas las fuerzas políticas del país, que condujo a la Constituyente de 1940. Aquella asamblea se caracterizó como el producto de un equilibrio logrado entre dos impotencias: la del viejo orden, que no tenía fuerzas para imponerse, y la de la Revolución, que tampoco las poseía para establecer sus intereses. La trascendencia y significación de ese texto legal se encuentran en que muestra los puntos más avanzados del pensamiento político alcanzado por consenso nacional, a mediados del siglo. Dar un paso más significaba abrir el camino a un programa socialista. Su debilidad consistía en que las condiciones económicas y de subordinación al extranjero, vigentes entonces, hacían imposible su instrumentación práctica.

Para extraer conclusiones acerca de la cultura política y jurídica de Cuba en esa época, debe tenerse como punto

esencial de información la Constitución de 1940. Este texto es resultado histórico del proceso forjado desde los tiempos de Mella y el Directorio Estudiantil.

En los años iniciales de la «guerra fría», el régimen desencadenó la persecución contra el movimiento sindical, y por decreto fueron desplazados los dirigentes comunistas de la dirección de la C.T.C. El 22 de enero de 1948, uno de los principales líderes obreros del país, el azucarero Jesús Menéndez, fue asesinado por un oficial del Ejército, lo que generó un rechazo popular unánime.

La corrupción había penetrado por todos sus poros el sistema cubano, hasta hacerlo inoperante para enfrentar los retos del país. Desde el seno de la tradición revolucionaria de 1930, Eduardo Chibás promovió una destacada acción política contra la inmoralidad que corroía todos los estratos de la vieja sociedad. El lema «Vergüenza contra dinero» y el símbolo de una escoba para barrer la podredumbre que ahogaba el país, estremecieron a la nación y, en especial, a las capas más jóvenes.

Chibás pronunció su último discurso el 5 de agosto de 1951, en la hora radial que tenía todos los domingos, y lo concluyó de forma dramática al inmolarse con un disparo. Ésta fue su apelación final:

[...] Compañeros de la Ortodoxia, ¡Adelante! ¡Por la independencia económica, la libertad política y social! ¡A barrer a los ladrones del gobierno! ¡Pueblo de Cuba, levántate y anda! ¡Pueblo cubano, despierta! ¡Éste es mi último aldabonazo!

Murió el 16 de agosto, y fue velado en el Aula Magna de la Universidad de La Habana. Ningún lugar más apropiado para resaltar la significación de sus ideas y luchas. Allí se dio cita una amplísima representación de dirigentes políticos y socia-

les del país. Al asomarme por la parte superior de la Colina, se me presentó el espectáculo de una inmensa multitud de pueblo que cubría la calle San Lázaro, la plaza Julio Antonio Mella y la escalinata. En los brazos del pueblo cubano fue llevado el féretro. En la larga marcha hasta el cementerio de Colón, la multitud fue creciendo. Tomó por la calle L, rumbo a 23, de allí hasta 12 y desde esta esquina hasta el destino final del recorrido.

Con orgullo recuerdo que tuve el honor de ser uno de los cubanos que caminó junto a Chibás hasta su última morada, donde una larga lista de oradores despidieron el duelo del gran líder popular.

Más allá del análisis histórico que pueda hacerse del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos), de su heterogénea composición y muy especialmente de la valoración que hagamos de su Juventud, lo cierto es que el programa de Chibás estaba orientado hacia el nervio central de la historia espiritual de Cuba: la cuestión ética.

Para conocer lo más avanzado de las ideas que se movían en la gigantesca masa ortodoxa, hay que tomar en cuenta que de su Juventud emergió la Generación del Centenario. Pero incluso existe un documento que puede servir de referencia histórica para investigar las concepciones prevalecientes en diversos grupos de jóvenes del Partido del Pueblo Cubano. Me refiero al Manifiesto de la Juventud Ortodoxa, publicado en el año 1948, con el nombre de «El pensamiento ideológico y político de la juventud cubana», que tiene proyección socialista.

La Ortodoxia generó desde entonces un movimiento político de repercusión social a partir de un programa ético. Históricamente, el «último aldabonazo» de Chibás no resultó sólo un llamado a combatir la corrupción de las costumbres públicas, sino también una advertencia a fondo al sistema económico y social del país.

Y como no se escuchó o no se podía escuchar esta clarinada, se abrió el camino a la reacción representada por los grupos castrenses; y para rechazar a éstos, el de la Revolución, que retomaba la tradición martiana insertada desde los años veinte con el pensamiento socialista.

El vacío político creado por la muerte de Chibás lo aprovechó Fulgencio Batista para dar el golpe de Estado el 10 de marzo de 1952.

Los grupos burgueses nacidos a la sombra del imperialismo cayeron en una contradicción definitiva. Los más reaccionarios apoyaron la tiranía en alianza con una parte del lumpen de donde precisamente había surgido Batista y que constituía la espina dorsal de las Fuerzas Armadas.

A los burgueses derrocados del poder político en 1952, que tenían una cierta aspiración democrática, no les fue posible adscribirse oficialmente al gobierno tiránico, porque éste los había desplazado del dominio público; de haberlo hecho hubieran dejado de ser demócratas y habrían caído en la peor ignominia ante el pueblo. Pero ellos no podían ofrecer una fórmula revolucionaria, ya que su debilidad como grupo social era muy grande. Entre la corrupción de las costumbres públicas, el enriquecimiento de sus principales personeros, la vacilación y entrega al imperialismo yanqui, les resultaba imposible enfrentar una tarea de restauración democrática de carácter burgués.

Así las cosas, los estudiantes y trabajadores irrumpieron con fuerza propia en el escenario político, en defensa de la Constitución de la República.

## I

### La Colina Universitaria

Desde el 10 de marzo y hasta el 26 de julio de 1953, la Colina Universitaria se transformó en el centro político revolucionario más importante del país en la lucha contra la tiranía batistiana. Esto tuvo sus orígenes en el papel que desempeñaron en nuestra historia la juventud y las capas más progresistas de la intelectualidad cubana. Aun cuando sólo una minoría tenía activas posiciones insurreccionales, representaba un amplio estado de opinión, que apoyado en la situación general y en la tradición de lucha universitaria, le imprimió un sello rebelde al movimiento estudiantil.

Yo había ingresado en la Facultad de Derecho de la Universidad de La Habana en el curso 1947-1948 y, aunque siempre me interesaron la Historia, la Sociología y la Filosofía, decidí estudiar Derecho, porque pensaba que de esta forma podría encauzar mi vocación de lucha por la justicia.

Por esos días se produjeron los célebres sucesos del reparto Orfila, en La Habana. Los gangsters habían asumido, durante el segundo gobierno de Grau San Martín (1944-1948), el mando de diversos cuerpos de la Policía y entroni-

zaron la lucha de pandillas al amparo de la autoridad que formalmente detentaban.

Uno de los grupos había conseguido la orden judicial para detener a sus contrincantes, pero éstos le ripostaron y provocaron una carnicería sangrienta. Escuché por radio la descripción de la batalla.

El jefe del Ejército, quien se hallaba en el extranjero, ordenó desde allá enviar los tanques para detener la contienda gangsteril de la Policía. El «honorable» señor Presidente de la República permaneció con los brazos cruzados.

Comencé a desarrollarme en la política durante los años universitarios, como miembro de la Asociación de Estudiantes de Derecho. Transcurría el último curso de mi carrera y desempeñaba la función de vicepresidente de la Asociación de Estudiantes cuando ocurrió el golpe. Desde ese momento, mi formación académica me permitió defender y legitimar jurídicamente la acción violenta de las masas contra el acto criminal, por lo que éste tenía de violación de los principios constitucionales.

La irrupción de Batista en el poder por la vía de la sedición militar dio lugar a que hiciéramos una Declaración de Principios de la Federación Estudiantil Universitaria (F.E.U.),<sup>2</sup> que exhortaba a organizar un plan de lucha encaminado al restablecimiento de la democracia y de la Constitución de 1940.

También en nombre de la Asociación de Estudiantes de Derecho, solicitamos la declaración de ilegalidad del gobierno nacido el 10 de marzo, en una carta al Tribunal de Garantías Constitucionales y Sociales.<sup>3</sup>

<sup>2</sup> Reproducida en *Bohemia*, 23 marzo, 1952. Véase en las páginas 237-238 de los Anexos.

<sup>3</sup> Véase el texto en la página 239 de los Anexos.

Después del golpe nadie podía impunemente presentarse como batistiano en la Universidad; ninguna persona sensata lo hubiera hecho. Quien lo intentara no habría tenido fuerza política, pues la imagen de Batista era el símbolo del crimen y la imposición. Ni aun en la época de mayor corrupción moral y de más alta confusión y desviación ideológica se podía ser batistiano en el seno del movimiento universitario. En correspondencia con esta tradición, los estudiantes de todo el país se mostraron muy activos en su oposición al golpe de Estado.

Para encontrar las razones de tan fuerte rechazo a la tiranía habría que estudiar los fundamentos históricos y sociales por los cuales las figuras más representativas de la Revolución Cubana de este siglo iniciaron sus primeros combates políticos vinculados a la Universidad y al movimiento estudiantil: Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena, Antonio Guiterras, Eduardo Chibás y Fidel Castro, para señalar algunos ejemplos sobresalientes.

Desde luego, tales figuras alcanzaron autoridad histórica en la medida en que bajaron de la Colina Universitaria y ascendieron al pueblo para situarse a la cabeza del movimiento revolucionario.

La misma mañana del cuartelazo, la dirección de la F.E.U., organización que había repudiado el gobierno corrompido de Carlos Prío Socarrás, se trasladó al Palacio Presidencial y ofreció al Presidente constitucional su respaldo para enfrentarse a la ilegalidad. Pero esto no resultó porque el gobernante pusilánime no tenía una causa, ni un principio en su conciencia para enfrentarse al golpe. Los recibió y de inmediato se asiló en una embajada.

La corrupción, el desprestigio del gobierno derrocado, el rechazo general a Batista y la falta de un liderazgo nacional opositor convirtieron durante meses a la Colina en el principal foco de atracción política.

El 10 de marzo, centenares de estudiantes y trabajadores se concentraron en la Universidad. En el techo de la antigua librería Alma Mater colocamos los micrófonos, grandes altoparlantes, y lanzamos constantes arengas contra la opresión. No teníamos armas. La manera de oponernos era protestar cívicamente y mostrar nuestra indignación por lo sucedido.

Predominaban tendencias contra la corrupción, el gangsterismo y, en cierta medida, contra el imperialismo. El pensamiento nacionalista y progresista de Guiteras influía mucho en nosotros; existían también ideas de izquierda afinadas en la tradición revolucionaria de 1930. Figuras como Raúl Roa y Rafael García Bárceña, entre otras, eran muy respetadas.

Los que fueron a combatir en favor de la República española conquistaron la admiración de los universitarios cubanos. Tras el derrocamiento de la democracia en España, algunos intelectuales habrían podido venir a enseñar en nuestra casa de estudios, pero la antigua jerarquía académica, por celos de pequeña monta, no propició que recibiéramos clases de tan valiosos maestros.

Grandes trajines conspirativos se fueron desarrollando. Empezaron a organizarse formalmente en las oficinas de la F.E.U. y en otras dependencias de la propia Universidad, sitios donde se guardaban armas y se aprendía su manejo. Por allí pasaron miles de personas. Muchos de ellos fueron después héroes y mártires. Las primeras manifestaciones de la lucha antibatistiana salieron de la Universidad. Concurrían centenares de trabajadores, intelectuales e integrantes de las capas medias, con el afán de buscar unidad en la lucha insurreccional contra la tiranía.

Las limitaciones políticas de los dirigentes y cuadros estudiantiles, con respecto al tema de la insurrección y a los problemas sociales y económicos del país, no debe hacernos subestimar lo esencial: la Universidad de La Habana fue

uno de los escenarios fundamentales donde se incubó la lucha insurreccional contra la tiranía. Entre los principales dirigentes de la F.E.U. no hubo uno solo que se entregara a Batista.

El 3 de abril de 1952 participé en el suceso político más significativo que promovieron los estudiantes durante esa etapa: La jura de la Constitución de 1940. El país poseía una larga historia jurídica, y esta Carta Magna resultó la última antes del triunfo revolucionario. El movimiento iniciado desde la Universidad para jurar la Ley de Leyes derogada fue el primer acto público de repudio al régimen dictatorial y punto de partida del proceso de lucha que se abrió en el país.

Todo comenzó con la organización de una inmensa concentración de estudiantes y trabajadores que, saliendo de la escalinata universitaria, bajamos por la calle San Lázaro hasta llegar a la Fragua Martiana.

Coloqué sobre mi pecho el texto de la Constitución ultrajada y marché junto al resto de los dirigentes de la F.E.U., en la línea delantera de aquella multitud. Raúl Castro llevaba la bandera cubana, y la sostenía en alto. Entonces pudimos llegar a la Fragua sin que fuéramos interrumpidos por la Policía.

Batista era odiado por el pueblo, dado el carácter dictatorial y criminal de sus mandatos, pero trató siempre de presentarse como demócrata; ésa era una de sus grandes hipocresías. Su apoyo eran los militares que, a partir del 4 de septiembre de 1933, había ido encumbrando a las más altas posiciones de mando; el otro respaldo era el del imperialismo y los intereses que tenía en Cuba. Con este sostén dejó que los «muchachos» de la F.E.U. hicieran su concentración; después él se las arreglaría para manejar «políticamente» la situación.

Y hubiera sido así de no haberse producido una resistencia heroica a las despóticas ambiciones de poder de aquellos lumpen. La tradición combativa y antidictatorial del estudiantado cubano rechazaba todo lo que el régimen batistiano encarnaba.

El proceso de la jura de la Constitución llegó a ser un movimiento de amplia repercusión política que abarcó diversas instituciones docentes del país, e incluso a algunos representantes de los partidos políticos vigentes; unos por convicción y otros por compromiso participaron en el mismo. El propio Congreso de la República, disuelto por el golpe, logró reunirse y acordar la resistencia pública contra el régimen instaurado ilegítimamente en el poder.

Otro acontecimiento importante de aquellos días giró en torno a la «Universidad del Aire», programa radial que había fundado y dirigía el profesor Jorge Mañach.

Por allí pasaron las más importantes figuras de la vida intelectual cubana. Consistía en conferencias dictadas por personalidades eminentes sobre temas de gran valor cultural, donde se iban describiendo la vida y la historia espiritual de la nación. Los que asistían podían hacer preguntas y dialogar con los conferencistas. Yo lo frecuentaba los domingos por la tarde, desde mucho antes del 10 de marzo.

El profesor desarrollaba desde el primer domingo de 1952 un curso en que analizaba el proceso histórico cubano desde la independencia hasta esa fecha, es decir, los últimos cincuenta años de la historia de Cuba.

Luego del cuartelazo, aquel espacio fue llenándose de jóvenes que vieron posibilidades para expresar sus ideas, preocupaciones e inquietudes. Los estudiantes universitarios empezaron a acudir masivamente al Estudio 15 de Radiocentro, donde hacían preguntas, dentro de un lenguaje esencial-

mente cultural, que ponían en evidencia la naturaleza ilegal e inmoral del régimen.

El 4 de mayo de 1952, una tarde de domingo en la que disertaban el profesor universitario Elías Entralgo y el de Segunda Enseñanza Gerardo Canet, llegó la porra batistiana y desató la violencia más descarnada. En aquel incidente fui golpeado junto a Faustino Pérez y otros compañeros.

Dos o tres días después, al llegar al aula de la escuela de Derecho, me recibieron con un aplauso que para mí tuvo una gran significación política. Posteriormente, nos dieron un cariñoso homenaje a todos los agredidos. Fue ésta la primera acción brutal del régimen tras el golpe de Estado. Las víctimas iniciales de la furia del tirano resultaron los estudiantes universitarios.

El asalto a la «Universidad del Aire» constituyó una acción contra la cultura porque el gobierno no podía permitir que el estudiantado, a partir de conferencias de carácter académico y dentro de estas reglas, transmitiera su mensaje revolucionario. Después se sucederían, a lo largo de aquellos siete años de horror, crímenes y atropellos de todo tipo, contra el estudiantado y el pueblo.

A su vez, la F.E.U. organizó diversos actos y movilizaciones políticas durante aquellas semanas. Entre otros la concentración del 20 de mayo de 1952, que resumió Jorge Mañach, y la del 12 de agosto de ese propio año, que colmaron la inmensa escalinata universitaria, en repudio a la dictadura.

A mediados de 1952 me gradué de abogado. Concluido mi último examen salí hacia Ciudad México para asistir en nombre de la F.E.U. a un encuentro internacional de oratoria que organizaba el periódico *Universal*, de ese país. En el Palacio de Bellas Artes pronuncié un discurso contra la situación

imperante en Cuba. Cuando regresé, al llegar al aeropuerto de La Habana me esperaba la Policía. En el registro que me practicaron me ocuparon varios libros por considerarlos ilícitos: textos universitarios sobre doctrinas sociales.

Así me despedí de los compañeros de la F.E.U.:

La Universidad de La Habana, 17 de Octubre de 1952

Sr. Presidente y Miembros de la F.E.U.

Universidad de La Habana

Distinguidos Compañeros:

Al cesar en mi cargo dentro de la Federación Estudiantil Universitaria el día 15 del presente, porque habiendo vencido el curso académico de 1951-1952, dejé de ser alumno oficial de la Universidad de La Habana, en virtud de la terminación de mis estudios de la carrera de Derecho, quiero enviarles por este conducto un mensaje de despedida que saliendo de lo más profundo de mi espíritu representa el sentimiento y el pensamiento de quien con ustedes contribuyó a llevar a la juventud cubana al puesto de honor que actualmente ocupa en la lucha que la República mantiene contra los usurpadores de las libertades públicas que el 10 de marzo del año en curso interrumpieron el ritmo jurídico del Estado, derrocando a un gobierno que como dirigente estudiantil censuré muchas veces y que como ciudadano combatí abiertamente, pero que a fin de cuentas representaba la legalidad constitucional.

No sé hasta qué punto pueda la F.E.U. del Cincuentenario grabar su nombre en la Historia porque ello ha de depender en buena medida de que se logre mantener por la alta dirigencia estudiantil el control del movimiento revolucionario que en proceso de formación habrá por imperativo histórico de cristalizar en un gobierno que dirija su acción saneadora no solamente contra los delincuentes del 10 de

marzo, sino también contra la serie de causas económicas, sociales y fundamentalmente culturales que engendraron el cuartelazo.

Nuestra misión ha sido, por el momento, levantar la fe dormida del pueblo cubano en su juventud, nuestra obra fundamental ha estado en el punto que logramos iluminar el presente con una fuerte campaña de oposición política al régimen ilegal, pero espero sinceramente que ustedes logren superar esa labor y no solamente hagan todo ello, sino que lleguen a ofrecer cuando las circunstancias lo permitan fórmulas prácticas que consagren definitivamente el ideario democrático en quiebra, en virtud de la traición de los asaltantes de la posta 6. Espero sinceramente que ustedes, dando un paso al frente, lleven a vías de hecho conjuntamente con los sectores más radicales del país, la Revolución Nacional. Lo espero en beneficio de la Universidad y de ustedes mismos, ya que han de tener en cuenta que nada ni nadie podrá detener el proceso revolucionario en gestación porque las fuerzas sociales en acción pueden ser desviadas o retardadas en su ejecutoria, pero jamás liquidadas, y la conmoción profunda que en el seno de la colectividad cubana se está incubando es un hecho futuro inevitable.

De la Federación Estudiantil Universitaria y de todos los que componen la actual juventud cubana ha de depender que se produzca más tarde o más temprano, con tales o cuales caracteres, pero el hecho en sí está determinado por causas sociales incontrolables. Ojalá que podamos hacerlo dirigir en beneficio de Cuba, ojalá que podamos hacer correr la Revolución por los cauces de las modernas doctrinas del Derecho Público, ojalá que el futuro de la Patria adolorida nos reserve el consuelo de haber contribuido en algo a la formación de un grandioso destino histórico que viene siendo desde hace más de cien años anhelo sentidísimo de nuestro pueblo. Para todo ello, para el triunfo de tales ideales, me viene a la memoria el mensaje a

que me referí el pasado 30 de septiembre en el Aula Magna: Decisión, valor y unidad.

Desde luego, que al tenerme que marchar por imperativos legales de la alta dirigencia que el estudiantado de mi escuela me otorgó, no puedo en forma alguna olvidar las sagradas obligaciones que como cubano tengo contraídas con la Patria, y no creo, por lo tanto, necesario ponerles en conocimiento que seguiré luchando no solamente por el derrocamiento del régimen espúreo, sino esencialmente por el éxito definitivo del pensamiento político y social de la generación del Cincuentenario.

En tal sentido me pongo a las órdenes de la juventud universitaria por ustedes orientada para todo lo que pueda ser útil a Cuba. Abrigo la ilusión de que pronto pueda prestar alguna cooperación al éxito de tales propósitos. Es la esperanza de un pueblo lo que está en juego, es el mandato de la Nación lo que inspira nuestro proceder; no hay motivos, pues, de ninguna clase para negar los mayores sacrificios.

Esperando sus órdenes como ciudadano y con el alma en suspenso al recuerdo de la estrofa inicial del Himno Nacional, queda de ustedes con el afecto y compañerismo de siempre,

Armando Hart Dávalos

Ex vicepresidente de la Asociación  
de Estudiantes de Derecho.

El 27 de noviembre de 1952 participé con Rafael García Bárcena en un acto en el teatro Milanés, de Pinar del Río, para repudiar el régimen y rendir homenaje a los Estudiantes de Medicina que habían sido fusilados en 1871.

En 1953, los acontecimientos se articularon por los hilos invisibles que unen los hechos en la historia.

Durante una manifestación estudiantil, el 15 de enero, que protestaba contra la profanación por parte de elementos batistianos del busto de Julio Antonio Mella, forjador de la F.E.U. y del movimiento comunista cubano, resultó herido mortalmente por la Policía el estudiante de Arquitectura de la Universidad de La Habana, Rubén Batista Rubio. Tras larga agonía murió el 13 de febrero. Al siguiente día, su entierro constituyó un combativo y multitudinario acto de repudio al régimen. Álvaro Barba, entonces Presidente de la F.E.U., despidió el duelo de nuestro compañero, quien fue el primer mártir en el combate contra la tiranía.

Un año antes, el 16 de agosto de 1952, se conmemoró en el cementerio de Colón el primer aniversario de la muerte de Eduardo Chibás, y Fidel y Abel Santamaría fueron presentados por Jesús Montané. De inmediato comenzaron a trabajar juntos en labores de proselitismo y propaganda, en favor de una acción decidida contra el régimen.

El movimiento de protesta cívica y política generado desde la Universidad adquirió en la concentración del 28 de enero de 1953, centenario del nacimiento de José Martí, una nueva calidad que le otorgaron Fidel Castro y el grupo de compañeros que se habían ido nucleando alrededor de sus orientaciones e iniciativas. En esta oportunidad, los cerca de cinco mil estudiantes y trabajadores no bajaron de la Colina con las manos vacías, pues disponían de medios de defensa y riposta, e iluminaron la calle San Lázaro con antorchas encendidas, símbolos de la libertad por conquistar.

Si la Policía actuaba contra la manifestación, en su seno estaba presente una vanguardia con formas y medios para contraatacar, pero no fue necesario porque en esta ocasión no tuvo lugar la represión policial.

Este desfile constituyó un antecedente simbólico que la Generación del Centenario trazó para la historia. Se comentó mucho entonces que el grupo capitaneado por Fidel había demostrado un nivel de organización y capacidad de acción que lo distinguía en la masa estudiantil y popular.

El 5 de abril de 1953, el profesor Rafael García Bárceña, con el apoyo de numerosos grupos estudiantiles y juveniles, organizó el primer intento insurreccional que tuvo lugar tras el golpe de Estado.

El profesor fue miembro del Directorio Estudiantil de 1930 y estaba muy influido por la experiencia de sedición de los sargentos de septiembre de 1933. Cifró sus esperanzas en una acción conjunta de miembros del Ejército, inconformes con Batista, y de jóvenes universitarios.

Hombre honesto, patriota de ideas democráticas y antimperialistas, cristiano, poeta, está considerado como uno de los más importantes filósofos cubanos de la época. En su libro *Redescubrimiento de Dios* procura buscar la relación entre los avances de la ciencia y sus creencias religiosas. García Bárceña está ubicado culturalmente dentro de la línea de pensamiento de Félix Varela y con ideas similares a las que hoy sustentan los teólogos de la Liberación en América Latina.

Era un martiano convencido. Había luchado contra Machado y Batista en los años treinta y cuarenta y se había opuesto a los gobiernos corrompidos de Grau y de Prío. Fue un dirigente intelectual de posiciones revolucionarias. A raíz del golpe comenzó a organizar en la Universidad de La Habana el Movimiento Nacional Revolucionario (M.N.R.), cuyo objetivo inmediato era el derrocamiento de la dictadura y que significaba una respuesta limpia, desde posiciones antimperialistas frente al cuartelazo.

Creíamos que García Bárcena contaba con algún apoyo dentro del Ejército, porque en la época del gobierno constitucional había sido profesor de la Academia Militar de Guerra; sin embargo, esta apreciación carecía de base real.

Aquel 5 de abril, centenares de estudiantes y jóvenes se concentraron en diversos lugares, con el propósito de asaltar por la posta 13 el campamento militar de Columbia, en Marianao. Este hecho pasó a ser conocido como la Conspiración del Domingo de Resurrección. Hubo una amplia redada policial que hizo fracasar los planes. En la casa de Eva Jiménez Ruiz<sup>4</sup> apresaron al doctor García Bárcena.

Yo era uno de sus más cercanos colaboradores, y me escogió como su abogado defensor. Resultó ser un juicio de gran publicidad. Se presionó para que García Bárcena fuera representado por abogados de gran experiencia y prestigio profesional. Aunque yo contaba sólo veintidós años de edad y acababa de salir de la Universidad, el jefe del M.N.R. se mantuvo firme y no aceptó a otro letrado.

El juicio transcurrió en el Castillo del Príncipe, pues no quisieron trasladarlo a la antigua Audiencia Provincial.

Fueron arbitrariamente acusados otros dirigentes de la oposición. En un local del Príncipe, convertido en Sala de «Justicia», defendimos el derecho a conspirar contra Batista y denunciarnos la ilegalidad del régimen. Esto era lo que quería mi defendido, ya que no pensaba valerse de argumentos legalistas. Estaba interesado en convertir su juicio en un proceso político contra la tiranía. Por esta razón me había escogido como su defensor.

Hice una intervención que ocupó sesión y media en el proceso del juicio oral. No llevé el informe por escrito, pero tenía bastantes notas elaboradas y luego pude reconstruirlo. Traté

<sup>4</sup> Valiosa combatiente que trabajaba con el profesor.

de mostrar ante el Tribunal que no eran ciertos los hechos imputados, aunque la verdad histórica es que existían los planes para asaltar Columbia. La descripción que hice en el juicio debe apreciarse exclusivamente como los razonamientos de un abogado que rechaza la veracidad de los hechos cuando no están judicialmente probados. Si a esto se añade que no se habían consumado, se concluye que podían ser impugnados en el juicio oral.

La argumentación jurídica del discurso era bastante extensa y se basaba en la legislación vigente, pero para mí esto no constituía lo más importante. Lo esencial radicaba en la fundamentación política y específicamente la que se refiere al derecho de rebelión y a la caracterización del delito político. Lo subrayo para que se conozca cómo a partir del mismo 10 de marzo, los más amplios sectores de la juventud cubana defendíamos los fundamentos jurídicos de la acción insurreccional contra la tiranía como un principio irrenunciable. Además, si se lee la intervención, se apreciará que había un amplio consenso político en la sociedad de entonces acerca de la legitimidad que teníamos de derrocar por la violencia al gobierno resultante del golpe del 10 de marzo. Éste era el reflejo del estado de ánimo de las masas.

La revista *Bohemia* publicó en su sección «En Cuba», una extensa información con el título «Tribunal de Urgencia», donde explicaba los hechos y el juicio mismo. Al final del trabajo citaba y comentaba mi papel como defensor del profesor.

A García Bárcena le impusieron dos años de prisión. Fue una de las poquísimas veces que ejercí como abogado, y me siento feliz de los derechos que defendí en aquel juicio que concluyó a fines de mayo de 1953.

Muchos de los militantes del M.N.R. nos incorporamos posteriormente a la lucha activa contra el régimen desde las filas

del Movimiento 26 de Julio, creado por Fidel Castro en 1955, tras su salida del presidio de Isla de Pinos.

La cadena de hechos descritos iban a servir como antecedentes al magno suceso que cambió la historia de Cuba: la gesta del Moncada. A partir de entonces, la dirección del movimiento antibatistiano pasó a manos de Fidel.

### III

## El 26 de julio de 1953

**E**l 26 de julio de 1953, el país se estremeció con los heroicos sucesos del Moncada. Aquel domingo histórico nos enteramos de la noticia en horas de la mañana. Mi hermano Enrique y yo empezamos a indagar por todas las vías posibles acerca de lo ocurrido. Las versiones iniciales hablaban del alzamiento de una parte del Ejército contra Batista, pero ya a las dos o las tres de la tarde, un dirigente de la Juventud Ortodoxa me llamó para informarme que Fidel era el jefe del asalto. Por la noche, la prensa daba los datos e informaciones oficiales del acontecimiento. En días sucesivos se recibirían nuevos informes de la hazaña.

Aquellas acciones tenían el propósito de tomar sorpresivamente los cuarteles de Santiago de Cuba y Bayamo, además de la Audiencia Provincial y el Hospital Civil, para luego convocar a la huelga general en todo el país. El último discurso de Eduardo Chibás debía ser retransmitido al pueblo de Cuba. Si fracasaba la acción, el plan contemplaba la posibilidad de continuar la lucha en las montañas. Fidel, ante el revés que tuvo lugar, puso en práctica esa alternativa, pero fue detenido

por una patrulla militar al mando del teniente Sarría, quien con una dignidad excepcional en aquel ejército, lo condujo al Vivac para presentarlo ante los tribunales, y no lo entregó a Chaviano. El azar operó esta vez en favor de la Revolución.

La periodista Marta Rojas, que se encontraba en Santiago de Cuba por aquellos días, describió los dramáticos acontecimientos en tres artículos que se convirtieron en documentos de enorme valor histórico.

Los crímenes fueron denunciados durante el proceso del juicio oral por Fidel, quien explicó los trabajos organizativos, el programa y la plataforma política de aquel empeño, en su histórica defensa conocida como «La historia me absolverá». En recuerdo de los mártires y héroes reproduzco algunos párrafos de la misma:

[...] El plan fue trazado por un grupo de jóvenes, ninguno de los cuales tenía experiencia militar; y voy a revelar sus nombres, menos dos de ellos que no están ni muertos, ni presos: Abel Santamaría, José Luis Tasende, Renato Guitart Rosell, Pedro Miret, Jesús Montané y el que les habla. La mitad han muerto, y en justo tributo a su memoria puedo decir que no eran expertos militares, pero tenían patriotismo suficiente para darles, en igualdad de condiciones, una soberana paliza, a todos los generales del 10 de marzo juntos, que no son ni militares, ni patriotas. [...]

[...] Con ellos estaba Abel Santamaría, el más generoso, querido e intrépido de nuestros jóvenes, cuya gloriosa resistencia lo immortaliza ante la historia de Cuba. Ya veremos la suerte que corrieron y cómo quiso escamentar Batista la rebeldía y heroísmo de nuestra juventud.

[...]

En los anales del crimen merece mención de honor el sargento Eulalio González, del cuartel Moncada, apodado El Tigre. Este hombre no tenía después el menor empacho

para jactarse de sus tristes hazañas. Fue él quien con sus propias manos asesinó a nuestro compañero Abel Santamaría. Pero no estaba satisfecho. Un día en que volvía de la Prisión de Boniato, en cuyos patios sostiene una cría de gallos finos, montó el mismo ómnibus donde viajaba la madre de Abel. Cuando aquel monstruo comprendió de quién se trataba, comenzó a referir en alta voz sus proezas y dijo bien alto para que lo oyera la señora vestida de luto: «Pues yo sí saqué muchos ojos y pienso seguirlos sacando». Los sollozos de aquella madre ante la afrenta cobarde que le infería el propio asesino de su hijo, expresan mejor que ninguna palabra el oprobio moral sin precedentes que está sufriendo nuestra patria. A esas mismas madres, cuando iban al cuartel Moncada preguntando por sus hijos, con cinismo inaudito les contestaban: «¡Cómo no, señora!; vaya a verlo al hotel Santa Ifigenia donde se lo hemos hospedado». ¡O Cuba no es Cuba, o los responsables de estos hechos tendrán que sufrir un escamamiento terrible![...]»<sup>5</sup>

Antes del 10 de marzo de 1952, Fidel era ya una figura ampliamente conocida por los sectores juveniles y estudiantiles. Aunque yo no lo había tratado personalmente, lo conocía de la Universidad y por las luchas políticas dentro del Partido Ortodoxo. Después del golpe de Estado se fue convirtiendo en uno de los más destacados dirigentes revolucionarios de la juventud cubana.

La primera ocasión en que su personalidad me impactó fue en fecha posterior al 10 de marzo y anterior al Moncada, durante un encuentro en el local del Partido Ortodoxo, situado en Prado 109, cuando un grupo de jóvenes sosteníamos una polémica acerca del tipo de jefe que asumiría la dirección

<sup>5</sup> Fidel Castro: *La historia me absolverá*. Edición anotada. Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 1993, pp. 39, 40, 42, 43, 78 y 79.

de la Revolución. En aquella ocasión, Fidel defendió el criterio de que surgirían dirigentes totalmente nuevos y diferentes. En el encendido debate desatado en el viejo caserón de Prado fui uno de los que coincidió plenamente con Fidel.

De allí salí junto a él. Recorrimos varias calles; con su brazo sobre mi hombro me estuvo insistiendo en el tema. Me sorprendí cuando se interesó en el hecho de que yo visitaba las oficinas de la F.E.U. con un grupo de compañeros para aprender el manejo de las armas. Después del asalto al Moncada, al conocer que el responsable estudiantil del adiestramiento de jóvenes que tenía esa institución, Pedro Míret, era uno de los participantes en aquel hecho heroico, me percaté de que Fidel conocía a través de él a los que íbamos a las oficinas de la organización estudiantil con intenciones insurreccionales.

En enero de 1954 fui invitado por la Universidad de Oriente a dar una conferencia sobre Martí. La actividad iba a tomar necesariamente un cariz político de lucha contra la tiranía, y las autoridades académicas, aunque mantenían una firme oposición al régimen, optaron por suspenderla. Aproveché mi estancia en la ciudad de Santiago para realizar labor de proselitismo y, a la vez, interesarme por Abelardo Crespo, asaltante del Moncada que, herido y preso, estaba recluido en el hospital.

Las impresiones que recibí sobre los heroicos sucesos me dieron una imagen más clara de lo que podía percibirse desde La Habana. Los hechos del 26 de julio de 1953 habían tenido un impacto general en todo el país, pero en la indómita región pude conocer algunos detalles que eran de mi especial interés.

Estuve en casa de Cayita Araújo, a quien conocí entonces. Ella me contó hermosas historias de la gesta moncadista, transcurrida apenas unos meses antes. Siempre interesado

en los aspectos ideológicos y morales de los hechos revolucionarios, me produjo gran impresión que el profesor Max Figueroa Araújo, hijo de Cayita, me hablase de que Fidel y sus compañeros habían leído y estudiado a Martí, lo cual resultaba muy importante para mí. Allí me entregaron el primer manifiesto de Fidel, en el que describía los sucesos del Moncada y denunciaba los crímenes cometidos. Aquel documento me impactó.

Me percaté de que había surgido un movimiento de gran trascendencia ética y política. Si en La Habana había admirado la hazaña, en Santiago comprendí que aquellos héroes y mártires transmitían un profundo mensaje que dejaría una huella permanente en la historia de Cuba.

En el 26 de Julio se expresaron la síntesis del pensamiento y el programa de José Martí con las realidades y exigencias de la sociedad cubana de la década del cincuenta. Responde en su forma y estilos de realización y en sus principios a nuestra tradición revolucionaria.

He dicho que en los años cincuenta existía un vacío ético en la superficie política de la sociedad cubana. Como consecuencia de la acción del Movimiento 26 de Julio, se produjo un ascenso moral y cultural de vasto alcance social. La realidad no se halla sólo en los fenómenos que se observan a simple vista, sino también en las necesidades que se encuentran en el sustrato y las esencias de la vida social. Captarlas, asumirlas y descubrir las formas prácticas para satisfacerlas es el mérito de los grandes forjadores de la historia.

El asalto a la segunda fortaleza militar del país significó la réplica necesaria a las implicaciones del golpe de Estado. La heroicidad y la audacia de los combatientes repercutieron decisivamente en la situación política y social.

En la génesis de la Revolución Cubana, que en 1961 proclamó su carácter socialista, está el Moncada. Aunque la gesta iniciada entonces no revelaba ese contenido, sí se hallaba

en sus exigencias económicas, sociales y morales que, más tarde, desde 1959 y hasta 1961, sirvieron de presupuesto para un programa de esta naturaleza.

Una revolución como la que necesitaba Cuba sólo era posible con una estrategia como la de Fidel Castro, quien poseía radical cubanía y cosmovisión socialista.

En la definición de «pueblo», de «La historia me absolverá», se hace una caracterización social y clasista que se correspondía exactamente con nuestra realidad socioeconómica. Me causó asombro cuando estudié más profundamente las ideas del socialismo, que casi nadie se hubiera percatado entonces de ese contenido revolucionario. Fidel se alejó de las formas tradicionales con que la literatura política al uso describía estos fenómenos. La profundidad filosófica y cultural en el análisis se logra con una excepcional oratoria que encuentra argumentos jurídicos, políticos, sociales e históricos. El alto nivel intelectual de esta pieza marca lo más elevado del pensamiento cubano en la década del cincuenta.

¿Cuál era el contenido presente en el programa y las aspiraciones del Movimiento 26 de Julio, que como una constante recorren la historia de la Revolución durante casi cuarenta y cinco años? Se halla en que se fusionaron las mejores tradiciones éticas de la sociedad cubana con las necesidades de medidas emancipadoras, económicas y sociales.

Sentido ético de la vida y programa de redención humana y social estuvieron presentes en la médula de aquellos acontecimientos que Fidel describió con magnífica prosa en el documento fundador: «La historia me absolverá». La necesidad de llegar a un gran público, tal como lo impone el quehacer político, obliga a una literatura que para ser consecuente con los objetivos propuestos debe poseer rigor intelectual.

Esta línea de pensamiento y sentimiento, muy relacionada con la necesidad de abrirle camino a la acción política, la tomó la Generación del Centenario de la tradición patriótica, literaria y moral que transmitieron, en medio de grandes obstáculos, la educación y la escuela cubanas. Por ella nos hicimos revolucionarios.

La tradición moral le viene al cubano desde los tiempos de forjación, cuando el presbítero Félix Varela, en la escuela que fundó, reclamó la abolición de la esclavitud y la independencia nacional. El contenido de nuestra ética está caracterizado por la escuela de Luz y Caballero, quien situó la justicia como el sol del mundo moral y se completó más tarde, logrando alcance universal, cuando José Martí señaló: «Con los pobres de la tierra / Quiero yo mi suerte echar».

El sentimiento ético, patriótico, el sentido heroico del Moncada y las exigencias de igualdad y justicia social contenidas en «La historia me absolverá» están en la médula de aquel acontecimiento. Esta articulación llegó hasta nuestros días y se proyecta hacia el porvenir. Ética y justicia social constituyen la principal necesidad de Cuba, América y el mundo de hoy. Por esto el Moncada fue y será un hecho que la historia premió no sólo absolviendo a los combatientes, sino con el agradecimiento eterno de la posteridad.

## IV

### Quando me hice fidelista

**N**os fuimos integrando a un grupo que actuaba muy unido dentro del M.N.R. Faustino Pérez, Pepe Prieto, Mario y Alonso (*Bebo*) Hidalgo, Enrique Hart y yo empezamos a estrechar lazos con jóvenes de distintas provincias. Tratábamos de hacer labor de proselitismo por la causa de la libertad y pensábamos que debía existir una organización insurreccional en todo el país.

Visité Santiago de Cuba con el compañero Allan Rosell, dirigente del M.N.R. en Las Villas. Íbamos a establecer contactos para organizar células. En este viaje tuve noticias de que existía una fuerte organización de jóvenes dispuestos a la lucha armada, que abarcaba varios municipios de la entonces provincia oriental. Así conocí a Frank País García, durante una reunión en la Universidad de Oriente. Tenía veinte años, y desde 1954 contaba con un fuerte movimiento en la provincia, particularmente en Santiago. En otra ocasión, recorrí con Frank algunas zonas de dicho territorio, en labores en favor de nuestra causa.

Durante ese tiempo, García Bárcena seguía preso. Fui al presidio de Isla de Pinos con la cobertura de que era su abogado, pero en realidad trataba con él cuestiones de interés político. Sin embargo, poco o nada sabía García Bárcena de que algunos miembros del M.N.R. organizábamos el Movimiento en el interior del país. Él no se interesaba por estas cuestiones, pues pensaba que se producirían cambios a partir de una conspiración militar contra Batista. Sabía, sin embargo, que hacíamos propaganda y labor de captación, pero no daba mayor importancia a esta actividad.

En esa oportunidad, junto al portón de entrada del presidio, me encontré con Fidel Castro, quien era conducido de Gerona al penal en un jeep militar con fuerte custodia. Lo saludé y me dijo estar enterado de que cuando lo iban a trasladar a la Audiencia de La Habana, yo había ido a interesarme por él en el Tribunal.

Hablé con las autoridades de la prisión y pedí conversar con los moncadistas. Me permitieron ver a un grupo de ellos. Supongo se sorprenderían de que hubiera podido llegar hasta la galera.

Durante esos meses se produjo una gran agitación en las universidades cubanas, como protesta y condena por la intervención imperialista yanqui en Guatemala, que acabó derrocando al gobierno de Jacobo Arbenz. La propaganda lo acusaba de comunista.

Aunque ya me había graduado, participé en estas actividades. Tiranos como Somoza en Nicaragua, Trujillo en Santo Domingo y Pérez Jiménez en Venezuela, eran símbolos de la opresión y enemigos jurados de los jóvenes cubanos. Aprendimos de José Martí a amar nuestra gran patria América Latina. Para nuestro estudiantado la lucha por los principios democráticos no terminaba en Cuba, constituía un deber de los revolucionarios en cualquier parte del mundo.

En junio de 1954, García Bárcena fue amnistiado. Por este motivo me trasladé de nuevo a Isla de Pinos. Allí participé en una extensa entrevista que la revista *Bohemia* publicó con el título: «Sin moral no se puede hablar de Revolución ni de contrarrevolución». El profesor exigió la liberación de Fidel y el grupo de moncadistas. Regresé a La Habana, donde le preparamos un recibimiento en el aeropuerto de Rancho Boyeros con representantes del estudiantado y de sectores populares.

Nuestro grupo decidió solicitarle al profesor una reunión para discutir la necesidad de organizar nacionalmente el M.N.R. y preparar condiciones para el futuro desarrollo de la insurrección amada y la huelga general, y el aceptó dicho encuentro.

El día fijado coincidió con una visita de Melba y Haydée a García Bárcena. Ellas habían cumplido la condena que se les impuso por su participación en la gesta del Moncada y se encontraban en libertad desde febrero de 1954. Traían un mensaje de Fidel para el profesor.

Cuando llegué a la casa de Bárcena, ambas estaban dialogando con él. Concluida la conversación, el profesor y yo marchamos hacia el pueblo de Calabazar de La Habana, donde estaba planeada la reunión, en una pequeña casita que poseía mi hermano Enrique. Durante varias horas, los compañeros expusieron a García Bárcena la necesidad de un trabajo en todo el país, orientado en favor de un gran movimiento amado y de huelga general contra el régimen. Tras una larga discusión confirmamos que aunque el profesor era un revolucionario honesto no podía dirigir una verdadera revolución.

Luego se recrudeció la persecución contra él y fue obligado a salir hacia el extranjero, de donde regresaría un año más tarde, en mayo de 1955, cuando la amnistía general incluyó a Fidel y a los moncadistas.

Mientras, Batista preparaba las elecciones generales de noviembre de 1954, que sólo significaban su legalización fraudulenta. Los políticos honestos y, en general, los que aspiraban al apoyo popular se colocaron en la línea insurreccional; otros lo hicieron de manera hipócrita y la tomaron como instrumento para un juego irresponsable. Esa actitud de la mayoría de las fuerzas políticas del país respondía al hecho de que el pueblo y, en primer lugar, la juventud rechazaban toda conciliación electoral.

Batista sólo admitía su continuidad en el poder, por lo que no aceptaba soluciones de carácter pacífico. Esta tozudez del tirano contribuyó a la radicalización del proceso. De hecho, los reaccionarios «sirven» a la Revolución cuando se niegan a dar soluciones a los problemas institucionales que crean, y lo único que logran con su terquedad es acelerar los cambios. Con su arrogancia, Fulgencio Batista «ayudó» a precipitar los acontecimientos.

Mi hermano Enrique, que execraba la politiquería reinante, me dijo en una ocasión: «Batista, con el golpe de Estado le abrió la posibilidad al país de una revolución radical». Tal como sosteníamos los jóvenes de entonces, la ruptura del régimen constitucional no era la causa, sino la consecuencia de la crisis general de la República.

El 10 de octubre de 1954, estábamos reunidos en el Colegio de Maestros de La Habana, situado en Malecón 411, entre otros, los compañeros Mario y Bebo Hidalgo, Faustino Pérez, Eloy Abella, Pepe Prieto, Enrique Hart y yo. Discutíamos cómo hacer frente a la farsa electoral de noviembre y qué contactos realizar en otras provincias por intermedio de jóvenes con quienes manteníamos relaciones políticas. Casi al mediodía irrumpió la Policía y nos arrestó.

Fuimos conducidos al Buró de Investigaciones que tenía su sede en un tenebroso edificio situado en la calle 23, destruido al triunfo de la Revolución. Cada vez que paso por allí recuerdo los interrogatorios, los golpes y a los compañeros que en aquel lugar sufrieron la represión.

Registraron nuestros hogares, y en el lugar donde trabajaba Faustino Pérez, Salud 222, encontraron un buen número de granadas de mano con las cuales planeábamos realizar acciones y sabotajes contra aquellas elecciones. Semanas antes había llegado Frank País a La Habana para hacer contacto con nosotros y coordinar actividades similares en Santiago de Cuba.

Luego fuimos trasladados al Vivac de La Habana, que estaba lleno de todo tipo de opositores, porque la tiranía había dispuesto una gran redada para evitar que la farsa electoral transcurriera en medio de actos de violencia.

Y, efectivamente, en noviembre de 1954, a dos años y medio del golpe, Batista era «electo» con las cárceles llenas y con la inmensa mayoría de la oposición en plan de rechazar su amañada elección.

Haydée fue a visitarnos y se interesó por Faustino y por mí. Ella y Melba estaban deseosas de establecer relaciones con los más diversos grupos revolucionarios, realizaban labores de proselitismo en favor de la amnistía y se ocupaban de la distribución de los principales documentos de Fidel, particularmente de «La historia me absolverá», que en octubre de aquel año había comenzado a circular.

Un grupo de nosotros fue puesto en libertad con posterioridad a las elecciones. Sobre Faustino Pérez recayó la inculpación más grave por las granadas encontradas. Él no pudo salir de la cárcel hasta la amnistía general, dictada meses después.

Cuando fui liberado existía gran preocupación por el plan de Batista y los imperialistas de atravesar la Isla con un «Ca-

nal Vía Cuba», que daría a los yanquis jurisdicción sobre una amplia zona del territorio nacional, desde el Norte hasta el Sur, por las entonces provincias de Matanzas y Las Villas. La propaganda contra lo que llamábamos el canal «Rompe a Cuba» se desarrollaba con intensidad.

Inmediatamente después de salir de la cárcel, hice contacto con Melba y Haydée. Ellas me hablaron de lo que había sido el Moncada, de la labor de Abel Santamaría y del grupo de compañeros que junto a Fidel trabajaron por la gesta y, asimismo, me explicaron las ideas del líder revolucionario, su programa y su oposición radical a los partidos tradicionales. Llegué a la conclusión de que la unidad de las fuerzas que apoyaban a García Bárcena, los estudiantes y los moncadistas, podrían constituir una importante base para el desarrollo de la Revolución a que aspirábamos.

Por esos días se fue gestando una amplia movilización de todas las organizaciones políticas y sociales de la oposición, en favor de la amnistía para Fidel y los moncadistas, hasta convertirse en una demanda nacional. El régimen se vio obligado a decretarla en mayo de 1955.

El pueblo estuvo esperando que abandonaran las cárceles los bravos luchadores por la libertad. Todos conocían el espíritu que había animado y regido la conducta de los combatientes del Moncada y Bayamo. Por enfrentarse a la tiranía fueron a presidio o cayeron valientemente.

El país entero hacía un alto en su tristeza para recibir alborozado a los hijos que tan gallardamente habían cumplido con su deber, y en este momento de euforia se tenía un recuerdo emocionado para los que no pudieron regresar.

El deber que se imponía ante los cubanos era fijar la postura de rebeldía, porque la paz y la tranquilidad no podían surgir de las fuerzas de las bayonetas de la tiranía, sino de un verdadero equilibrio que sólo podía alcanzarse por la Revolución.

Con la amnistía, el gobierno trató de presentarse como la «paloma de la paz»; sin embargo, los actos que ejecutaba hacían notar toda la farsa. Ella no significó ni un solo paso para devolver la tranquilidad al país. El hambre aumentaba, el desempleo continuaba, el desasosiego crecía y no podíamos soportar más engaño. Batista nos obligaba a la guerra. Aquel gobierno era el primer y más ostensible obstáculo para una armonía real.

El 16 de mayo de ese año, inmerso en la multitud que colmaba la terminal de trenes de La Habana, esperé a Fidel y a otros combatientes del Moncada, quienes en el barco «El Pinero» habían arribado a Batabanó procedentes de Gerona y desde allí continuarían viaje a la capital por ferrocarril. Era un indiscutible impacto para todo el que tuviese sensibilidad popular contemplar la multitud que recibía al líder del Moncada. Se comentó mucho que durante el recorrido, Fidel y sus compañeros fueron agasajados como héroes por el pueblo, en diferentes localidades.

Fidel se había convertido en el centro de atracción y de mayor importancia política para las capas más dinámicas de la población. Era ya el dirigente natural de las nuevas generaciones de jóvenes revolucionarios, así como de amplísimos sectores populares. Este hecho estuvo marcado por el valor político que dentro de los sectores juveniles tenía la línea insurreccional, por el significado que en ellos alcanzaban el sentido heroico y la decisión de combate y, especialmente, porque el grupo del Moncada no estaba comprometido con los partidos tradicionales, sino que representaba su negación. En el líder del 26 de Julio encontramos lo que desde el mismo 10 de marzo, e incluso antes, buscábamos: un jefe político revolucionario, hondamente popular, democrático, sin compromiso con el sistema prevaleciente y, al mismo tiempo, capaz de organizar la acción de las masas.

Mi integración al Movimiento 26 de Julio fue el resultado de un proceso natural. El programa del Moncada venía a materializar el sentimiento ético que estaba profundamente arraigado en la tradición patriótica cubana.

Una oleada de pueblo rebelde se agrupó alrededor de Fidel. Aquel remolino de fuerza incontenible fue convirtiéndose con el desarrollo de la lucha, en el transcurso de meses y años, en un verdadero huracán revolucionario. Desde entonces comprendí que quienes no se integraran en aquel movimiento podían quedar relegados en su aporte a la causa popular y al progreso histórico de nuestro país.

Fidel comenzó a vivir en el apartamento de su hermana Lidia, en el edificio del jardín Le Printemps, en la calle 23, esquina a 18. La vivienda se convirtió en un hervidero de personas que entraban y salían. Coincidí en el lugar con muchos dirigentes de la Juventud Ortodoxa, de la F.E.U. y de diversas organizaciones opositoras.

Fidel llevaba a cabo la tarea de proselitismo político, empeñado en una labor de incorporar fuerzas y de estrechar filas, con el objetivo de unir a todos los hombres honestos del país, alrededor de las posiciones de lucha insurreccional contra Batista. Se había transformado en el líder principal contra el régimen.

Tras la amnistía, García Bárcoena pudo regresar a Cuba. Fuimos a recibirlo al aeropuerto de Rancho Boyeros con el líder del Moncada, y nos trasladamos a la casa de un pariente del profesor, que vivía en el barrio de El Vedado. Creía que se iba a hablar de la lucha contra la tiranía, de la estrategia a seguir y, sin embargo, se conversó de diversas cuestiones de la vida personal del profesor y su familia.

Días después comenzó la plática política y se planteó la conveniencia de que Fidel y Bárcoena tuvieran una entrevista.

Me pareció que por ahí empezaría la unidad de las fuerzas revolucionarias, pues si ella se producía habría de arrastrar al movimiento estudiantil y otros sectores.

El encuentro tuvo lugar en la casa del profesor, en el barrio de La Sierra, en Marianao. Estuvimos presentes Faustino y yo. García Bárcena planteó que trabajaría por la conspiración militar, y Fidel señaló que el Movimiento organizaría al pueblo para la insurrección. Quedaba claro que existían dos proyectos diferentes de cómo alcanzar el triunfo sobre la tiranía.

De la casa del profesor salimos Fidel, Faustino y yo, en automóvil, hacia el centro de La Habana. Fidel nos planteó: «ustedes pueden estar con nosotros, y si García Bárcena produce un golpe de Estado entonces le darán su apoyo». De hecho nos estaba diciendo que si el golpe era de carácter militar nada podríamos hacer en el proceso de su incubación; en cambio, si se trataba de organizar al pueblo podíamos trabajar por la Revolución.

En realidad, desde que salimos de la casa del profesor<sup>6</sup> ya estábamos incorporados al Movimiento que lideraba Fidel. Faustino y yo le aseguramos que inmediatamente nos uníamos a él y a sus compañeros.

<sup>6</sup> García Bárcena mantuvo una posición digna contra la tiranía, pero dejó de ejercer su liderazgo. En los años iniciales del triunfo de la Revolución fue embajador de Cuba. Murió en 1961. Cumpí el encargo de pronunciar las palabras de su despedida.

## V

### «Seremos libres o seremos mártires»

Desde el 10 de marzo veníamos sustentando que la dictadura sólo podía ser derrocada por una revolución popular. Sin embargo, la táctica de Fidel fue no plantear de inmediato la lucha armada, pues esta responsabilidad no debía recaer en los revolucionarios, sino en la tiranía. Los combatientes del Moncada acababan de ser amnistiados, por lo que no era lógico lanzar la consigna de insurrección.

A pesar de los obstáculos, Fidel trató de buscar soluciones pacíficas y políticas. Pero el gobierno cerró todas las puertas; impidió la celebración de un gran acto convocado para el 20 de mayo de 1955 en la escalinata universitaria. Asimismo se habló de que Fidel compareciera en un conocido programa político de la televisión llamado «Ante la Prensa» y en el espacio radial «La Hora Ortodoxa», pero tampoco le fue permitido hacerlo.

Se comenzó a librar entonces la batalla política más importante: denunciar los crímenes cometidos el 26 de julio de 1953 y los días subsiguientes.

Aunque esta acusación no era un llamado a la Revolución, hacía más daño a Batista que la posición insurreccional. Sin

convocar a la guerra, Fidel desmoralizó al enemigo, al punto de que un funcionario que había sido gobernador en la antigua provincia de Oriente, Waldo Pérez Almaguer, no quiso responsabilizarse con los crímenes horrendos del 26, 27, 28 y 29 de julio de 1953, e incitado por la apelación pública de Fidel se dispuso a confirmarlos.

No era fácil encontrar en La Habana un periódico capaz de reproducir estas revelaciones; sin embargo, el diario *La Calle*, tribuna popular dirigida por Luis Orlando Rodríguez, lo hizo. Fui con Fidel al local del periódico para ver cómo se confeccionaban las planas. El trabajo de Fidel, «¡Mientes, Chaviano!», se convirtió entonces en el cargo más importante contra la tiranía. Posteriormente, el gobierno suspendió el periódico.

En los días en que el pueblo esperaba la salida de los combatientes de las cárceles, salió al aire el espacio radial «La voz de los grupos doctrinales de la Revolución», del Partido Ortodoxo. En aquel programa realicé varias intervenciones para analizar la situación cubana. Así la describí en junio de 1955:

Los acontecimientos de los últimos días han venido a reafirmar al régimen en su tesis de violencia. Los hechos ocurridos en el escenario nacional en las dos últimas semanas, prueban cómo el gobierno sigue empeinado en el camino de la inseguridad y el desorden, el camino del abuso del poder. Los actuales gobernantes, consecuentes con su origen, han ido dando los pasos para liquidar las esperanzas de paz que algunos sectores de la vida pública abrigaron después de la amnistía política.

La provocación de Río Chaviano a los combatientes del Moncada, los insultos de la prensa gubernamental con motivo de la respuesta de Fidel Castro, fueron los primeros pasos del régimen. El anuncio de Batista de que: «Se ha-

bían acabado los guapos en Yateras», puso ya de manifiesto, cómo el gobierno reaccionaba históricamente frente al rechazo del pueblo. La muerte de Jorge Agostini fue la nota sombría y dramática de este proceso. Y, por último, la suspensión ilegal del valiente periódico *La Calle*, ha sido el punto culminante de la serie de arbitrariedades cometidas durante estos días.

El cuadro de la vida cubana no puede ser en este momento más dramático, ya que el régimen, puesto en la encrucijada de escoger entre ceder al impulso popular o proclamarse oficialmente en dictadura, ha decidido, como muchos esperábamos, que defiende mejor sus intereses lo segundo [...]. El informe policíaco al Tribunal de Urgencia y la orden de arresto dictada por éste contra numerosos ciudadanos, hacen creer aún más el desconcierto, y son las semillas de la inseguridad que este gobierno ha ido sembrando.

Pero toda esta represión policíaca, no es otra cosa que la manifestación exterior de un proceso de debilitamiento del gobierno. Mientras más se tiene que apelar a la fuerza, menos fuerza se tiene. Es que en el fondo, los gravísimos problemas cubanos, la creciente crisis económica, los conflictos sindicales, el descontento unánime de la Nación, frente a las medidas y arbitrariedades del gobierno, tienen a los hombres que usurparon el poder, desconcertados, indecisos y hasta atemorizados. Mientras tanto tratarán de aprovecharse de los soldados para continuar empecinados en la gobernación del país.

[...] No ha habido régimen más reaccionario y más contrario a los Derechos del Hombre, que el de Fulgencio Batista [...]. En estos tres años no ha hecho otra cosa que darle características dramáticas a la grave situación cubana [...]. El descontento popular conducirá a un gobierno producto de la Revolución, que de verdad se enfrente a los problemas nacionales, como ordenara Martí: «Con las mangas al codo». [...] Esta crisis que el gobierno agrava día a día con sus desaciertos y errores, debe exigir de todos los sectores de

la población una muy cuidadosa atención y debe demandar de cada uno de nosotros el mayor de los sacrificios. Los efectos de la dictadura van a ir llegando más tarde o más temprano a cada uno de los cubanos directamente. Ayer fue Mario Fortuny, hoy Jorge Agostini, mañana podrá haber nuevos nombres en la ya larga lista de mártires del marzo. Ahora la crisis económica lesiona a las clases más necesitadas, pero mañana afectará también a todo el pueblo [...]. Los efectos tenebrosos de la política oficial llegarán a todos, porque no se puede gobernar a un país con el pueblo en pleno en contra, sin que se lesionen los derechos y las garantías de todos los ciudadanos. Y jamás Cuba estuvo en peligros mayores [...].

Más que nunca el pueblo debe estar unido, porque a cada medida gubernamental debe responder la ciudadanía en forma viril [...]. ¡Adelante, cubanos, que el futuro es nuestro! ¡Adelante, que frente a todos estos males se ha de imponer la Revolución Nacional!

Fidel tenía concebidos planes revolucionarios. En aquellos meses nos habló de la expedición y de la huelga general, de que había que constituir una dirección de apoyo a estos empeños; explicó que ella debía quedar integrada por los compañeros de diferentes tendencias que habían aceptado el plan. Nos informó que estaríamos Faustino Pérez y yo. Asimismo, mencionó los nombres de otros compañeros a los que más adelante me referiré.

Una noche, semanas antes de su partida hacia México, se produjo una reunión en una casa situada en la calle Factoría. En esta ocasión, por primera vez, a través de un planteamiento de Fidel, conocí que la organización se denominaría Movimiento 26 de Julio. Allí quedó constituida la Dirección del Movimiento en Cuba e integrada de esta forma: Pedro Miret, Jesús Montané, Faustino Pérez, Haydée Santamaría, Melba

Hernández, José Suárez Blanco, Pedro Aguilera, Luis Bonito, Antonio (Ñico) López y yo. Fidel señaló también que en Santiago contábamos con un compañero de grandes condiciones. Recuerdo que antes de que terminara la frase le dije: «Ése es Frank». Efectivamente, un compañero de tan extraordinarias condiciones en Oriente no podía ser otro que Frank País García.

El proceso de integración de la Dirección del Movimiento se caracterizó por la unidad. Nosotros proveníamos de otra organización y fuimos recibidos con amplio espíritu de colaboración. Desde el comienzo, Faustino y yo pudimos trabajar muy ligados a Pedro Miret, Ñico López, Jesús Montané, Haydée Santamaría, Melba Hernández y otros muchos compañeros.

La Dirección del Movimiento, constituida en 1955, y los cuadros más importantes agrupados a su alrededor en el trabajo clandestino, provenían esencialmente de dos vertientes de la Ortodoxia: los que habían participado en el Moncada; bajo el liderazgo de Fidel o que habían estado bajo su influencia política en el seno del Partido del Pueblo Cubano, y los que procedíamos del M.N.R., que por entonces estaba prácticamente disuelto y cuya bandera principal había sido Rafael García Bárdena. Estas corrientes políticas tenían su origen en el amplio movimiento de masas que había generado en el país Eduardo Chibás. Todos los compañeros de la Dirección constituida entonces en Cuba permanecieron fieles a la Revolución.

Desde Oriente fungía como tesorera María Antonia Figueroa. En esa provincia, el centro de todo el Movimiento era Frank País, quien tenía, como se ha explicado, una extensísima red clandestina en casi toda la región. Junto a Frank laboraban Vilma Espín, Julio Camacho Aguilera, Léster Rodríguez, Taras Dimitro, Pepito Tey, Tony Alomá, Otto Parellada, Arturo Duque

de Estrada, Enzo Infante, Agustín Navarrete, Carlos Iglesias y decenas de cuadros. En esta provincia era donde más había avanzado la organización.

En La Habana teníamos los más importantes encuentros y puntos de contacto en la casa de Jovellar 107, en el tercer piso. Allí vivían Melba Hernández y sus padres, quienes trabajaban con todos nosotros de manera intensa y decidida. Esta casa se comunicaba por el fondo con el apartamento de Pedro Miret y su esposa.

La casa de Melba había sido visitada por Cayita Araújo y María Antonia Figueroa. Ellas se entrevistaron con Fidel y un grupo de nosotros; allí se habló de la historia de Cuba, de Martí, de Maceo, de los próceres, de las luchas por la independencia. Fue una hermosa jornada cargada de recuerdos patrióticos. Durante la misma, Fidel esbozó el proyecto revolucionario que había concebido. María Antonia Figueroa se refirió a ese encuentro en una entrevista que la revista *Santiago* publicó:

[...] me reuní en la casa de Jovellar 107 —casa de la compañera Melba Hernández— con Fidel, Haydée Santamaría, Amando Hart, Jesús Montané y otros; es decir, los compañeros que formaban la incipiente dirección de lo que iba a ser, a partir de ese momento, el Movimiento Revolucionario 26 de Julio.

En esta reunión, que duró aproximadamente entre siete y diez horas, Fidel nos expuso los lineamientos del Movimiento. Nos leyó la carta de despedida al pueblo de Cuba, puesto que ya él estaba próximo a partir al exilio de México para preparar la insurrección amada. Nos informó también del viaje que pensaba hacer a los Estados Unidos siguiendo la misma ruta que en el siglo pasado siguió José Martí [...].<sup>7</sup>

<sup>7</sup> Reproducida en la citada revista, junio-septiembre de 1975.

Otro lugar muy frecuentado por aquellos días eran las oficinas del Partido del Pueblo Cubano, en Prado 109. Hasta aquel sitio íbamos Faustino, Níco, Pedro, Haydée, Montané, Melba y otros compañeros. Organizábamos reuniones, hacíamos labor de captación para nuestra causa, y salíamos discutiendo nuestras ideas por el Malecón hasta llegar a Jovellar.

Quiero dejar constancia de la infinita admiración que sentí por Níco López, militante de filas de la Ortodoxia. Representó ante mis ojos lo más puro de su masa combatiente. Fue uno de los más valiosos cuadros que perdió el país en la lucha por su libertad. De origen muy pobre, era exageradamente alto y delgado, de ojos claros, sonrisa abierta, mano extendida. Su padre trabajaba cuando podía en el Mercado Único de La Habana. Si de Camilo dijo el Che que era la imagen del pueblo, de Níco podría decirse lo mismo.

Antonio López, autodidacta que analizaba y discutía con pasión los problemas políticos, poseía una clara inteligencia y un finísimo instinto popular. Tenía un don especial para relacionarse con los demás y movilizarlos. Era un magnífico orador. En esa época pensaba que Níco López había sido influido por el Partido Socialista Popular. Casi dos decenios después, en ocasión del vigésimo aniversario del asalto al Moncada, comenté con Fidel que Níco ya era comunista en 1955. Se encontraba presente René Rodríguez, quien me dijo que fue el propio Fidel quien transmitió estas ideas a Níco.

Llevo con orgullo en mi memoria el hecho de que aquel joven de la Plaza de La Habana influyó poderosamente en mí y me hizo conocer lo que es una revolución popular. Parecía un personaje extraído del jacobinismo, de los comuneros de París, de los bolcheviques rusos. Era propiamente un hombre de partido, y de esos que saben ganarse el cariño de los de-

nás y el apoyo de las masas. En cada acto o concentración pública que organiza la Revolución viene a mi mente aquel magnífico hijo del pueblo, su fe en Fidel y su increíble capacidad de agitación política.

Por Níco López conocí que en Guatemala había estado un médico argentino de ideas comunistas, que él quería presentarle a Fidel. Era nada menos que Ernesto Guevara. Desde entonces lo admiré profundamente, y el recuerdo de Níco está para mí muy unido a la imagen del Che.

Pocas semanas antes del desembarco del «Granma», en un apartamentico de El Vedado, donde vivíamos Pedro Miret, su esposa Melba Ortega, Haydée y yo, nos despedimos de Níco por última vez. Nunca lo olvidaré con su guayabera blanca, sus largas piernas y su extraordinaria capacidad de agitador de masas.

La segunda reunión de la Dirección tuvo lugar con la presencia de Fidel en un nuevo local del Partido Ortodoxo, en la calle Consulado 24, que era frecuentado por muchas personas. A medianoche, se presentó la Policía por sus imediasiones. Al parecer se acercó con el ánimo de hacer algunas detenciones, en el momento en que terminábamos nuestra reunión. Me impresionó el modo como Fidel habló con los guardias de Batista. Les dijo: «No hay problema, ya estábamos terminando, ya íbamos para nuestras casas». Lo hizo con naturalidad, como quien salía de una actividad legal en medio del gran movimiento que allí tenía lugar. Se comportó con total dominio de la situación.

Batista no tenía más salida que desencadenar con mayor violencia la persecución de los fidelistas, y esto fue lo que hizo. Corríamos el peligro de que asesinaran a Fidel, a Raúl y a otros moncadistas, pues había indicios de que estos pla-

nes ya estaban en marcha. Era aconsejable tomar el camino del exilio para organizar la expedición armada. Raúl se asiló en la embajada de México; iba a la capital azteca a preparar la continuación de la lucha. Fidel partió hacia el mismo destino por el aeropuerto de Rancho Boyeros, el viernes 7 de julio de 1955.

Como ya he señalado, la idea de una salida pacífica y su planteamiento público habían durado bien poco. Batista se encargó de demostrar con la persecución inmediata de Fidel y sus compañeros, que el único camino posible era el de la insurrección. Bastaron dos escasos meses para que el jefe de la Revolución pudiera formular nuevamente el planteamiento de la lucha armada. Cuando salió de La Habana señaló: «De este viaje no se regresa o se regresa con la tiranía descabezada a los pies».

Tal como lo apreciábamos entonces, nuestra tarea consistía en facilitar las vías para enviar a México a un grupo de combatientes que vendrían en la expedición, organizar en todo el país el apoyo a dicha acción, estructurar el Movimiento 26 de Julio en las provincias y trabajar en actividades de recaudación de fondos, propaganda y agitación.

Por esa época, Pedro Mirret, Faustino Pérez y Pepe Suárez tenían a su cargo lo relacionado con las armas; Níco y yo nos ocupábamos de la situación de la propaganda, y todos nos interesábamos por reclutar compañeros, recaudar fondos y hacer contactos en el interior del país.

Después del Moncada, Haydée trabajaba en una oficina del Registro de la Propiedad. Era un empleo que le había dado un amigo de la Ortodoxia, el viejo dirigente José Manuel Gutiérrez, quien moriría en el extranjero, a donde fue después del triunfo de la Revolución. Por aquella oficina debían

pasar los que salían hacia México. Haydée realizaba los trámites necesarios, con la ayuda de algunos empleados.

El 10 de octubre de 1955, Melba Hernández salió rumbo a México para trabajar junto a Fidel, y fuimos con ella hasta el aeropuerto. Ya había partido Montané. Melba volvió en varias ocasiones a La Habana, hasta que se quedó a trabajar al lado de Fidel. Durante esa etapa, su gestión estaba muy relacionada con la que hacíamos en Cuba.

En un acto público que se celebró en el extranjero, divulgado por la revista *Bohemia*, Fidel mencionó a un viejo politiquero que había hecho millones en gobiernos anteriores a Batista y, no obstante, se presentaba como un hombre honesto. Él tenía parte de su clientela política en la zona de Encrucijada, Las Villas, de donde eran Abel y Haydée Santamaría. El farfante, aparentemente convencido de que nadie le iba a responder en la forma merecida, rebatió las palabras de Fidel demandándole que preguntase «a sus amigos de Encrucijada» sobre su «honesta actitud». No sé qué podía pretender o entender este senador y ministro de la República mediatizada. Haydée y yo coincidimos en la necesidad de darle la apropiada respuesta. Al mismo tiempo nos llegó de México la orientación de que Haydée, como amiga de Fidel, le respondiese. Por este motivo, fui a Encrucijada a buscar datos en el Registro de la Propiedad para mostrar las pruebas de que este señor se había hecho millonario en pocos años.

El 25 de diciembre de 1955, la revista *Bohemia* publicó un artículo de Yeyé contra el citado politiquero, titulado «Respuesta al doctor Andreu».<sup>8</sup> En el trabajo se le situaba como ejemplo de todo lo que significaba la corrupción de aquella sociedad. El texto de la réplica es una muestra de cómo pensábamos a mediados de la década del cincuenta.

<sup>8</sup> Véase en las páginas 240-244 de los Anexos.

Andreu no respondió. Entonces alguien me dijo : «¡No podía hacerlo. Era como si un ángel se le hubiera cruzado en el camino levantando en alto una espada en forma de crucifijo!»

Para mí todo estaba enlazado o formaba parte integral de la gran tarea revolucionaria e histórica que teníamos por delante. Sentía que en mi vida personal no había nada ajeno a ella. En la segunda mitad del año 1955, se fueron estrechando mis relaciones personales con Haydée y alcanzaron una profundidad tal que me resulta muy difícil hacer una semblanza de la exquisita y maravillosa mujer que conocí.

En el presente testimonio describo rasgos personales de diversos compañeros, y ella ocupa un lugar destacadísimo en esta historia. Penetra en recuerdos personales de la época y, desde luego, de las subsiguientes. Pero se requeriría de un gran talento para revelar con palabras la imagen que de ella se me grabó. Lo personal y lo histórico de su recuerdo se me confunden tan íntimamente que no me resulta sencillo hacer el necesario deslinde. Espero se tenga la indispensable comprensión por estas limitaciones. Fuimos prácticamente la misma persona, y trabajamos en común sin una diferencia o discrepancia política, ni revolucionaria. Como se dice, fue la mitad de mí mismo, y yo lo fui de ella; lo llevo con honra y recuerdo imperecedero.

Por aquellos días, la CMQ organizó una mesa redonda televisada sobre la situación del país, en la que estuvieron presentes las distintas tendencias políticas. Asistí con la formalidad de representar a los «sin partido». Lo hice en una forma radical, denunciando a la vieja sociedad y a sus dirigentes. Planteé la tesis de que en Cuba, con toda seguridad, el mapa político y social cambiaría sustancialmente. Haydée y otros compañeros me dijeron que había estado demasiado exalta-

do, seguro debí ser más pausado y menos vehemente en mis expresiones, pero lo cierto es que afirmé verdades que fueron confirmadas por la historia.

En el local de Consulado 24 se celebró una tercera reunión de la Dirección del Movimiento, ya sin la presencia de Fidel. Discutimos la distribución de las tareas entre nosotros, analizamos las acciones de apoyo al desembarco y las de promover la huelga general. También tratamos un punto referido a las elecciones que se efectuarían en la Juventud Ortodoxa.

Por su fuerza de masa nos interesaba que un cuadro del Movimiento 26 de Julio dirigiera la organización juvenil. El prestigio de Níco López aconsejaba proponerlo para esta responsabilidad. Fue una discusión bastante movida. En principio parecía lo más aconsejable, pero luego Fidel nos orientó que lo más político sería reclamar de los dirigentes de la Juventud Ortodoxa que apoyaran la posición insurreccional y que se seleccionara a los dirigentes tradicionales, si ellos estaban efectivamente en esa disposición de ánimo.

Dada la fuerza que tenía nuestro Movimiento no creíamos que resultara lo mejor, pero estábamos equivocados; lo político era no mezclarse en lo que podía parecer una pretensión de situar al 26 de Julio en la dirección ortodoxa. Y así se decidió. En definitiva, nada sacábamos con tomar la jefatura de la Juventud Ortodoxa, cuando ya la fuerza del Movimiento era tal que no necesitábamos de esto.

En la táctica de Fidel se apreciaba el rechazo a las posiciones sectarias y cómo se situaba por encima de las contingencias inmediatas. Trataba de mantener el 26 de Julio al margen de las querellas internas de la Juventud Ortodoxa. La masa de esa juventud estaba con nosotros, de hecho se fue incorporando al Movimiento.

Fueron meses de intensa actividad. Por aquel tiempo, Fidel había lanzado la consigna de que en 1956 seríamos libres o seríamos mártires. Mientras tanto, los partidos tradicionales de la oposición seguían haciendo esfuerzos por llegar a un arreglo pacífico con Batista.

Melba, Haydée, Faustino y yo teníamos contactos en nombre del Movimiento con el Frente Cívico de Mujeres Martianas, organización que nació en el mes de noviembre de 1952, con el propósito de unir a las mujeres cubanas en la lucha contra la tiranía.

A raíz de haber viajado Fidel a México, nos llegó el Manifiesto número uno, elaborado y suscrito por él. En este documento, el líder del Moncada ratificaba la posición insurreccional y subrayaba las medidas que en esencia ya habían sido expuestas en «La historia me absolverá». En un programa de quince puntos fijaba las primeras disposiciones que dictaría un gobierno revolucionario, y ése fue el que se instrumentó en los primeros meses de 1959. Trabajamos intensamente en la impresión del Manifiesto y en su distribución clandestina. Se convirtió en el vehículo para la organización de las células del Movimiento 26 de Julio, y se distribuyó de un rincón a otro del país.

Un tiempo después, en diciembre de 1955, Fidel lanzó el Manifiesto número dos. Estos materiales eran un alegato político de clarísimo contenido revolucionario, y junto con «La historia me absolverá» serían la guía para la acción inmediata y el Programa de la Revolución Cubana.

A lo largo de este período, en México se preparaba la expedición, y en Cuba se trabajaba en los aspectos organizativos de apoyo al desembarco. Con esta finalidad debíamos ocuparnos de todas las tareas de la organización.

Otros acontecimientos ocuparon la atención del Movimiento por esa fecha; señalo aquí los más significativos:

Se convocó a una asamblea de representantes de la militancia del Partido del Pueblo Cubano, para debatir la línea política a seguir en aquellos instantes cargados de fermento revolucionario. Dada la fuerza que tuvo aquel encuentro, concurren al mismo los principales dirigentes del Partido.

Entre los que representaban a la organización partidista había grandes politicastos que estaban al servicio exclusivo de sus intereses bastardos, hombres honestos como Manuel Bisbé, y progresistas como Leonardo Fernández Sánchez. Estos últimos se identificaron con las posiciones de Fidel.

En aquella asamblea, Níco López, Faustino Pérez, Pedro Miret y yo recibimos la encomienda de plantear que la Ortodoxia aprobara formalmente la línea insurreccional.

La esencia del problema estaba en que había una gran masa de militantes presionando para que se tomaran decisiones revolucionarias. Ellos, con el apoyo de dirigentes honestos, exigieron que se aprobara formalmente la línea del 26 de Julio, es decir, de la Revolución.

El ambiente estaba caldeado. La Juventud Ortodoxa, que era nuestra principal aliada en el seno de la organización, tomaba cada día más fuerza. El prestigio de Fidel entre la Juventud y en las bases del Partido crecía, a tal punto que iba llenando en las mentes de muchos cuadros y militantes el vacío dejado por Eddy Chibás.

En medio de una multitud de delegados, Faustino leyó la propuesta del Movimiento 26 de Julio, en la cual la Ortodoxia proclamaba la línea insurreccional.

El ambiente general del país, las raíces populares de la Ortodoxia, el prestigio de Fidel y la acción de una vanguardia lograron que las posiciones del 26 de Julio fueran aprobadas en aquella reunión. Ésta fue la última en que estuvieron pre-

sentos todos los factores que componían el Partido Ortodoxo. Las bases del Partido y su Juventud habían superado a sus dirigentes tradicionales.

El que hubiera estado en contra de esta propuesta habría sido rechazado. Los politicastos moralmente eran muy flojos y resultaban los únicos enemigos reales allí. Obraban con demagogia y fueron sorprendidos en una posición que no preveían, ya que decían apoyar la línea insurreccional, y como ésta fue planteada de manera oficial, no les quedó otra posibilidad que aceptarla formalmente. Para los politicastos de la Ortodoxia no existía otra alternativa, o se unían a Batista o se sumaban a la Revolución. Había surgido una dirección capaz de transformar y desarrollar las ideas más puras de la Ortodoxia.

Fidel señalaba que el 26 de Julio era el instrumento revolucionario de la Ortodoxia. Sin embargo, sabía que ni el Partido del Pueblo Cubano, ni aun los organismos de su Juventud, servían para ejecutar la línea insurreccional, porque estaban incapacitados para desarrollar la Revolución.

Los mejores hombres de filas de las masas ortodoxas se habían unido al 26 de Julio, ya situado a la cabeza del movimiento popular. Así, Níco, Faustino, Pedro y yo, en nombre del 26 de Julio, presenciábamos la defunción del Partido, de cuyas filas juveniles y mejores cuadros de base se integraría la estructura esencial del Movimiento 26 de Julio. Es válido subrayar que aunque dejó de existir, nunca abandonamos sus ideales.

Juan Manuel Márquez, el más destacado dirigente revolucionario de la Ortodoxia, desarrolló un estrecho contacto con Fidel y llegó a convertirse en uno de sus más íntimos colaboradores. Trabajó junto a él en México y en Estados Unidos; vino en el «Granma», y cayó heroicamente a raíz del desembarco.

Otros miembros de la dirección ortodoxa, muy identificados con nosotros en esa época, fueron Luis Orlando Rodríguez, Conchita Fernández, Vicentina Antuña, Manuel Bisbé y Leonardo Fernández Sánchez, entre otros.

El primero de septiembre de 1955 estallaron varias huelgas bancarias, un punto muy sensible para el sistema dominante, pues los paros amenazaban con adquirir un marcado carácter político. Sus organizadores eran realmente opositoristas al régimen. Mi hermano Enrique, que trabajaba en el banco de Línea y Paseo, fue uno de los más destacados promotores. Alentaba las huelgas con una clarísima conciencia de que estaba contribuyendo a combatir la tiranía. Al respecto, no tenía la menor confusión.

Enrique cayó preso y, valiéndome de mi condición de abogado, me interesé por su caso en «Urgencia». Habían ordenado dar la libertad a otros detenidos, mas a Enrique no querían liberarlo porque consideraban su caso de carácter político y no exclusivamente laboral. El magistrado que fungía en este órgano de represión se negó a entregarme la causa. Se produjo un gran alboroto en la Sala del Tribunal, que pudo haber acabado en un altercado. Para no ser detenido salí de aquel recinto y fui a esconderme en casa de unos parientes que vivían en la Víbora.

A los pocos días las huelgas terminaron, y no les quedó más remedio que ponerlo en libertad, como al resto de los detenidos, porque desde el punto de vista estrictamente legal, todos tenían las mismas implicaciones.

Por esa época se desarrolló una intensa campaña política y de publicidad, a través de lo que se llamaba Sociedad de Amigos de la República, institución que nucleaba a figuras representativas del sector burgués opuesto a la tiranía. Se

convocó a una reunión de todos los representantes de los partidos tradicionales, tanto gubernamentales como de oposición. Era, según ellos, «la nación entera» la que estaba discutiendo. La reunión se celebró en la Sociedad Colombista Panamericana, en las instalaciones que hoy ocupa la Casa de las Américas.

La representación burguesa del país, sin destino y sin futuro, en aquellas conversaciones estuvo sola y aislada. La reunión fue una farsa y no dio resultado alguno. Era la vieja política cubana, desprestigiada y corrompida hasta el tuétano, la que se daba cita en aquella mascarada destinada al más absoluto fracaso histórico. Sin embargo, fue un «gran acontecimiento político», en su momento.

Pero los partidos tradicionales de la oposición tenían todavía fuerza para convocar a un gran acto público, al cual acudimos todos porque allí sí concurrió el pueblo. Éste fue el famoso acto del Muelle de Luz, organizado bajo la rectoría de don Cosme de la Torriente, veterano de la Guerra de Independencia, quien octogenario ya, se había convertido en una carta política para los partidos tradicionales de la oposición.

Para recibir orientaciones acerca de lo que debíamos hacer en este acto y valorar otras cuestiones de interés político, viajé a los Estados Unidos a entrevistarme con el jefe del Movimiento. Allí se encontraba en un recorrido por distintas ciudades, haciendo labor de captación entre exiliados y emigrados.

Aprecié su infatigable actividad. Pensé que estábamos en tiempos similares a los de la Guerra de Independencia o en las luchas de los años treinta contra la tiranía de Machado. Hoy siento tanto orgullo de aquella visita, como lo tendría cualquier cubano del pasado siglo que hubiera ido a Cayo Hueso a visitar a Martí. Ya en Miami, Fidel me habló de temas económicos y de medidas programáticas que se movían en el marco de los documentos citados.

Entonces le planteé la situación existente en cuanto a la unidad de la oposición y acerca de las gestiones que venían haciendo al respecto don Cosme de la Torriente, José Miró Cardona y otros dirigentes. Fidel me encomendó que hablásemos con don Cosme y le pidiéramos que en el acto del Muelle de Luz se retransmitiera una alocución suya que él grabaría. Se suponía que el del Muelle de Luz iba a ser un acto de unidad.<sup>9</sup>

A mi regreso, Haydée y yo nos reunimos con don Cosme en su oficina de La Habana Vieja. El encuentro fue propiciado por Miró Cardona y en él participó también Pelayo Cuervo Navarro.<sup>10</sup>

Fue una situación molesta. Don Cosme tomó la palabra y no nos dejó hablar. Para intentar decir algo y no «interrumpirlo irrespetuosamente» iniciaba mis argumentos con las palabras «Venerable patriota...», pero el abismo que nos separaba impedía todo diálogo. Llegó a afirmar que Fidel debía organizar su propio acto porque el del Muelle de Luz tenía fines distintos a los que perseguía el Jefe del Movimiento 26 de Julio. Y don Cosme tenía razón..., pero lo que no sabía era que Fidel Castro, poquísimos años después, organizaría los actos políticos más grandes de toda la historia de Cuba y de América.

El acto del Muelle de Luz tuvo lugar el 19 de noviembre de 1955 y concluyó, según el decir criollo, como «la fiesta del Guatao». Grupos auténticos desencadenaron agresiones contra los militantes revolucionarios que lanzábamos la consigna «Revolución». Este hecho prácticamente nos dispersó. De allí salí con Haydée y otros compañeros para reunimos en casa de Melba y comentar los acontecimientos.

<sup>9</sup> Véase el texto de la carta que Fidel le envió a don Cosme para tratar estos asuntos, en las páginas 245-247 de los Anexos.

<sup>10</sup> Brutalmente asesinado por los esbirros de la tiranía el 13 de marzo de 1957.

La concentración popular se había proyectado, según decía su principal organizador, con el objeto de que Batista se sintiera presionado a admitir una fórmula aceptable para todos los partidos opositoristas tradicionales. Aunque se congregó una inmensa multitud, también mostró a fondo sus debilidades y terminó disolviéndose. El tirano diría: «La oposición está dividida». Nosotros pensábamos, y la historia lo confirmó, que «era necesario cambiar la tribuna», es decir, a los dirigentes. Y, en efecto, así ocurrió, pero a costa de lucha y de sangre.

Como era de esperar, Batista no aceptó la presión y convocó a don Cosme a Palacio para discutir. Éste llegó ante el dictador con pretensiones de plantear sus requerimientos, pero no pudo hablar. El cacique del 10 de marzo lo envolvió con sus palabras y lo trató de «manera deferente». Al salir de la «mansión presidencial», don Cosme y lo que él representaba estaban totalmente vencidos.

Me contó José Miró Cardona, presente en la entrevista, que la situación resultó bastante penosa. Miró Cardona salió de aquella reunión avergonzado de que Batista maniobrara de esa forma con el veterano. Lo que sucedió fue que don Cosme de la Torriente representaba propiamente a la «burguesía» que no podía dirigir en Cuba ninguna revolución, porque no tenía fuerza real.

Desde entonces, nadie más pudo unir a todos los partidos políticos tradicionales de oposición en una concentración pública que se enfrentara al gobierno de Batista. Así, aquel acto en el que don Cosme de la Torriente no quiso que transmitiéramos una alocución de Fidel, fue el canto de cisne de la política tradicional cubana.

Desde luego, con posterioridad, e incluso en medio de la insurrección generalizada en todo el país, hubo otros actos políticos, pero fueron tan lacayunos y entregados a la tiranía, que no puede llamárseles propiamente de oposición seria.

En el Muelle de Luz se selló el epitafio de los partidos tradicionales. Quizás haya que levantar allí una placa conmemorativa a la impotente, mediocre y subordinada burguesía del país, a la que yo he llamado «la burguesía que no existió», porque Estados Unidos impidió en Cuba un desarrollo capitalista independiente.

A partir de este momento, la oposición a Batista se desunió para siempre y quedó pendiente de los dictados de la tiranía o de las consecuencias de una revolución verdadera.

Días después viajé a la provincia de Camagüey con el propósito de intervenir junto a otros oradores en una importante velada que había organizado la Asociación de Estudiantes del Instituto de Segunda Enseñanza de esa ciudad, cuyo presidente era Jesús Suárez Gayol.<sup>11</sup> En aquel acto conmemorábamos el 27 de Noviembre de 1871 y develamos un retrato de Abel Santamaría.<sup>12</sup>

Por esa misma fecha hablé en un programa radial que se transmitía a las siete de la noche, dirigido por Jorge Enrique Mendoza, quien también se había incorporado al Movimiento Revolucionario 26 de Julio, junto a lo mejor de la juventud camagüeyana, desde las filas del Partido Ortodoxo.

Mendoza poseía capacidad y vocación para la agitación política, para la propaganda y la difusión de ideas. Era activo, culto, entusiasta, comunicativo, martiano y fidelista. Resalto también su integridad, honestidad y generosidad de carácter. La lealtad a su pueblo y el sentido ético de la vida inspiraron siempre su conducta como revolucionario.

<sup>11</sup> Destacado combatiente del Movimiento 26 de Julio que participó en la lucha revolucionaria. Cayó heroicamente junto al comandante Ernesto Che Guevara, en Bolivia.

<sup>12</sup> Véase el texto del discurso que pronuncié aquel 27 de Noviembre en las páginas 248-251 de los Anexos.

Trabajó intensamente en el movimiento clandestino de su ciudad natal en los días previos al 30 de Noviembre y al desembarco del «Granma». Cuando se procedió a reorganizar el Movimiento, ya se había convertido en uno de los eslabones esenciales de la nueva etapa revolucionaria, en la provincia de Camagüey. Entre otras tareas se encargó del trasiego de armas y explosivos y también de transmitir desde una emisora clandestina, durante las huelgas de agosto de 1957 y de abril de 1958. Luego se incorporó a la lucha en la Sierra Maestra y fue uno de los fundadores de Radio Rebelde.

El Primero de Enero de 1959, cuando todas las emisoras del país se pusieron en cadena para convocar a la huelga general en apoyo a la Revolución, se escuchó la voz de Mendoza. Fue su palabra expresión genuina de cubanía.

La vorágine de los grandes acontecimientos que bajo el aliento y la dirección de Fidel se gestaron en la década del cincuenta, marcaron para siempre su vida y su entrega; y no era de los que estaban dispuestos a hacerlo una parte del tiempo, sino siempre.

Cándido González, promotor también de aquella velada, pertenecía a esa misma estirpe de hombre. Entusiasta, inteligente, organizador infatigable, poseía una gran influencia en la juventud de Camagüey. Fue el más importante combatiente del Movimiento que, proviniendo de la Juventud Ortodoxa en las provincias, se integró al propósito de ser «libres o mártires» en 1956. Era un genuino representante de la Generación del Centenario. Viajó a México, donde se convirtió en un valiosísimo auxiliar de Fidel. Murió tras el desembarco del «Granma»; pudo haber sido uno de los dirigentes políticos más importantes de la Revolución.

Jesús Suárez Gayol, Jorge Enrique Mendoza y Cándido González se quedaron grabados en mi memoria como lo más puro de la juventud agramontina, desde los tiempos anteriores al 2 de diciembre de 1956.

De Camagüey regresé a La Habana con Haydée. En el trayecto hicimos escala en Las Villas para visitar en Encrucijada la casa de sus padres. Antes nos habíamos detenido en Florida, donde celebramos una reunión clandestina organizada por el Movimiento con un gran número de campesinos. Hablamos del futuro de Cuba, de la insurrección generalizada, de la miseria en el campo cubano, de la Reforma Agraria, de América Latina, del papel de Cuba en el mundo, y de muchos sueños más... Estos encuentros servían para hacer propaganda y desarrollar contactos.

A fines de diciembre de 1955, estallaron huelgas azucareras y se extendió un movimiento de «ciudades muertas», pues se pretendía alcanzar reivindicaciones laborales muy vinculadas a intereses de diversas capas de la población, en el interior del país. Como resultado, se engendró un poderoso proceso de masas, la F.E.U. concentró cuadros en las diferentes provincias y las huelgas obreras unidas a las «ciudades muertas» adquirieron un carácter inevitablemente político y de enfrentamiento al gobierno. Pensé que estábamos en vísperas de un estallido de huelgas generalizado, pero la tormenta se disipó y seguimos trabajando en los preparativos del «Granma» y el 30 de Noviembre. Confiábamos en que íbamos a iniciar en el año 1956 el proceso de lucha armada.

La radio y otros medios de comunicación e información tenían gran influencia. Desde México, Fidel estuvo al tanto de los acontecimientos del país y reaccionó ante cada uno de ellos. La sistemática publicación de sus trabajos tuvo una repercusión incalculable al posibilitar una amplia divulgación de sus ideas y programa.

Sólo la revista *Bohemia*, en el año 1956, publicó varios trabajos de Fidel: «Frente a todos» (respuesta al artículo «Cuba

no es de Fidel»), «La condenación que se nos pide», «El Movimiento 26 de Julio» y «Basta ya de mentiras».<sup>13</sup>

Por esos días, el tirano Trujillo, de Santo Domingo, entró en contradicción con su amigo Batista, y se habló de una conspiración trujillista apoyada por grupos militares a los que llamaban tanquistas. Se trataba de los peores personeros de la camarilla militar batistiana.

*Bohemia* hizo una encuesta para conocer el criterio que sobre la conspiración trujillista tenían los distintos sectores de la opinión pública. En esa oportunidad, me pidieron una declaración en nombre del Movimiento 26 de Julio, que fue publicada el 25 de marzo de 1956:

El pueblo cubano que ama profundamente la libertad ha deseado siempre cooperar al derrocamiento de las dictaduras del continente. Hoy, cuando le arrebatan en su propio territorio todos los derechos está dispuesto a dar un nuevo ejemplo de cómo ejerce su poder soberano. Mañana, en el disfrute de la democracia plena, se convertirá en el enemigo más fuerte del consorcio de las tiranías americanas. Los dictadores vecinos lo saben perfectamente y, en consecuencia, tratan de impedir un triunfo revolucionario en Cuba. He ahí el móvil principal de la conspiración trujillista que previsora-mente denunciara *Bohemia*.

Lo más peligroso del incidente internacional provocado por Trujillo, está en las relaciones que éste pueda tener con elementos negativos del Ejército. Desde antes del 10 de marzo se viene observando una identificación vergonzosa de ciertas zonas militares cubanas con los regímenes reaccionarios del Continente. Ella se acentúa cada vez que un movimiento revolucionario tiene posibilidades de arribar al poder, pues en tales circunstancias un elemental instinto de

<sup>13</sup> Los artículos citados se encuentran en los números correspondientes a ene. 8, mar. 11, abr. 1 y jul. 15 de 1956, respectivamente.

conservación hace que determinados sectores militares busquen apoyo o cuando menos aliento, en los gobiernos que les son afines, como los de Santo Domingo, Venezuela, Nicaragua, etc..

El golpe militar del 10 de marzo tuvo este origen y este significado. Por informes que merecen entero crédito se puede afirmar que la tiranía que sojuzga a Venezuela, alentó y estimuló al grupo sedicioso. Entonces la inminencia de unas elecciones que hubieran consolidado la democracia cubana y la seguridad del triunfo electoral por parte de los más progresistas, tuvo como respuesta anticipada un golpe reaccionario. En 1956, el empuje revolucionario del pueblo que ha encontrado de nuevo su rumbo y que hubo de manifestarse elocuentemente los últimos días de diciembre y primeros de enero, hace que algunos promotores del 10 de marzo mantengan contactos y relaciones con el tirano de la tierra donde nació Máximo Gómez. Especial atención merece el hecho de que connotados colaboradores de Trujillo, lo fueron con anterioridad del actual régimen. El peligro en lo militar de una conspiración trujillista se reduce, pues, a la influencia que logre tener en el grupo tanquista y a la fuerza que éste pueda desarrollar. Hace cuatro años ese mismo grupo tanquista quebrantó la disciplina de nuestro Ejército, so pretexto de eliminar el gangsterismo y mantener el orden. Hoy, sin embargo, utiliza a los gangsters y consiente que Trujillo los ame y prepare porque han de luchar contra la revolución popular e intentar crear el caos, la anarquía y la confusión.

Cuando el golpe marcista no se pudo repeler la agresión por falta de una organización revolucionaria. Esta vez no ocurrirá así porque las fuerzas democráticas cubanas, alertadas en favor de su propia liberación interna, están prestas a combatir contra todos sus enemigos. Saben quiénes son, dónde se encuentran y no se dejarán confundir porque su conciencia revolucionaria madurada les ha permitido estar andando, ya, al camino de la verdadera libertad.

Teníamos que proyectar un periódico capaz de divulgar las informaciones, orientaciones y nuestro programa. Con el nombre de *Aldabonazo*<sup>14</sup> surgió el órgano oficial del Movimiento.

A cada acto político que la oposición a Batista convocaba íbamos los militantes del Movimiento y, especialmente, su fuerza más joven, las Brigadas Juveniles que capitaneaba Níco López, a lanzar la consigna que había nacido en el acto del Muelle de Luz: «Revolución, Revolución, Revolución». Ya se nos identificaba públicamente con esta frase, por lo que decidimos cambiarle el nombre a nuestro periódico por el de *Revolución*.

Como se narra en el editorial del periódico *Aldabonazo*, en abril de 1956 un grupo de oficiales de academia, imbuidos de ideas democráticas, organizó una conspiración contra la tiranía. El martes 3 de abril fue abortada y se iniciaron los arrestos. El coronel Ramón Barquín López, agregado militar en Washington, encabezó la larga lista de detenidos, que incluyó, entre otros, al teniente coronel Manuel Varela Castro, al comandante Enrique Borbonet Gómez, también a varios capitanes y al entonces teniente José Ramón Fernández.

Se apoyaron en la figura de Barquín, por ser el militar de más alta graduación, pero el motor esencial de la conspiración no era él, sino la oficialidad joven del Ejército. El verdadero organizador fue Enrique Borbonet.

Al analizar este movimiento hay que tener en cuenta los antecedentes del ejército batistiano. En el transcurso de unos años, el tirano había escogido y promovido a los elementos

<sup>14</sup> Véase el texto de su primer editorial, escrito por el autor, en las páginas 252-254 de los Anexos.

más incondicionales a él, sin nivel académico alguno. No obstante, en escuelas se fueron formando muchos oficiales que no podían ascender pese a sus méritos de estudio o competencia profesional. Éstos se sentían relegados por los militares sin capacidad para ocupar cargos de responsabilidad en el Ejército.

La oficialidad implicada tenía gran prestigio dentro de los institutos armados, pues el factor cultural los movía. Se proponían no un simple cambio militar, sino el reordenamiento institucional de la nación al pretender restablecer los principios de la Constitución de 1940.

La conspiración tuvo una gran trascendencia y causó enorme impacto en la ciudadanía.

El 29 de abril de 1956 se produjo el ataque al cuartel Goicurúa, de Matanzas. Todo terminó en una tragedia porque el régimen conocía los planes. Por parte de la Dirección del Movimiento 26 de Julio, Pedro Miret, Faustino Pérez y yo, coincidimos en que había que tratar de convencer a los compañeros de no llevar adelante la acción. Faustino fue a Matanzas para tratar con ellos el tema, pero no los encontró. Escribieron otra página heroica en nuestra historia.

Como sabíamos lo que iba a ocurrir, un grupo de nosotros se sumergió en la clandestinidad absoluta. Nos encontrábamos en casa de una amiga, entre otros, Faustino, Aldo Santamaría, Mario y Bebo Hidalgo, Haydée y yo, cuando para nuestra sorpresa apareció José Antonio Echeverría, quien venía con el idéntico propósito de resguardarse. Los dueños de la casa eran tan amigos de nosotros, los del 26, como de los compañeros del Directorio.

Fueron días de ascenso revolucionario. En la medida en que más intenso resultaba nuestro trabajo establecíamos re-

laciones con un mayor número de personas, y el riesgo de caer presos aumentaba. La exigencia que nos imponíamos de ser discretos resultaba imperiosa y también la necesidad de dormir lejos de nuestros hogares. Sentíamos un respaldo creciente del pueblo; íbamos internándonos lentamente en la clandestinidad. Mal anda un gobierno que crea condiciones para sumir en la vida clandestina a los que van ganando el respaldo de la población.

Yo era bastante conocido desde el alegato en favor de Rafael García Bárcena, y había caído preso en diversas ocasiones, y Faustino había sido arrestado un gran número de veces. Ganamos notoriedad en la Policía, sobre todo a partir de la ocupación de las granadas en Salud 222.

El grupo de compañeros del asalto al Moncada estaba muy perseguido, y sobre ellos se concentraba una atención especial de los órganos represivos. Pese a todo, el régimen parecía no considerar aún al Movimiento 26 de Julio como el enemigo más peligroso. Durante esa época y hasta mucho tiempo después nos subestimó. No tuvo suficientemente en cuenta el compromiso que habíamos formulado o le pareció irrealizable. El enemigo tal vez pensó que se trataba de jóvenes idealistas, sin posibilidades de realizar cosa alguna que pusiera en peligro la estabilidad del gobierno. El imperialismo pudo también creer que éramos unos demagogos y oportunistas, que en el momento adecuado nos plegaríamos a sus intereses.

No obstante, el gobierno de Batista se movía para operar contra Fidel. Meses antes del «Granma», cuando se avanzaba en los preparativos de la expedición, el líder del Movimiento y varios compañeros más fueron arrestados por las autoridades mexicanas. Entonces se hizo sentir la hospitalidad de ese país. Lázaro Cárdenas se interesó por la situación de él y sus compañeros y los ayudó en aquellas complejas circunstancias. Más tarde fueron liberados.

Poco o nada podía hacer desde Cuba un grupo que trabajaba en favor de los planes insurreccionales de Fidel para enfrentar el arresto, pero en nuestro carácter y temperamento no estaba permeneecer sin intentar alguna acción, por eso en la Dirección del Movimiento preparamos una carta<sup>15</sup> dirigida al Presidente de México, en la que explicábamos las posiciones que tomamos los combatientes frente a la detención de Fidel y sus compañeros.

Durante esos meses se sucedieron otros hechos políticos que también tuvieron una gran significación. La Carta de México, suscrita por Fidel y José Antonio Echeverría el 31 de agosto de 1956, fue para nosotros una noticia extraordinaria. Recuerdo haber leído en grandes titulares en el antiguo periódico *El Mundo*, el 2 de septiembre de 1956: «Revelan pacto de la F.E.U. con Fidel Castro. Firmado en México. Propugnan la insurrección contra el gobierno, secundada por una huelga general».

Sentíamos que algo totalmente nuevo nacía, que el mundo de la politiquería y de los partidos tradicionales se derrumbaba. Teníamos absoluta confianza en el futuro.

La organización del Movimiento seguía avanzando en todo el país, al punto de que en las semanas anteriores al «Granma» no había municipio o rincón que dejara de tener su dirección y célula clandestinas. La existencia de una sólida estructura, desde antes del desembarco, fue un elemento que luego alcanzaría gran importancia cuando, en los años 1957 y 1958,

<sup>15</sup> Véase el texto de la carta, que no pudo ser entregada, pues no logramos burlar la vigilancia de la residencia del embajador, en las páginas 255-257 de los Anexos.

las acciones de sabotaje, sumadas al trabajo de resistencia y apoyo a la guerrilla, se convirtieron en la principal tarea del 26 de Julio en el Llano. No había provincia que no fuera recorrida por alguno de nuestros principales dirigentes. Yo, personalmente, las visité casi todas durante esos meses. Organizábamos células, hacíamos labores de propaganda y finanzas y establecíamos contactos para estructurar los grupos de acción.

Trabajé intensamente en La Habana campo y en la provincia camagüeyana. Recorrí varias veces esa región con Cándido González; otros de nuestros contactos principales allí eran Raúl García Peláez y Calixto Morales.

En distintas ocasiones visité la provincia de Matanzas con Aldo Santamaría, quien fungía como coordinador del Movimiento en la región yumurina. Él trabajaba en la Rayonera y desde allí mantenía los nexos con los municipios. En esa provincia laboraban, entre otros, Manuel Piñeiro y Ricardo González (*el Maestro*). También por esa época viajé a Santa Clara, donde me relacioné con Quintín Pino Machado, Margot Machado, Allan Rosell, Guillermo Rodríguez, Santiago Riera, Osvaldo Rodríguez y Enrique Oltusky. La familia Pino Machado constituía un importante núcleo conspirativo, a través del cual el Movimiento establecía contacto con todos los municipios villareños.

En La Habana campo me relacioné con los municipios por medio de Héctor Ravelo. En Pinar del Río, nuestros contactos más estrechos se establecían entonces con Pancho González, José (*Pitute*) Arteaga, Juan Palacio, Luisín Fernández Rueda y otros.

Estos trajines tenían lugar a diario en las distintas provincias. Así pude conocer a centenares de hombres y mujeres del pueblo; muchos de ellos ocuparon puestos de vanguardia en la lucha insurreccional. Entre nuestros compañeros, la gran

cantera la constituía la gente joven, movida por ideas de libertad, de progreso y de justicia social, que sentían la necesidad de un cambio revolucionario profundo. Fueron muchos también los viajes de compañeros a México y diversas las reuniones de la Dirección Nacional.

Antes del «Granma» y del 30 de Noviembre elaboré un documento que se publicó en los órganos clandestinos del Movimiento, que tras el triunfo fue reproducido en el semanario *Lunes de Revolución* titulado «Justificación de la Revolución y estrategia frente a la dictadura».<sup>16</sup> Ésa era nuestra plataforma de ideas.

Con ese espíritu, Haydée y yo marchamos a la región oriental del país, en noviembre de 1956.

<sup>16</sup> Véase el texto citado en las páginas 258-262 de los Anexos.

## VI

«Lo más importante en  
una revolución es la decisión»<sup>17</sup>

**A** mediados de 1956, comprendí que sólo en Santiago de Cuba ocurriría una acción efectiva en respaldo al desembarco. El nivel organizativo y la capacidad de los jefes en esa ciudad eran muy altos. Allí estaba Frank País, a quien me unían viejos lazos de amistad y una identificación personal muy profunda. Tomé la determinación de marchar a Santiago, y fue la decisión de la que más me enorgullezco durante esa etapa. Llegué con Haydée el 14 de noviembre de 1956 y enseguida nos dirigimos a casa de Cayita Araújo, quien desde entonces se convirtió para nosotros en una fuente inagotable de optimismo. Desde allí nos condujeron a una casa de huéspedes en la calle San Agustín.

El martes 27 de noviembre, Frank nos llevó el mensaje de Fidel, que decía: «Edición pedida, agotada», y que era la clave de que habían salido hacia Cuba. Frank daba saltos de alegría por la noticia.

<sup>17</sup> Frase pronunciada por Fidel Castro Ruz, en el primer encuentro entre los combatientes de la Sierra y el Llano.

Había que acelerar el trabajo y preparar las casas que se utilizarían el viernes 30, fecha en que calculamos arribaría a nuestras costas la expedición comandada por Fidel.

Por esos días nos llegó la noticia de la detención en La Habana de Aldo Santamaría, quien también conocía esta información. Entonces, las circunstancias nos hicieron temer por su vida, pero Aldo se tragó el cablegrama recibido y se mantuvo firme, con la noticia oculta en su mente. Pensé que nunca más volvería a verlo. La tiranía tuvo preso a alguien que poseía la información y nada pudo conocer.

Le planteé a Frank tomar una estación de radio para llamar al pueblo a la huelga, pero él me argumentó que como no poseíamos suficientes armas, era mejor grabar una alocución y encomendar a los compañeros su transmisión.

La casa de San Gerónimo 463, donde vivía la familia de Vilma Espín, se había convertido en un centro conspirativo y en la sede de la Dirección del Movimiento. Allí redactamos la alocución, la grabamos y la entregamos al dueño de una emisora con quien teníamos contactos. El hombre estaba contra Batista, pero era incapaz de tomar una decisión de ese tipo. Luego del desenlace de los acontecimientos me di cuenta de que sin dudas resultó lo mejor.

Vilma relató lo que sucedió con la grabación en una entrevista que le hiciera la revista *Santiago*:

[...] Yo tenía que quedarme en la casa para entregarle una grabación que habíamos hecho, la noche antes, al hombre que debía pasarla por la radio nacional. Era el llamamiento a todo el pueblo a alzarse y comunicaba la llegada de Fidel. Esa grabación sólo se pasó internamente, porque el hombre que tenía que pasarla nacionalmente se dio un susto tan grande que quemó la cinta [...]. Siempre hay quien falla, pero en definitiva casi todo se cumplió estrictamente como se había planteado. La función nuestra era entregar la cinta,

avisar al compañero Amat, en la Compañía de Teléfonos, para que organizara su difusión por estos canales, según lo acordado, e ir inmediatamente a la casa de San Félix y Santa Lucía, donde estaba el Estado Mayor [...].

Al respecto, apunta Carlos Amat:

[...] Una semana antes del 30 de noviembre, Vilma nos cita a una entrevista en su casa. Cuando llegamos, nos encontramos a Armando Hart y Haydée Santamaría. Allí se nos plantea concretamente que se estaban haciendo los preparativos para el desembarco de Fidel y que Santiago de Cuba lo secundaría con un alzamiento general. Para mí había una tarea específica. Debo explicar algo antes: Vilma sabía que en el departamento donde yo trabajaba había una sección que se ocupaba de las líneas de radio, es decir, las estaciones de radio que transmitían desde La Habana llegaban a Oriente por línea telefónica y en Santiago había una estación retransmisora. Tanto esas estaciones como las locales — la CMKC, la CMKW— pasaban sus hilos por esta pizarra de que yo hablaba, que se podía supervisar. Pues bien, ellos habían grabado una alocución al pueblo, que debía pasarse por radio a todo el país el día del alzamiento, y esto era posible técnicamente. Este disco se pondría en una radioemisora local que haría de planta matriz mientras nosotros en el departamento haríamos los «punteos» necesarios para que saliera simultáneamente por las emisoras locales y nacionales.

Naturalmente, nadie sabía qué día era el alzamiento. Para esto llegaría un mensaje, por lo que yo debía situarme a partir del día siguiente, todos los días a las cinco de la mañana, en un lugar cercano a la Compañía a esperar que se me avisara para realizar la operación. Armando Hart había escrito una frase en un papel que luego dividió en dos mitades, en forma irregular, y me dio una mitad: «Yo me quedo

con la otra mitad. A menos que la persona que te va a llevar el mensaje lleve esta otra mitad, que complete el papel, tú no hagas nada, aunque te lo diga quien te lo diga. Tiene que ir con este papel». Ésa era la contraseña. Cuando la recibiera, yo tenía que esperar los primeros disparos. Entonces correría a la Compañía para llamar por teléfono a un individuo de la emisora que ya tenía el disco para que lo pusiera y yo retransmitirlo.

Pasaron ocho o nueve días en aquella posta hasta que cuando menos lo esperaba, veo venir a Vilma y Asela de los Santos en un automóvil. Al llegar a donde yo estoy, Asela saca la mano por la ventanilla, me da el papel y me dice: «Mira, este recado es tuyo. La cosa es hoy. Cuando oigas el primer disparo, llama a este teléfono —me dio un número— y pregunta por Fulano —un nombre—. Esto es una planta de radio; él es el individuo que tiene que poner el disco [...]».

Salgo corriendo para la Compañía y cuando llego había un guardia sentado en la pizarra. Ya para ese período la dictadura había situado guardias en la Compañía y nosotros teníamos que enseñarlos a supervisar las llamadas. Por supuesto, aquello se hacía en medio de una resistencia pasiva, dificultándoles lo más posible el aspecto técnico del aprendizaje [...].

Bueno, cuando veo al guardia, llamo a Rogelio Soto. Yo lo había visto salir una vez de casa de Vilma y luego le había preguntado cómo se podía hacer un puente —sin decirle para lo que era— para conectar las estaciones locales con las nacionales. Entonces él me había orientado. Hasta ese momento no nos habíamos identificado mutuamente, pero al llamarlo noté que estaba nervioso; a él le habían avisado también. Le digo: «Oye, hoy va a haber un fenómeno». «Sí, yo sé», me dice, y le digo: «Sácame a este guardia de aquí con cualquier pretexto, porque tengo que hacer un trabajo». Entonces él lo llamó [...].

Yo aproveché para poner los puentes, y cuando suenan los tiros, a eso de las siete menos diez, llamo al teléfono que

me había dado Asela, pero sale ocupado una y otra vez. A todas éstas ya los guardias se habían alarmado con el tiroteo y corrían por todas partes. Tuve que llamar a Rogelio para que me «tumbara» ese número en la planta automática. Por fin pude hablar con el individuo y le digo: «Oye, tienes que poner el disco». Entonces me dice: «No puedo, no puedo». Le digo: «¡Ponlo!», y él: «no puedo», y yo empiezo a decirle malas palabras en medio de aquello: «Desgraciado... ¡pon el disco, lo tienes que poner!» Y el tipo no lo quería poner, y, bueno, no lo puso, de manera que la misión se quedó sin cumplir por culpa de él.

La noche del 29, fuimos a dormir a una casa de Punta Gorda, que era uno de los lugares donde se habían concentrado fuertes grupos armados. Estaban presentes Vilma, Frank y otros.

Antes de las siete de la mañana, salimos hacia una casa situada en la calle Santa Lucía y San Félix, desde donde se iban a dirigir las operaciones. Esta casa se convirtió en cuartel general y sede del Estado Mayor. Llegamos en un automóvil, Frank, que iba conduciendo, Vilma, Haydée y yo; los demás venían en otros carros. Había una hilera de vehículos, de gente armada con el propósito de tomar las estaciones de la Policía Nacional y de la Marítima. Aquel histórico día estrenamos el uniforme verde olivo. María Antonia Figueroa explica los detalles:

Frank y Taras trajeron los uniformes verde olivo. Estos uniformes fueron confeccionados en Palma Soriano por las hermanas Durruty. Los mismos habían sido llevados a Vilma Espín por Tina Esteva y Nilda Ferrer, y ésta los había entregado a Frank. El color verde olivo fue elegido por Frank –al igual que la bandera y el brazalete– y aprobados por Fidel en México [...].<sup>18</sup>

<sup>18</sup> Esta cita, como las inmediatamente anteriores (Vilma Espín y Carlos Amat), está tomada de la revista *Santiago* antes mencionada.

Cinco mujeres participaron en el alzamiento, desde allí: María Antonia Figueroa, tesorera nacional del Movimiento, procedía de la tradición patriótica santiaguera y del magisterio cubano; Gloria Cuadras venía de la Ortodoxia y de las luchas de los años treinta; Vilma Espín, la más alta representación de la mujer santiaguera de la Generación del Centenario y la insustituible auxiliar de Frank; Asela de los Santos, la compañera inseparable de los combatientes de la clandestinidad, que desempeñó un destacado papel en la lucha; y Haydée Santamaría, la representante del Moncada.

Se tenía planeado quemar y asaltar las estaciones; lanzar granadas de mortero sobre el Moncada y luego avanzar sobre ellas. Éstas se convertirían en las señales para convocar a la huelga general. Por el humo desde el Estado Mayor se apreciarían las consecuencias del ataque.

Pasaron los minutos, que parecían horas, y no teníamos noticias del mortero que se debía disparar contra el viejo cuartel. Después, conocimos que Léster Rodríguez, encargado de esta misión, había sido arrestado en la madrugada del 30. Fueron llegando sucesivamente otras noticias desalentadoras: Pepito Tey había muerto, no se pudieron tomar las estaciones, ni tampoco el Cuartel Moncada. Al mediodía, ya sabíamos que la operación había fracasado.<sup>19</sup>

Acordamos con Frank que Haydée y yo iríamos a la casa vecina para esconder las armas. Este intento no resultó y de regreso a la casa-cuartel se produjo una peligrosa confusión, pues quienes estaban dentro pensaban que nosotros éramos los guardias de Batista y no lográbamos que nos abrieran. Enseguida nos situamos en la acera de enfrente y les avisamos

<sup>19</sup> Véase el artículo de Frank País García, «La valerosa acción de Santiago de Cuba», publicado por el periódico clandestino *Revolución*, y una colaboración especial de Héctor Rodríguez Llompart en la que describe las distintas acciones que se desarrollaron en la capital y en apoyo al desembarco, en las páginas 263-267 y 268 de los Anexos.

por señas, pero ellos creían que les estábamos advirtiéndoles que era la Policía. Insistíamos en tocar a la puerta; entonces, junto al viejo portón apareció bruscamente Frank País, quien ama en mano, nos apuntaba. Le grité con los brazos en alto: «Somos nosotros». Nunca olvidaré esa situación.

De inmediato nos reunimos para discutir qué se haría. Algunos propusieron marchar hacia la Sierra al encuentro con Fidel, lo cual no era posible por separarnos centenares de kilómetros de distancia. Haydée, con la experiencia del Moncada, aconsejó que nos disgregáramos por la ciudad. Ella sostenía que tras la acción del 26 de julio de 1953, los que se dispersaron por la ciudad recibieron el apoyo de la población y lograron salvarse. Finalmente, decidimos abandonar la vivienda convertida en cuartel. Los últimos en salir fuimos Vilma, Haydée y yo. Nos dirigimos a la casa de Vilma, en la calle San Gerónimo. Allí llegó todo quemado Mariano Feijóo (*Papucho*) un muchacho de catorce o quince años entonces, que estaba preso en la estación de Policía cuando se produjo el asalto, y el fuego por poco lo devora tras las rejas.

A Pepito Tey lo tendieron en la funeraria de San Bartolomé. Allí estuvimos presentes varios compañeros. Mientras el cadáver era transportado hacia la calle nos cuadramos militarmente ante los restos de aquel mártir de la Patria. El Ejército lanzó una ráfaga de ametralladora para asustarnos, pero nada logró.

En las horas que se sucedieron vivimos momentos inciertos e inquietantes por la falta de noticias de la expedición. Llegamos a temer que se hubiera producido un naufragio, porque para nuestros cálculos por esa fecha ya debían estar en tierra cubana.

El sábado primero de diciembre, entre las tres o las cuatro de la tarde, nos reencontramos con Frank, que estaba tocando el piano en casa de Vilma. Había fracasado la operación

del 30 de Noviembre, muertos estaban Pepito Tey, Tony Alomá y Otto Parellada, amigos suyos entrañables, y seguíamos sin noticias de Fidel.

A pesar del revés, continuamos nuestra lucha. Sabíamos que éstos eran contratiempos tácticos y estábamos obteniendo victorias estratégicas.

Nuestro primer objetivo era hacer contacto con Fidel, lo cual podía lograrse a través de Celia Sánchez. Frank consiguió un mimeógrafo y redactó un boletín para brindar información a todos los cuadros del Movimiento en Oriente.

Ya en la noche del domingo 2, comenzaron a llegar barruntos del desembarco, pero eran sólo eso, barruntos. Los días sucesivos fueron dramáticos, mas nuestra actividad fue creciendo y, en breve, pasaron por Santiago todos los cuadros del Movimiento 26 de Julio de la provincia de Oriente.

Antes del 24 de diciembre llegaron nuevas de Fidel. Habíamos convenido con Cayita Araújo que en cuanto ella recibiera informaciones de que Fidel vivía nos lo comunicara urgente por clave y vía telefónica. La clave era: «María, ven a comer merengue». Un día oímos la voz dulce y clara de Cayita, que se había convertido en nuestra guardiana, decimos: «Yeyé, merengue, merenguito, merengón». Se extendió la alegría, creció la confianza. El futuro nos pertenecía...

Días antes habíamos recibido informaciones por los partes de la radio acerca de los muertos, y entre los caídos se citaba a Faustino Pérez. Por un instante pensé que no lo iba a ver más, pero hacia el mediodía del 24 de diciembre lo vimos, como a una cuadra de distancia, avanzar hacia la casa de Vilma, por San Gerónimo. Todos nos abrazamos en plena calle; aquella cuadra era nuestra. Durante los meses siguientes se mantuvo allí la jefatura del Movimiento. Todos los vecinos lo sabían y no se produjo una sola delación. La casa de Vilma, la de Cayita, la de Arturo Duque eran los puntos que más frecuentábamos por aquel entonces.

La llegada de Faustino, que traía noticias y orientaciones de Fidel, dio un impulso a todas las tareas. Divulgar que el jefe del Movimiento estaba vivo en la Sierra Maestra era de una importancia decisiva. Reestructurar nacionalmente nuestra organización constituía para nosotros un interés profundamente arraigado. Por eso se decidió que Faustino y Frank fueran a La Habana con este propósito y el de buscar apoyo financiero.

Por esa fecha comencé a utilizar el nombre de Jacinto para relacionarme con el movimiento clandestino.

Días después, asesinaron en las calles de Santiago al adolescente William Soler. Este crimen causó una gran indignación popular, y Santiago se convirtió en un hervidero. Como protesta por aquel asesinato surgió la idea de llevar una concentración de mujeres por la calle Enramada, en los primeros días de 1957, y todos nos dimos a la tarea de organizarla. Fue un acontecimiento que mostró la pujanza que ya tenía en las masas el Movimiento 26 de Julio.

Los hombres se colocaron en las aceras, y las mujeres marcharon por las calles. Había inmensos cartelones de denuncia a la insostenible situación y para reclamar que no se siguiera asesinando. El punto de partida fue la iglesia Dolores.

Describí en carta a mi familia aquellos memorables sucesos:

Santiago de Cuba, enero 4 de 1957

Queridos todos:

Aprovecho el viaje de una persona amiga para escribirles. Estamos bajo los efectos del hermoso espectáculo de esta mañana. Cerca de tres mil mujeres desfilaron por las calles santiagueras en silenciosa protesta por la brutal camicería humana de estos días, que llegó a límites indignantes para el espíritu más tímido, cuando un jovencito de quince años fue

torturado y desgarrados sus miembros por los agentes de la opresión. Se movilizaron en menos de veinticuatro horas ese inmenso gentío de mujeres que hizo que a muchos hombres se les humedecieran los ojos a su paso impresionante. El comercio fue cerrando sus puertas, y yo vi a un oficial del ejército norteamericano con los ojos abiertos sobrecogido por la emoción. Los empleados de los establecimientos se fueron uniendo a la manifestación por iniciativa de los propios empresarios. Los soldados que mandaron para disolver aquella ola de mujeres que lloraban con dignidad y valor también estaban impresionados. Muchos de ellos eran tan jóvenes como nosotros y creo que su alma, por esta vez y ¡quizás por otras tantas!, estaba en dudas frente al paso de la razón.

Todo lo que les cuente es poco en relación con este hecho que pone de manifiesto hasta dónde llega la compenetración de este pueblo con las más puras ideas de justicia. La calidad ciudadana del oriental es excepcional en todos los conceptos. Las clases pudientes, ciertamente las más reacias van a comprendernos; están aquí prácticamente vinculadas a la lucha por la libertad.

He encontrado aquí las esencias de la cubanía. En La Habana, el sentimiento opositor es unánime, pero en muchos casos es un simple resentimiento contra alguien en especial, en tanto que por acá ese sentimiento hace nacer una justa indignación y resulta de tal pureza y profundidad que se convierte en actitud militante. Por ésta se encuentran perfectamente maduras las condiciones psicológicas indispensables para el triunfo de una verdadera conmoción revolucionaria. Se está muy distante de los grandes focos de infección formados por las dirigencias políticas y sociales, y por ende se está más propicio para una idea realmente nueva.

Hoy, contemplando muy de cerca y muy a profundidad los mejores valores de la Cuba que soñamos, y al mismo tiempo algo distante en el espacio y en el tiempo (midiendo

este último por los sucesos que conmovieron nuestras vidas), me reafirmo en el sentimiento de la urgencia revolucionaria. Y creo que está definitivamente en marcha. Es más, parodiando a alguien, pudiéramos decir: Si en la conciencia rebelde de los cubanos no existiera una revolución andando habría que crearla. Pero no es así, marchamos hacia ella. Sólo tendremos los cubanos que encauzarla porque ya la tenemos dentro en la forma de un inmenso descontento, la mayoría y con firme carácter de sentimiento madurado en los menos, pero que a la postre serán los que más determinarán.

¡Y si no fuera así!, Martica, Enriquito, Lillian Teresa, Mariló y Marinyr tendrían que vivir en un país *totalmente* colonizado, práctica o aun formalmente, por cualquier poder extraño. Sí, porque si no resolvemos pronto nuestros problemas esenciales ( y el más vital es el que la Nación se encuentre a sí misma), a la vuelta de veinticinco años las grandes concentraciones de poderes se producirán sin nuestro concurso o influencia. Y esto equivale a liquidar la obra de los fundadores y forjadores de la independencia política [...].

[...] He ahí, Gustavo, una razón marxista de la necesidad de sentar las bases revolucionarias en menos de diez años y una explicación concreta del porqué de nuestro actuar rápido. Sí, porque no hay un segundo que perder. Hay pues que apurarse, y tengo fe en el pueblo. Un pueblo que a diario gente que se dan de maduras lo cargan de palabras huecas. Quiérese palabrería más hueca que los editoriales de los últimos días. Tengo fe porque si yo, llevo de limitaciones soy capaz de entregar lo poco que poseo por alcanzar una vida superior (la que se vive al servicio de la historia), ¿qué no están ya haciendo las inmensas legiones de compañeros que son capaces de mayores sacrificios y de más altas virtudes? Y los he visto de carne y hueso en estos días llenos de emoción que mi destino pobre me había reservado en medio de tanto dolor. Dolor por la angustia que produce saber perdidos

para siempre a los mejores cubanos, cuando los malvados nos siguen entorpeciendo. Dolor porque es triste ver caer a personas con quienes habíamos intimado por el trabajo conjunto de meses. Pero todo tiene su parte buena; sin esas grandes emociones la vida no valdría nada para mí.

Como ven, ésta es toda una carta mía. Su letra, su contenido, su aparente alejamiento de lo concreto, etc.... ¡Es tan bello encontrar en lo abstracto lo concreto de uno mismo! Pero en fin no podría ser de otra manera. ¿Qué mejor regalo de Reyes que un pedazo de mí mismo? En definitiva lo único que poseo, pues desde hace tiempo sólo he logrado exteriorizar hacia seres situados fuera de mi cuerpo grandes pasiones, cuando ella se encuentra muy adentro de mis ideales. Éste es el caso de Yeyé, a la que sólo pude llegar porque estaba en el centro de este mundo.

A ustedes mismos, hace algún tiempo sólo pienso en el dolor que les causo y busco comprensión. Los quiero sintiendo ese dolor y queriendo que comprendan cómo el primer deber de un hombre es ser fiel a su conciencia. Sé que así es, aunque el lógico egoísmo los domine.

No crean que puede pasarme algo triste para ustedes. Siempre he creído que si el león se escapa de la jaula, lo más prudente es meterse en la jaula. Todos, absolutamente todos, estamos en peligro [...].

Esto es lo que pensábamos y sentíamos, cuando a mediados de febrero de 1957 fuimos llamados a la Sierra para encontrarnos con Fidel. Frank ya había regresado a Santiago, y rumbo a Manzanillo salimos junto con él, Haydée, Vilma y yo. Allí nos esperaba Faustino, quien regresaba directamente de La Habana.

Cuando llegamos a Manzanillo nos enteramos de una gran noticia: Faustino traía a un importante periodista de *The New York Times*, que quería entrevistar a Fidel. Hay que imaginar

lo que aquello significaba para un pequeño grupo de revolucionarios que trabajaban para que Cuba conociera que Fidel Castro vivía y se mantenía luchando.

Por la cobardía política de los periódicos de La Habana, pensé que iba a resultar muy difícil que publicaran la noticia de que Fidel estaba vivo y, de repente, nos encontramos con que un editorialista de tan importante diario norteamericano aceptaba entrevistar a Fidel.

Faustino y Frank tenían la misión de hacer gestiones en la capital para divulgar la presencia de Fidel en la Sierra. Algunos contactos les informaron el objetivo de Herbert L. Matthews, y todo se tramitó para facilitar su llegada.

La primera reunión de la Sierra y el Llano, o el primer encuentro entre los combatientes del 30 de Noviembre y del 2 de Diciembre, iba a coincidir con el hecho político y propagandístico de una entrevista a Fidel aparecida en *The New York Times*. Nacieron en aquel momento los dos principales escenarios de la lucha revolucionaria que culminara con la victoria del Primero de Enero de 1959: la Sierra y el Llano.

Celia era el contacto principal con Fidel, aunque todavía no lo conocía personalmente.

Ella y Frank avanzaron primero. Faustino, Haydée, Vilma y yo salimos a la mañana siguiente; por fin, al atardecer del 16 de febrero, llegamos al lugar donde se celebraría la mencionada entrevista entre la Sierra y el Llano. El significado histórico de esta reunión, celebrada el 17 de febrero de 1957, puede apreciarse también en las trascendentales orientaciones y decisiones que tomamos. Entre otras, se ratificó el envío de un contingente de combatientes armados del 30 de Noviembre para apoyar la lucha guerrillera en la Sierra Maestra.

En aquella ocasión le dije a Fidel: «No pensé que ustedes pudieran llegar hasta aquí». Él me respondió: «Lo más importante en una revolución es la decisión».

Estuvieron presentes junto a Fidel y Raúl, entre otros, los combatientes Ernesto Guevara, Juan Almeida, Camilo Cienfuegos, Ramiro Valdés y Guillermo García. Ellos integraron el núcleo esencial de la guerra de guerrillas que entonces comenzó desde la Sierra Maestra.

Fidel, Raúl y el Che fueron los símbolos más altos de toda esta historia. Camilo se convirtió en el legendario guerrillero que junto al Che avanzó hacia Occidente y entró triunfante en el campamento militar de Columbia. Almeida fue el inmediato colaborador de Fidel, durante toda la guerra, y el organizador del Tercer Frente, que cercó a Santiago de Cuba y abrió el camino a la victoria. Ramiro estuvo en el Moncada, en el «Granma», en la Sierra, y participó junto al Che y Camilo en la invasión. Guillermo, campesino de la zona, por el conocimiento que tenía del terreno, desde los días iniciales prestó un apoyo decisivo a los expedicionarios, y fue uno de los combatientes más eficaces y seguros.

Cuando Fidel redactaba el primer documento hecho desde la Sierra, que tituló Manifiesto a la Nación, donde informaba al pueblo de Cuba que el grupo guerrillero estaba vivo y peleando, denunciaba los atropellos cometidos por la soldadesca de Batista y confirmaba que la lucha continuaría hasta la victoria definitiva, sonó un disparo, y todos nos movilizamos porque se esperaba una embestida del enemigo. Faustino recogió los papeles. Se creó una situación de alarma de combate, pero inmediatamente conocimos que no había problemas con el Ejército, sino que se le había escapado un tiro a alguien. José Morán era el culpable de aquel incidente, en el cual él mismo resultó herido en una pierna. Días más tarde se confirmó que había traicionado al Movimiento y fue ajusticiado durante la lucha clandestina, en Guantánamo. Entonces ratificamos nuestra idea de que el tiro de aquel día había sido la estratagema intencional de un traidor para lograr que lo sacaran de Manzanillo y abandonar la guerrilla.

Cuando celebrábamos la reunión de referencia apareció Eutimio Guerra, quien regresaba del Llano. Se había entrevistado con los guardias con el propósito de seguir en su labor de miserable traidor, y tenía informados a los esbirros de los movimientos de la guerrilla. Pero ya existía clarísima información de cuáles eran sus planes y fue capturado con los salvoconductos del Ejército. Terminó fusilado.

Después de un largo recorrido con Fidel regresamos al Llano, vía Manzanillo. Iba con Celia, Faustino, Frank, Vilma y Haydée.

Yo era feliz porque estaba luchando, y no hay mayor satisfacción que la de combatir y trabajar por el futuro. Esto es naturaleza en aquellos que han decidido ser revolucionarios. Lo es también para los pueblos en revolución.

## VII

### 1957: desde el Llano

**S**i, tras el Moncada, Fidel se convirtió en el líder indiscutible de la juventud cubana, luego del 30 de Noviembre y el 2 de Diciembre, el Movimiento 26 de Julio pasó a ser el centro político principal de la oposición a Batista. En la zona oriental del país, en cierta forma, lo era incluso antes, sólo que ahora podíamos promover y materializar una acción popular en gran escala.

En la región oriental, la unidad de las fuerzas revolucionarias se desempeñaba con autoridad indiscutible, bajo la dirección de Fidel y con la jefatura inmediata de Frank en el Llano. No se trataba de un ejercicio absolutista del mando político, pues desde los días del Moncada la población era allí radicalmente fidelista. De hecho, Oriente asumió a fines de 1956 y a principios de 1957 una autoridad política nacional como no la había tenido desde los tiempos de la Guerra de 1868. Santiago y la Sierra se convirtieron en la capital de la Revolución. La efervescencia política de la región oriental, después de los grandes acontecimientos que tuvieron lugar, adquirió caracteres profunda y radicalmente revolucionarios.

Por aquellos días, comenzaron a delimitarse con exactitud los dos terrenos decisivos de la lucha: la Sierra y el Llano. Les sirvieron de preámbulo: el encuentro descrito entre la representación de los combatientes del 30 de Noviembre y del «Granma» en las estribaciones de la Sierra Maestra; la iniciativa de crear desde Santiago de Cuba el Movimiento de Resistencia Cívica; las ideas elaboradas para reestructurar el Movimiento 26 de Julio en todo el país y el comienzo del trabajo en este sentido; el viaje de Frank y Faustino para reorganizarlo en la capital y los primeros pasos que allí se dieron en tal dirección; las gestiones que realizaron para dar a conocer públicamente que Fidel estaba en la Sierra e iniciaba la guerra de guerrillas; las ideas e iniciativas de Faustino para formar un frente guerrillero en el Escambray y las de Frank para desarrollarlo en la zona que, luego, bajo la dirección de Raúl, sería el Segundo Frente Oriental y, por último, lo más urgente, entonces, el envío a la Sierra Maestra de un contingente armado con los combatientes del 30 de Noviembre.

Para nosotros, en el Llano, era vital el mantenimiento de la Sierra. Ésta se consideraba nuestra primera y fundamental obligación revolucionaria. Del éxito y mantenimiento del foco guerrillero que operaba en las montañas dependía el triunfo de la Revolución.

Por esos días, Frank me describió el proceso que se iba a desencadenar a partir de las guerrillas en las montañas. Tenía una idea muy clara de cómo se iba a producir la victoria contra la tiranía.

Dos personalidades de esta historia, Celia y Frank, iban a jugar un papel clave en las relaciones entre el Llano y la Sierra.

Recuerdo la primera vez que escuché hablar de Celia, muchos meses antes del desembarco del «Granma». Los compañeros Pedro Miret y Níco López habían ido a Santiago para entrar en contacto con Frank, recorrer la provincia de Oriente

y analizar las posibles zonas que podríamos convertir en escenarios de combates revolucionarios. El punto decisivo de aquel viaje fue la región de Manzanillo. Regresaron contentos de las posibilidades que encontraron allí, donde Celia y otros compañeros organizaban núcleos insurreccionales y alentaban el movimiento popular contra la tiranía.

En medio del trabajo clandestino, donde se les daba prioridad a los problemas que suponía armarnos para la lucha, recibimos las impresiones de Níco y de Pedro referentes a que en Manzanillo existían brotes de un movimiento popular con ideas progresistas muy avanzadas. Desde allá, los compañeros trajeron a Fidel informaciones útiles para el exitoso desenvolvimiento de la lucha.

La primera vez que vi a Celia fue en La Habana, cuando vino interesada en que le diéramos vía y autorización para viajar a México, con la intención de regresar en la expedición de Fidel. Sin embargo, Frank quería que ella permaneciera en Manzanillo organizando el apoyo del desembarco. Posteriormente, pudo comprobarse que el trabajo que realizó en las zonas de Pilón, Niquero y Manzanillo, fue de un valor inestimable para lograr que los expedicionarios pudieran penetrar en la Sierra.

Antes de que entrara en contacto con Fidel, y por tanto que mostrara junto a él sus dotes organizativas y su excepcional capacidad ejecutiva, ya era uno de los cuadros más destacados del movimiento clandestino en Oriente y se le consideraba un valioso puntal del Movimiento 26 de Julio.

Desde los meses anteriores al desembarco del «Granma» y hasta su muerte, no hubo un episodio de la lucha revolucionaria dirigida por Fidel, en el que Celia no haya estado en primerísima línea de combate.

Celia no sólo se acercó al Movimiento, la Dirección del Movimiento también se acercó a ella. Por aquel entonces, ejer-

cía una notable y creciente influencia política entre los sectores más humildes de la población de Manzanillo.

Desarrolló una intensa actividad organizativa de apoyo a los expedicionarios. Trabajó en el llano manzanillero, a las puertas de la Sierra Maestra, en la organización de la retaguardia serrana y se transformó en el principal contacto entre los grupos alzados comandados por Fidel y el movimiento clandestino que operaba en el resto de Cuba y especialmente en Oriente.

Esa capacidad ejecutiva, ese don de convertir en hechos los más atrevidos proyectos, esa formidable preocupación por cada detalle, pudimos apreciarlos desde aquellos momentos.

Es cierto que tenía en Manzanillo una gran influencia dentro de diversos sectores populares y que esto le servía extraordinariamente para sus propósitos. Pero el valor de su trabajo ha de verse en el hecho de que siendo conocida por amplias capas de la población, siempre se las ingenió para trabajar en la clandestinidad dentro de la zona, preparar operaciones audaces y no ser descubierta.

Una vez asegurada la retaguardia pasó a trabajar definitivamente junto a Fidel en la Sierra y cristalizó como uno de los principalísimos baluartes del movimiento guerrillero. Se convirtió por esa fecha en el enlace principal entre la Sierra y el Llano, pasó a ser la insuperable auxiliar de Fidel y se transformó en un símbolo. En la Sierra no fue sólo la heroína de la guerra. Fue, además, la heroína del trabajo. Con ella la leyenda adquirió forma y contenido reales.

Había vivido intensamente la clandestinidad en Oriente y conocía con mucha profundidad los sentimientos y problemas de los combatientes clandestinos. ¡Era uno de ellos! Desde los tiempos de la Sierra desempeñó el papel de compañera y ofreció su ayuda fraternal a todos. Se preocupaba por nuestros más mínimos detalles e inquietudes personales.

Tenía la capacidad de entrega, el desprendimiento personal, la sensibilidad humana y la exquisita dulzura de que sólo son capaces las mujeres. No había injusticia por reparar, problema por resolver, o cuestión de interés revolucionario por abordar en los que pudiera intervenir, que ella no lo hiciera con firmeza, modestia, cariño, decisión y ferviente pasión revolucionaria. Era como la justicia: humana y exigente. Quizás fue esa combinación que la vida muestra como excepcional, unida a su sentir de pueblo y a su modestia, lo que le facilitó una depurada, fina y profunda identificación política con Fidel.

Era una típica cubana por su alegría, dinamismo, carácter extrovertido, abierto, fraterno, humano, exigente y riguroso. Nunca dejó de ser la guerrillera de las montañas de Oriente, a quien le gustaba dormir en hamaca o recorrer un camino serrano. La raíz de pueblo que llevaba en su conciencia combatiente era parte sustancial de su propia naturaleza.

Fue un ejemplo de completa consagración a la causa, en cuyo sentimiento no había fronteras. También era una creadora que siempre se dedicó a realizar tareas concretas que fueran útiles a la Revolución. Trabajó sin descanso y se entregó por entero a la Patria. Apasionada por la historia, fue sobre cualquier otra virtud, grande por su sencillez.

Hay que situarla como genuina representación popular de la etapa en que Fidel y nuestro pueblo cambiaron el curso de la historia de América; está junto al Che y a Camilo; al igual que ellos entró por las puertas de la eternidad como símbolo purísimo del pueblo cubano.

Su entrega absoluta quedará para siempre en el corazón del pueblo, como un ejemplo de lealtad insuperable. La flor más autóctona de la Revolución es, sin dudas, un hilo esencial para entender esta historia.

La labor organizativa realizada en las zonas de Manzanillo, Pilón y Niquero, antes del desembarco, la vasta red clandes-

tina que allí había constituido antes del «Granma», la tesonera tarea de los revolucionarios de la zona, en las semanas que van desde el 2 de diciembre de 1956 hasta el 17 de febrero de 1957, cuando se produjo la citada entrevista con Matthews, unidas al trabajo exitoso que condujo a la operación de llevar a la Sierra un destacamento armado, son tres hitos importantes por los que empezó a entrar con personalidad propia en la historia de la Revolución.

Mover en los primeros meses de 1957 un contingente armado de alrededor de sesenta hombres, desde Santiago y otras zonas de Oriente hacia Manzanillo; cobijarlos, amparados en un marabuzal, durante más de dos semanas, a cortos kilómetros de la entrada del pueblo y a unos pocos pasos de la carretera de Bayamo a Manzanillo y trasladarlos después a la Sierra, eran tareas para las que se exigía coraje, capacidad de organización, destreza, talento y audacia. Aquella primera incorporación a la Sierra de hombres y armas procedentes de distintas zonas de Oriente, fue sin duda un elemento de extraordinario valor para mantener y permitir desarrollar ulteriormente el foco guerrillero. Durante semanas, Celia, junto a Frank y varios compañeros más, trabajaron sin descanso en el empeño. Lo cierto es que el alma y la dirección de aquella operación fueron ellos dos.

En aquella primera fuerza armada de apoyo a la Sierra, al lado de los jóvenes de la provincia de Oriente, se incorporaron tres muchachos norteamericanos que vivían en la Base: Victor Buehlman, Chuck Ryan y Michael Garvey.

En varias ocasiones estuve en el marabuzal junto a Celia, conversando con los compañeros sobre diversas cuestiones organizativas y dando aliento a los combatientes.

Pocas veces me he sentido tan a gusto como cuando pude ayudar a Frank en los pasos iniciales de la reestructuración del movimiento clandestino, tras el 30 de Noviembre y el 2 de Diciembre.

Nuestro ansiado objetivo era que se organizara en el país una huelga general y que se desencadenara la insurrección en todo el territorio nacional, lo cual, según el criterio que teníamos entonces, nos permitiría empeñarnos en el asalto a los cuarteles y provocar la crisis de la tiranía.

Buscábamos a jóvenes no comprometidos con el pasado y también a profesionales, maestros e intelectuales; tratábamos de vincularnos con los obreros; ninguno de nosotros concebía una dirección del Movimiento sin la presencia de un dirigente o de un representante de los trabajadores.

Proyectamos organizar un frente obrero nacional para desarrollar un amplio movimiento de masas entre los trabajadores. En sus bases iniciales participaron, entre otros, Ramón Álvarez, de la sección obrera de la Ortodoxia, Octavio Louit (*Cabrera*), Gustavo Fraga y Antonio (*Níco*) Torres, que provenían de un activo movimiento sindical en Guantánamo. En La Habana trabajamos con David Salvador.

Releyendo algunas cartas de Frank y varias circulares de aquellos días, confirmo el alto grado de desarrollo político y valor revolucionario de las ideas organizativas que prevalecían entre nosotros; a ellas habíamos llegado por nuestra cuenta.

Por esos días, en nombre de la Dirección del Movimiento en el Llano, sostuve una amplia conversación con Carlos Rafael Rodríguez, quien representaba al Partido Socialista Popular, y había venido a analizar con nosotros las nuevas situaciones políticas creadas.

Tras los sucesos del 30 de Noviembre, en Santiago de Cuba surgió la idea de organizar nacionalmente el Movimiento de Resistencia Cívica. Recibió el apoyo de amplios sectores

profesionales, de capas medias de la ciudad y de la gran masa de la población con una dirigencia compuesta por los elementos más progresistas, bajo la dirección del 26 de Julio; con posterioridad se extendió a La Habana.

El Movimiento de Resistencia Cívica fue diferente al de las instituciones y organismos profesionales que funcionaban como parte de lo que podríamos llamar la sociedad civil prerrevolucionaria. La idea que esbozamos en Santiago y en la que empezamos a trabajar, era de un carácter social mucho más profundo, ya que se trataba de una organización de masas que servía de apoyo a la lucha clandestina, y constituía un brazo del Movimiento estructurado en la base, a través de núcleos o grupos de cooperación para distintos fines. Así se desarrolló en todo el país. Contó con el apoyo de importantes sectores de la burguesía y de las capas profesionales santiagueras, que tenían un marcado carácter patriótico.

Este movimiento se integró para agrupar a muchos hombres y mujeres honestos, con quienes podíamos tener discrepancias de carácter programático o de táctica de lucha, pero que, a la vez, constituían una indudable fuerza contra la tiranía.

Sobre la marcha, casi todos los integrantes de la Resistencia Cívica se incorporaron al Movimiento 26 de Julio, pero por razones de clase hubo algunos que abandonaron la Revolución. El Movimiento de Resistencia Cívica no era el Movimiento 26 de Julio, sino una fuerza de apoyo al mismo.

A partir de las orientaciones y el trabajo del Movimiento de Resistencia Cívica, alentábamos en todo el país los resortes de la conciencia ciudadana en contra del régimen y en favor de nuestra causa.<sup>20</sup>

<sup>20</sup> Para profundizar en lo que fue el Movimiento de Resistencia Cívica recomiendo la lectura del libro de José María Cuestas, *La Resistencia Cívica en la guerra de Liberación de Cuba*, actualmente en proceso de edición.

Mientras, Faustino insistía en abrir un frente guerrillero en Las Villas. En febrero, cuando nos entrevistamos con Fidel, se aprobó la iniciativa.

Yo estaba muy empeñado en reorganizar el Movimiento 26 de Julio, la Resistencia Cívica y un Frente Estudiantil. Este último empezamos a crearlo desde Oriente, pues teníamos relaciones a estos efectos con diversos centros de Segunda Enseñanza, entre ellos con un núcleo que funcionaba en la Escuela de Comercio. Allí tratábamos especialmente con Joaquín Méndez Cominches.

En Santiago, la casa de Arturo Duque de Estrada se había convertido en un importante foco del Movimiento 26 de Julio, ya que él fungía como secretario de Frank y llevaba los más importantes papeles de la organización.

Por esos días, los lugares más frecuentados por mí eran la casa de Vilma, en San Gerónimo; la de Arturo Duque; el laboratorio de Santos Buch y su residencia particular; el hogar de Cayita Araújo y María Antonia Figueroa y la casa de huéspedes de Silvina, en San Agustín, donde vivía, además de Yeyé y yo, el combatiente clandestino Agustín Navarrete (*Tín*)

La autoridad del Movimiento iba creciendo, aumentaba por días. En Santiago existía tal abismo entre el pueblo y el Ejército que nos movíamos a nuestro antojo por toda la ciudad, visitábamos y teníamos reuniones en diversos rincones de la misma. Muchas veces transité de San Gerónimo a la casa de Arturo, recorriendo a pie varias cuerdas. Durante el trayecto pasaba por el costado del Gobierno Provincial, lugar de amplia custodia policíaca. Causa asombro recordar que no fuéramos identificados por la Policía; también me parece un milagro que con el gran número de santiagueros que nos conocía y colaboraba con nosotros, no fuera hasta más tarde

que el régimen tuviera noticias de algunos de estos lugares. En realidad, Santiago y su población eran del Movimiento 26 de Julio, y el Ejército estaba totalmente aislado.

Para cumplir las misiones encomendadas a ellos tras el desembarco del «Granma», Faustino y Frank llegaron a La Habana y procedieron a reestructurar el Movimiento. En la capital, el trabajo organizativo resultaba más difícil por su complejidad de gran urbe, y la situación se complicaba, pues había muchas tendencias e intereses.

El 3 de enero de 1957 envié esta carta a mi hermano Enrique, para explicarle mi punto de vista y valoración de la situación del Movimiento en La Habana:

Querido hermano:

Ésta va dirigida a ti y a todos los que de verdad han trabajado en ésa [...].

En general, como ya ustedes sabrán por el viaje de Luis, tenemos por qué sentirnos optimistas. Sobre todo aquellos que concebimos el esfuerzo realizado como el principio del fin. Sólo el dolor de ciertas pérdidas y la angustia de ver la dramática situación que para desgracia de todos vive el país puede sacarnos de esa alegría. Es terrible saber desaparecidos para siempre a cubanos con quienes durante meses de trabajo llegamos a identificarnos de tal forma que los teníamos como hermanos. Éste es el caso de Níco, de Raulito, de Cándido, y de otros tantos, que aunque no tratamos directamente, nos unían vínculos poderosos de comunidad de ideales y objetivos sociales, que es el primer elemento de todo sentimiento patriótico. En ellos tenía Cuba grandes y hermosas reservas, sin saberlo con exactitud. Y tanto politicastro, tanto ente inservible, tanta gente de poca edad que merodea los corrillos de la política al uso en busca de aspiraciones bastardas, mientras una juventud en flor se lanza por deber histórico a la lucha revolucio-

naria. Y cae en ella o va perdiendo poco a poco pedazos de su propia vida para identificarse cada día más con los ideales del pueblo y sus más apremiantes necesidades. Esa sangre deja, quíerase o no, una huella profunda en cada uno de nosotros y hace más firme el deber de continuar el camino emprendido.

Mi optimismo en cuanto al futuro de la Revolución nace de contemplar cómo hay miles y miles de hombres y mujeres dispuestos a todos los sacrificios y trabajando incansablemente por una causa que no es de nadie en particular sino de todos en general. Nace también de ver cómo al menos en esta provincia y estimo que en Cuba entera el Movimiento se afianza definitivamente en el pueblo. Nace, sobre todo, de la apreciación de que los mejores valores de nuestra generación han quedado esta vez con fuerza determinante en el curso de los acontecimientos.

Definitivamente ha echado raíces en la historia una nueva generación. Sus cuadros están intactos, sus ansias de pelea más fuertes que nunca, y su influencia en el futuro de la Patria en pleno proceso de ascenso. Sólo faltan los instrumentos materiales, que un movimiento en crecimiento lo conseguirá con facilidad, y que dada nuestra estrategia de pueblo lo podrá obtener de muy diversas maneras; y que maduren un poco más la organización y las condiciones sociales de la Revolución. En realidad lo único que faltó para el triunfo inmediato fueron los dos primeros, porque en cuanto a lo último, nuestro objetivo era impulsar y precisar esas condiciones sociales con el efecto que en las mayorías cubanas iba a causar una victoria inmediata. Además, en cuanto a los instrumentos materiales, ya con mayor madurez en la organización podremos estar dispuestos y preparados para utilizar los medios eficaces de conseguirlo.

El resultado de los acontecimientos y la experiencia dolorosa de ciertas deficiencias hacen que hoy podamos cerrar filas los cuadros del Movimiento para hacerlos definitivamente eficaces. Nuestro sacrificio, nuestra estrategia y la política

inmediata que vamos a seguir impulsarán y consolidarán las condiciones exteriores a nosotros de la Revolución.[...]

De esta experiencia y de la contemplación de todo el trabajo llevado a cabo en la Isla, he sacado las siguientes lecciones: 1-Una debilidad puede destruir el esfuerzo tesonero de meses. [...]

2-Sólo se puede contar para funciones direccionales con personas dispuestas a la entrega total [...]. Sé que algunos de ustedes sintieron esta verdad desde hace años.[...]

3-El adoctrinamiento de la militancia y de la dirigencia con más razón se impone como cuestión básica. Al periódico es indispensable convertirlo en una necesidad de nuestra conducta. Las escuelas revolucionarias es preciso organizarlas inmediatamente. El intercambio de ideas sobre cada uno de los problemas vitales que nos estamos planteando y sobre los acontecimientos que van sucediendo es algo a lo que necesariamente nosotros tenemos que dedicarle tiempo de nuestro trabajo. La realidad ha demostrado que ya estamos en condiciones de canalizar nuestra energía en este sentido.

Uno de los objetivos de esta carta es precisamente el de iniciar el intercambio de ideas a que me refiero. Sería fantástico establecer una discusión seria sobre la situación actual para luego sacar copias y enviárselas a los responsables del Movimiento. Los de ustedes encargados de esta tarea debieran contestarle en el acto sobre cada uno de los puntos planteados, y sobre cualquier cuestión interesante que pueda traernos luz.

Debemos sacar cuanto antes el folleto ideológico, para lo cual ya yo tengo conseguido parte del dinero, pero no he querido enviarlo, pues Luis y yo decidimos que lo más correcto era discutirlo con Alex y otros compañeros de allá. Aunque salga antes, y así lo espero, podríamos ponerle fecha de 28 de enero, en homenaje al Apóstol.

4-La propaganda debe estar dirigida no solamente al pueblo, sino también a ciertos sectores, como clases económicas, dirigentes políticos, etc. En la práctica hemos siempre

subestimado un poco este tipo de gente al que tenemos que aspirar a influir con nuestra postura, con nuestra firmeza y con la explicación concreta de nuestras verdaderas proyecciones, porque sólo actuarán de utilidad para nosotros el día que nos teman al reconocer nuestra fuerza [...].

Éste es el objetivo que persigo en las dos cartas públicas dirigidas al bloque de Prensa y a las organizaciones políticas. Debemos procurar llegar a provocar en forma habilidosa que esta gente o se inhiban completamente o se enfrenten a nosotros de manera abierta. Sería fantástico recurso de propaganda llevarles a provocar su histerismo frente a nuestra firmeza. Pienso que crimen por crimen, asesinato por asesinato, débese ir denunciando para hacerlos en definitiva encubridores, si por su parte no lo denuncian también. Claro que esto, acompañado de una propaganda al pueblo en la que se vaya diciendo todo lo que se está haciendo [...]. Estamos haciendo una carta pública a las principales revistas norteamericanas explicándoles lo que de verdad pasa en Cuba y enviándoles nuestra proclama. Sobre ellos podemos tener influencias. Recuerden que *Life* publicó cosas muy importantes en el pasado inmediato. El propio *New York Times* ha hecho editoriales favorables a nosotros, si se analiza lo que él representa. Incluso llega concretamente a desmentir a Batista cuando nos calificó de mercenarios. Si ello es así, ¿por qué no vamos a influir con nuestra propaganda en esos importantes órganos publicitarios? Y los efectos de esta influencia, aunque fuera pequeña, son tan grandes que no se pueden apreciar a simple vista.

5-La disciplina se impone; es preferible caer en exceso de disciplina que en defecto y ella ha de nacer del respeto que inspiren los que dirigen los trabajos revolucionarios. Allí donde ha habido disciplina, como en Santiago, la organización ha resultado más eficiente.

Bueno, compañeros, éstas son mis conclusiones, quizás un poco extendidas sobre nuestra actual situación y el futuro inmediato de la Revolución. Pienso dejar organizado en ésta

una escuela de la que les hablo. Pienso que allí y en otras partes deben organizarse otras. Propongo el nombre de Antonio López a la escuela revolucionaria de La Habana. Nadie con tanto derecho como él, verdadero enamorado de la Revolución, como lo calificara Luis, y realmente un convencido de la necesidad imperiosa de estas escuelas. Mucho debemos recordarle cuando pensamos que era quien tenía en toda la Dirección mayor parte de verdad teórica respecto a la estrategia a seguir y a la forma de luchar. La realidad actual le ha dado la razón. Lástima que no pueda contemplarla. Con todo afecto, queda revolucionariamente de ustedes,

Jacinto

En la zona occidental comenzó a emerger una fuerza nueva que mostraba una gran capacidad de acción y desarrollaba un intenso proceso de agitación política.

Después del 30 de Noviembre se inició en la capital otra etapa con combatientes revolucionarios muy activos, quienes se distinguieron y revelaron como grandes jefes de acción. Muchos de ellos fueron mártires de la Revolución, entre otros, Arístides Viera, Pepe Prieto, Sergio González (*el Curita*) Gerardo Abreu y Enrique Hart.

Por aquellos días, los cuerpos represivos encontraron un centro importante del recién reestructurado Movimiento 26 de Julio en La Habana. Se trataba del apartamento de 5ta. y A, en El Vedado, que había sido alquilado por Enrique como depósito-arsenal de dinamita, petardos y bombas y para utilizarlo en la confección de materiales que serían más tarde empleados por el movimiento clandestino en las acciones de la ciudad. Enrique cayó preso. Me enteré de la noticia por el escándalo en la prensa y la confirmamos, porque en una foto del periódico aparecían los muebles de la sala que habíamos utilizado Pedro Miret y su esposa, Yeyé y yo, algunos meses antes.

La casa de 5ta. y A se transformó en un símbolo del reinicio de la lucha clandestina del Movimiento 26 de Julio en La Habana. Aunque se produjo este revés, las acciones crecían en la ciudad y comenzaba a sentirse el trabajo del Movimiento 26 de Julio, que había organizado un importante foco de acción y sabotaje.

Sin embargo, por ese tiempo empezaron a aflorar algunas corrientes negativas. Ejemplo de esto fueron los que marcharon al exilio después de la Revolución.

En tanto, Faustino se había convertido en el líder natural de la lucha clandestina en la capital. Era respetado por los grupos de acción y tenía una gran capacidad para relacionarse con todos los medios sociales y políticos. Frank en Oriente y Faustino en La Habana son, en mi concepto, los símbolos más altos de la clandestinidad como apoyo a la Sierra Maestra.

Me unía a Faustino una amistad entrañable, pues juntos habíamos estado en el M.N.R., en los hechos de Salud 222, y con idéntica concepción política habíamos participado en diversas contingencias. Ambos nos habíamos incorporado a la organización del Movimiento 26 de Julio desde mediados de 1955.

Fue un hombre hecho de una sola pieza: revolucionaria y patriótica. Limpio, auténtico, sagaz. Poseía serenidad al hablar y escuchar a los demás. Guardaba el fuego de un temperamento rebelde e intransigente frente a toda injusticia.

Si a Níco ese fuego se le desbordaba como un formidable agitador político y social, a Faustino, con idéntica pasión por las relaciones humanas, las llamas le salían pausadamente del alma y las traducía en hechos y actos, y en un hablar sereno.

Tenía la fibra humana necesaria para tratar con las demás personas, lo cual constituía el centro de su vocación revolucionaria. Era un genuino político martiano. Aunque mantuviese criterios diferentes estaba capacitado para discutir, actuar y en-

tender a los demás. Nada más ajeno a todo sectarismo que su conducta y vida como revolucionario. En frase elocuente, Pedro Mirret lo caracterizó ante su tumba como «humilde y desafiante». ¡Qué difícil es unir en una sola alma estas dos virtudes! Si a lo desafiante no va unida la humildad desaparece toda posible virtud. Lo que integra estos valores es el sentido humanista de la vida, que él poseía con ternura y firmeza.

Hombre cabal en el sentido más estricto de la expresión, su pasión por el trabajo con la gente constituía uno de sus principales méritos. Es difícil encontrar conjugados el carácter combatiente y la capacidad de comprender a las personas en sus variados matices. Sólo lo logran quienes tienen un sentido concreto de lo humano como lo primero y más importante que debemos defender los revolucionarios.

Por esos días yo viajaba bastante entre Manzanillo, Bayamo y Santiago en labores de carácter organizativo y, especialmente, de la Resistencia Cívica y de propaganda. En Guantánamo existía un movimiento clandestino dentro de la Base Naval, de donde incluso se extraían armas. En una ocasión, viajé con Frank a esa ciudad y sostuvimos diversos encuentros. Ésa fue la última vez que lo vi...

Siempre lo recordaré reservado y responsable, con las características de un muchacho juguetón y con un impresionante espíritu juvenil. Organizador infatigable, detrás de su hermetismo había un desarrollado pensamiento político y una gran habilidad en el manejo de las relaciones humanas. Minucioso en los detalles, de especial sensibilidad y refinado temperamento. Apasionado por la ética y la historia revolucionaria de Cuba, tenía un dominio muy preciso de las cuestiones que estaban a su cargo. Cada vez me sentía más unido revolucionariamente a su personalidad.

El 13 de marzo de 1957, estábamos reunidos con José Aguilera Maceiras, recién nombrado presidente del Movimiento de Resistencia Cívica, y una representación de la misma, cuando después de las tres de la tarde a todos nos sacudió la noticia de que el gobierno de Batista había sido derrocado. El valiente llamamiento de José Antonio Echeverría por Radio Reloj y el heroico asalto al Palacio Presidencial habían causado la admiración del pueblo santiaguero. Con urgencia, salimos de la reunión a buscar noticias. La población estaba en las calles moviéndose activamente, interesada en obtener informaciones y con ánimo de celebrar el acontecimiento.

Pronto se conoció lo que realmente había sucedido. Un grupo de valientes cayó en el asalto, y José Antonio fue baleado, junto a los muros de la Universidad de La Habana. Quisiera rendir homenaje a aquellos héroes al transmitir la imagen que guardo del gran dirigente estudiantil.

Genuino líder de masas, generoso, valiente, de carácter abierto, resultaba ese tipo de persona que se gana inmediatamente la simpatía de los demás. Cuando se hablaba con él se sentía que no había nada oculto.

Pertenecía a la dirección de la F.E.U. desde 1952, como vicepresidente de la Escuela de Arquitectura, y contaba con un amplísimo respaldo dentro del estudiantado. Allí lo conocí. Cuando este organismo debió tomar un carácter revolucionario y adoptar un dinamismo insurreccional más profundo, José Antonio emergió como el líder indiscutible de los estudiantes. Imprimió a esta organización el impulso y el carácter revolucionario de su temperamento combatiente.

Sé que vivió muy preocupado por cumplir el compromiso contraído con Fidel en la Carta de México, y que la pasión principal de sus últimos días fue trabajar por ser fiel al mismo. José Antonio era uno de esos revolucionarios que no sólo

hacen un análisis frío de su deber y de su actuación política, sino que se sienten responsabilizados con la palabra empeñada. Ocupa un lugar destacado en la historia de esta Revolución, porque fue, sin duda, la cumbre más alta del estudiantado de los años cincuenta. La imagen de lo mejor de la nueva generación revolucionaria que surgía se expresó en la alegría, la vitalidad y el juramento que José Antonio había hecho con su pueblo.

Las fechas gemelas, pero diferentes en calendario, del 30 de Noviembre y el 2 de Diciembre, no coincidieron con el heroico 13 de Marzo de 1957. Lo ideal habría sido que los tres acontecimientos hermanados por la historia y la carga de fuerza revolucionaria que encerraban hubieran podido coincidir en el tiempo, pero la realidad no transcurre en forma ideal, no sucede como muchas veces soñamos los revolucionarios. Lo importante fue que la estrategia y la dirección de Fidel enlazaron para siempre el significado de aquellos sucesos trascendentales.

A fines de marzo, Haydeé y yo nos preparamos para marchar a La Habana. En vísperas de la partida, en casa de la familia Duque Estrada me tiñeron el pelo para tratar de encubrirme. Tomamos el ómnibus entrada la noche, y cuando empezaron a salir los primeros rayos del sol de la mañana, este efecto, lejos de cumplir su objetivo, resultó todo lo contrario, pues se hizo muy visible y escandaloso, ante la mirada curiosa de los que iban en la guagua, y nos convirtió en el centro de atención. Entonces, decidimos quedarnos en Santa Clara para retomar mi apariencia anterior, que, por supuesto, no lo logramos del todo, y semanas después todavía tenía la huella de aquel intento de cambio de aspecto para no ser reconocido por la Policía.

Llegamos a La Habana y, discretamente, fuimos a casa de mi hermana Marina, para comenzar desde allí a relacionarnos con los compañeros y a dar cumplimiento a las tareas de reorganización del Movimiento 26 de Julio. Uno de nuestros encuentros se desarrolló en un laboratorio en El Vedado. Nos entrevistamos con Fauré Chomón, Julio García Oliveras, Fructuoso Rodríguez y otros dirigentes del Directorio, para estrechar filas entre ambas organizaciones. Allí me plantearon que la acción del Palacio se había realizado en cumplimiento del compromiso formulado en la Carta de México.

Teníamos que laborar en la continuidad del empeño iniciado por Frank y Faustino. Este último había caído preso alrededor del 20 de marzo. Empezamos a organizar la Resistencia Cívica y llevar a cabo las tareas de propaganda. Ahora teníamos una gran autoridad en la capital, éramos respetados y se nos reconocía como la principal fuerza de oposición al régimen. Disponíamos de casas y relaciones con gente de buena posición económica y de los más diversos estratos de la población.

A mediados de abril recibí un mensaje de Fidel por medio de Celia. El texto decía:

[...] Exprésale a Jacinto que la Dirección Nacional del Movimiento cuenta con toda nuestra confianza; que debe actuar con plenas facultades según lo requieran las circunstancias; que virtualmente resulta imposible consultarnos a tiempo en muchos casos; que confío en su talento para ir sorteando las dificultades y adoptando los pasos más convenientes al triunfo definitivo de nuestra causa. En dos palabras, que puede actuar como representante de nuestro Movimiento. Yo pienso como él: que nada impedirá la Revolución Cubana [...].

Después de poco tiempo en la ciudad, se habían establecido vínculos con el periodista norteamericano Robert Taber, reportero independiente contratado por la cadena de televisión Columbia Broadcasting System (CBS), y el camarógrafo de la propia cadena, Wendel Hoffman, quienes estaban en disposición de preparar un amplio reportaje de Fidel en la Sierra Maestra. Haydée y yo preparamos el regreso a Oriente para ejecutar esta misión.

Era ya casi de noche cuando íbamos a coger el ómnibus para Bayamo. El doctor Julio Martínez Páez nos había llevado manejando su auto. Él nos venía facilitando en La Habana vínculos con numerosas personas, pues por ser un médico de prestigio tenía amistades en amplios sectores de la población.

Al llegar a la estación, Martínez Páez y yo nos quedamos en el auto y Yeyé salió a comprar los boletos. En ese momento, aparecieron las fuerzas del Buró de Investigaciones y, sin darnos tiempo para nada, nos detuvieron. Sabíamos que eran ellos porque nosotros ya los identificábamos a la perfección.

Yeyé se percató inmediatamente del incidente y logró evadir a los esbirros, escondiéndose en medio de un parqueo para máquinas, que se encontraba algo distante, y desde allí observó lo sucedido.

Paradójicamente nos arrestaron en el punto más fácil para viajar sin ser reconocidos, la estación de la Virgen del Camino, ya que en la Terminal de Ómnibus resultaba más difícil burlar la Policía.

Días más tarde, cuando estaba en la cárcel, conocí con gran satisfacción que Yeyé, además de escapar, pudo informar con rapidez a nuestras familias de lo sucedido, con lo cual posibilitó que pudieran hacer a la mayor brevedad la

denuncia de la detención, porque si tras un arresto no se actuaba rápido, el precio que se pagaba era el asesinato. También procuró establecer contacto inmediatamente con Marcelo Fernández, encargado en esta misión de recoger en el aeropuerto a los norteamericanos; le explicó la nueva situación, llegó junto con ellos a la Sierra, y estuvo presente durante el reportaje. A pesar de lo ocurrido, la tarea se realizó exitosamente y logró entregar a Fidel cinco mil pesos recaudados.

A Martínez Páez y a mí nos trasladaron al Buró de Investigaciones. Fui acusado de portar armas de fuego en el momento de la detención, porque aquel régimen era tan incapaz, que debió inventar lo de las armas de fuego, cuando arrestaron a quien había participado en los acontecimientos del 30 de Noviembre, venía haciendo labor clandestina en Oriente, había subido y bajado a la Sierra y trabajado junto a Frank País en el envío de los primeros contingentes armados que llegaron a Fidel, durante los primeros meses de 1957, sucesos todos ya descritos en este testimonio.

Mi familia presentó un recurso de Habeas Corpus y realizó innumerables gestiones para que fuera puesto a disposición de los tribunales. Antes de las setenta y dos horas, fui conducido al Vivac de La Habana. Allí encontré una amplia masa de jóvenes y trabajadores, entre los que estaban Faustino, mi hermano Enrique y otros muchos militantes del Movimiento 26 de Julio. Corrían las semanas posteriores al 13 de Marzo, la efervescencia política crecía y ya éramos considerados como sumamente peligrosos.

Mientras Batista mantenía vigentes las «garantías constitucionales» y la «libertad de prensa», nosotros podíamos desde el Vivac, durante las numerosas veces que éramos conducidos ante el Tribunal de Urgencia, desarrollar una amplia agitación política de denuncia contra el régimen.

La personalidad política de Fidel continuaba en ascenso. Por aquellos meses, Raúl Chibás y Felipe Pazos estuvieron en la Sierra y conversaron con él. Felipe Pazos había sido Presidente del Banco Nacional de Cuba durante el Gobierno Constitucional. Tenía vínculos con el Partido Auténtico y, en especial, con lo que representaba Carlos Prío Socarrás. Raúl Chibás se ocupaba en ese momento de la dirección de la Ortodoxia, pero, desde luego, no era ni por capacidad política, ni por convicción revolucionaria, igual a su hermano Eddy. Ellos dos eran aliados coyunturales del Movimiento 26 de Julio en el enfrentamiento con Batista y en el marco de ciertos principios políticos democráticos, pero su interpretación de la democracia no coincidía con la nuestra; nosotros teníamos un concepto profundamente popular de la misma.

El 20 de abril, el coronel Esteban Ventura Novo, al frente de una nutrida pandilla de esbirros de la Policía, irrumpió violentamente en el apartamento de Humboldt 7, que ocupaban los compañeros del Directorio Revolucionario, Joe Westbrook, Juan Pedro Carbó, Fructuoso Rodríguez y José Machado Rodríguez (*Machadito*)

Aunque lograron salir del apartamento no pudieron escapar porque estaban rodeados por todas partes; los cazaron y asesinaron.

Para manifestar nuestra protesta ante este crimen, en la cárcel todos decidimos ir a los juicios con corbatas negras y cantando el Himno Nacional. En una de esas ocasiones, se formó un altercado con el guardia que nos conducía, pues no quería dejarnos salir cantando el Himno. Nos resistimos, y el agente batistiano me lanzó una bofetada al rostro. Seguí entonando las notas, y de inmediato hicimos la denuncia del atropello en el Tribunal. Bien sabía que aquella reclamación

no tendría efectos legales, pero lo que nos interesaba era el escándalo político que con ella estábamos creando.

La acción insurreccional crecía por todo el país. Desde el viejo castillo escuchábamos las detonaciones de las bombas que el Movimiento 26 de Julio hacía estallar en la ciudad, como respuesta popular a la feroz tiranía.

Varias veces a la semana nos llevaban en la jaula a vistas de diversos juicios y ante los magistrados, desde la loma del Príncipe hasta la Audiencia, para conducirnos al Tribunal de Excepción, que llamaban de Urgencia. El recorrido era desde el viejo castillo hasta 23 y Malecón, y de allí al caserón de la Audiencia, más tarde derruido y situado detrás del Palacio del Segundo Cabo (entonces Tribunal Supremo de Justicia).

El edificio de la Audiencia tenía dos pisos y poseía todas las salas de los tribunales provinciales de La Habana. Era un centro donde la tiranía «juzgaba» a los revolucionarios y donde se hacía «justicia» penal y civil. Durante el trayecto, cuando nos encontrábamos con el pueblo se producían fortuitos saludos e intercambios solidarios que fortalecían nuestra moral revolucionaria y la fe absoluta en la justicia de nuestra causa.

Por la parte trasera de ese inmueble, existía una escalera por la cual subía la hilera de presos hasta el segundo piso. Allí eran situados en una sala que antes funcionaba como Tribunal de lo Civil y se había convertido en lugar de espera de los acusados.

Conocía aquellas instalaciones por mi participación como abogado en algunos juicios políticos y en denuncias que reiteradamente había hecho a los tribunales. Allí también trabajaba mi padre, quien era magistrado de la Sala de lo Civil y Administrativo.

Observé durante estos traslados que un guardia se quedaba abajo, en una punta de la fila de los presos, y otro subía para situarse en el extremo delantero. Durante breves segun-

dos abría la sala y la inspeccionaba. Me percaté de que aprovechándome de ese mínimo tiempo, lograría salir del grupo y situarme en el corredor contiguo, hacia la derecha. De tal forma, podría avanzar sin ser visto por el pasillo que me conducía a la escalera principal, y que llevaba al gran portón delantero del edificio y también a uno lateral por donde entraban los autos.

De no resultar descubierto de inmediato, alguien podría apartarse del grupo, ya que habitualmente contaban a los presos dentro de la sala, tiempo suficiente para poder salir fuera del recinto. Desde luego, sería observado por los compañeros y el escaso personal que a esas horas de la mañana se encontraba en las instalaciones de la Audiencia. Así aprecié que al menos tenía dos o tres minutos para abandonar el local e internarme en La Habana Vieja. Cuando pensaba en todo esto, no había sido condenado todavía y era llevado en traje de civil.

Estaba martillando sin descanso esta idea en mi mente, cuando me condenaron a dos años y me trasladaron a la zona del Príncipe, dedicada a los sancionados.

En el juicio le riposté al testigo, que era un oficial del Buró, y al Tribunal con la siguiente expresión: «Me considero con el derecho de tener armas, porque lo hay para alzarse contra este gobierno, pero realmente no las tenía encima, y ustedes lo saben bien». Me condenaban por un hecho que no existía, pues no tenían el valor de hacerlo por mis actuaciones, posiciones y militancia revolucionaria.

Una vez sancionado me pusieron el uniforme de preso. Hubo una protesta para que no me vistieran de esa forma, y hasta quisieron hacer una excepción conmigo porque se trataba de un abogado, pero no lo acepté, pues sentía orgullo de llevar el traje de presidiario de aquel gobierno, a pesar de que vestido así, la fuga era más difícil. No obstante, permanecí con la

idea fija, y tomé la decisión de escapar aprovechándome de la situación ya descrita, siempre que antes me cambiara de ropa. El asunto fue sencillo. Solicité un pulóver a mi familia, con la justificación de usarlo en la galera, y me lo enviaron.

En la mañana del 4 de julio, cumpleaños de mi hermano Enrique, hice nuevamente el recorrido hasta el juicio. Como tantas otras veces subimos por la escalera trasera y fuimos conducidos a la sala superior de espera. Al llegar, el guardia entró a revisarla, mientras un grupo de nosotros se quedó esperando afuera. Calculé que sólo disponía de unos segundos y seguí caminando por el corredor contiguo. Uno de los compañeros me dijo: «No es por ahí, es por la izquierda». Entonces le respondí: «Yo sé por dónde es...», avancé hacia la derecha del segundo piso, me quité la camisa de presidiario y la lancé al suelo. Me dirigí hacia la escalera que conducía al portón del frente, salí por una de las puertas principales, y marché por el costado del Palacio del Segundo Cabo rumbo al antiguo Ayuntamiento (hoy Museo de la Ciudad de La Habana). Iba con paso apresurado, pero sin correr, caminé por detrás de esta instalación hasta internarme en La Habana Vieja.

A pocas cuadras vivía una familia conocida. Al entrar, la señora de la casa se asustó y le dije: «No se preocupe, déme un traje de civil y algún dinero, que me marchó enseguida».

Ya vestido de cuello y corbata y con diez pesos en el bolsillo me dirigí hacia el edificio del Ministerio de Hacienda, donde hoy radica el Ministerio de Finanzas. Tomé una máquina de alquiler y me trasladé al hogar de una compañera de estudios de muchos años y de gran confianza personal, que vivía cerca del cruce de la Avenida de Acosta y Dolores, en Lawton. Pero en la casa de mi amiga sólo se encontraba la empleada, quien por suerte no me conocía. Entonces caminé unas cuadras más hasta llegar a un apartamento que mucho había frecuentado antes del «Gramma», donde vivía la familia de un

mártir del Moncada, Ramón Méndez Cabezón. Se hallaban en ese lugar la madre, la hermana y otros parientes, quienes se quedaron perplejos, puesto que hacía pocos días me habían visitado en la cárcel.

Desde allí envié el siguiente mensaje a Yeyé y al Movimiento, a través de mi tío Gabriel Dávalos, quien tenía una farmacia en la calle Dolores:

No te alames. Estoy bien. Te ruego hagas lo que te digo abajo y no lo comentes *absolutamente con nadie*. Mi vida anda de por medio. En ti la confío en lo que respecta a este importante mensaje.

Localiza inmediatamente al esposo de Marinita. Dile que haga llegar urgentemente a quien él sabe que yo estoy en casa de la persona que me escribía en máquina. Que manden urgentemente a buscarme. Dile también que manden a casa el recado de que estoy bien.

Nadie debe saber que tú transmitiste el recado a ese señor. Debes ir ahora mismo.

No debo pedirte perdón pues tú me comprendes. No debo darte las gracias pues tú me quieres.

Rompe ésta,

Tuyo,

Rogelio

Hasta la casa de mis padres, en la calle 25 casi esquina a Paseo, en El Vedado, se trasladó mi primo Fernando Dávalos, hijo de Gabriel. Allí todos estaban ansiosos y preocupados. Él les dio a conocer el mensaje recibido, y ellos establecieron contacto con mi hermana Marina y su esposo, quienes tenían comunicación con Haydéé. Mientras tanto, escuché por la radio el gran escándalo que se había armado con mi fuga. Pensé que no era para tanto.

Recordé que había estado varias veces con Níco López en la casa en que ahora me encontraba y que allí habíamos escrito proclamas y denuncias, tarea en la que nos había ayudado Marta Méndez.

A las pocas horas, llegaron en un pequeño auto mi hermana Marina con su hija de menos de un año, acompañadas de María Angélica Álvarez (*Pusy*) y Marcia Leiseca, quienes eran contactos con el movimiento clandestino, a través de Yeyé.

Salimos de Lawton, recorrimos la ciudad, pasamos junto al Buró de Investigaciones, cruzamos el puente del Almendares y arribamos a un lugar de Miramar donde nos esperaba Germán Amado Blanco para conducirnos a la residencia que tenían preparada para alojarnos a Haydée y a mí. Allí no pudimos estar mucho tiempo.

Durante esas semanas tuvimos que trasladarnos a diversas casas-refugios, donde no dejábamos de realizar las labores del Movimiento.

El periódico *Revolución* publicó en su sección Informaciones de Última Hora unas declaraciones que hice a propósito de la fuga:

[...] Sólo la angustia de no poder seguir luchando activamente por la Revolución Cubana me hizo correr los riesgos de una fuga. Al cerrarse todas las puertas para defender ante los tribunales la causa del Movimiento 26 de Julio es que mi espíritu se llenó de sana indignación y hube de impulsarme a escapar en oportunidad propicia.

Lo lamento por los custodios que acaso están pasando malos momentos por algo que no fue su culpa, ni responsabilidad de ellos.

Sigo acusando a los miembros del Tribunal de Urgencia de La Habana de condenarme sabiendo que era falso el delito imputado. No puedo seguir la querrela ante el Supremo, pero

lo confirmo ante la opinión pública. ¡Lo juro ante los mártires de la Revolución!

Además, el pueblo entero sabe cómo procede Urgencia. Lo informo simplemente para que los jueces honrados de Cuba sepan que ese Tribunal niega las garantías procesales y condena sabiendo que los acusadores mienten en la mayor parte de los casos.

Por otro lado, existiendo la verdad de mi militancia revolucionaria dentro del Movimiento 26 de Julio, los acusadores tuvieron sin embargo que apelar a la mentira. Un gobierno que no puede llegar a la verdad está fracasado. El Movimiento 26 de Julio nunca ha mentido porque hace rato que llegó a la verdad: Luchar con las armas contra la tiranía. Y con esa gran verdad el Movimiento conquistará la libertad.

Posteriormente, estando en una reunión del Movimiento, salimos a tomar el auto, pero me equivoqué y fui a entrar a uno ajeno. Desde atrás, Yeyé me gritó: «Ése no es...». Levanté la vista y vi un carro de la Policía rodeado de agentes. Un hombre, en tono imperativo, me dijo: «No se equivoque». Pedí disculpas al dueño, seguí hacia delante y tomé mi carro. Ese auto era el que cuidaba a Rafael Díaz-Balart. De haberme conocido, no estaría rememorando estos hechos. De allí nos fuimos Yeyé y yo a una casa cerca del cementerio de Colón.

En otra ocasión, cuando me encontraba en una residencia en el barrio de Nuevo Vedado, toda la familia, por una u otra razón, la fue abandonando. Quedamos solamente nosotros dos, completamente desconectados. Como esto podía dar lugar a sospechas, decidimos salir de aquel lugar, por lo cual llamamos a mi hermana Marina, quien con su esposo, Rafael Dujarrí, nos trasladó a otro extremo de la ciudad, a casa de unos amigos de la infancia. Logramos establecer nuevos contactos con la organización clandestina. Mucho agradecemos los revolucionarios a las familias cubanas que en esos

días nos brindaron su apoyo y ofrecieron sus hogares para nuestra protección.

Por esa época ocurrió uno de los acontecimientos más duros de la lucha. Desde una casa clandestina escuché por la televisión la terrible noticia de que Frank País y Raúl Pujols habían sido asesinados. Era el 30 de julio de 1957.

Una extraordinaria concentración de pueblo santiaguero llevó hasta Santa Ifigenia los restos de ambos combatientes.

Como no me encontraba en Santiago, he preferido presentar el testimonio de Vilma Espín sobre este hecho:

Diez días antes de la muerte[...] Frank me planteó que me hiciera cargo de la coordinación de la provincia para poderse dedicar a toda la acción nacional y dedicar algún tiempo a escribir y estudiar.

Posteriormente, sólo tuve contacto con Frank por teléfono. Después de estar en la casa donde lo vi por última vez, él se había mudado para otra, pero allí había una muchacha que estaba en estado y se puso muy nerviosa con la preocupación de que lo fueran a coger. Entonces él se preocupó mucho por esto y se fue para una casa que él mismo había vetado, porque en ese lugar ya habían ido a coger un compañero una vez, éste pudo escaparse, pero precisamente era una casa que no tenía salida por detrás. Era de una gente muy segura, que era Pujols, pero esa casa era una ratonera. Frank me llamó por teléfono unos dos días antes para que yo hiciera un contacto importante para una operación destinada a sacar a un compañero para obtener armas en el extranjero. Luego, cuando yo lo llamé, ya no estaba en casa, y él no me llamó, ni durante todo el día siguiente, cosa que me extrañó mucho, porque él llamaba tan pronto se mudaba de casa, para poder tener contacto con él. Ya el 30 de julio, yo estaba escondida en una casa del Zoológico. Como a las cuatro de la tarde me llamaron; me dijeron que había un revuelo por la zona donde vivía Pujols, pero yo no

sabía que Frank estaba allí. Él me acababa de llamar dos veces, yo empecé enseguida a preguntarle por qué no me había llamado, y a informarle el resultado de las gestiones que él me había encargado, pero yo hablaba muy rápidamente. A lo mejor él me iba a decir algo, y yo enseguida le hablé. Me dejó decirle todo, y colgó. Como a los diez minutos, él me llamó de nuevo, pero no puedo recordar lo que me dijo, creo que era sobre la misma misión que me había encargado. En ese momento ya iba a salir para irse y no me dijo nada tampoco de lo que estaba pasando.

Después de eso, me llaman los compañeros que teníamos de contacto en la Compañía de Teléfonos; me dijeron que había un tiroteo –incluso yo sentía los tiros lejanos– y que estaban persiguiendo a alguien por el techo. Les dije que le avisaran a todo el mundo para que fueran allá a ver si los podían ayudar [...].

[...] me llamaron y me dijeron que si quería coger la llamada de Salas Cañizares, a Tabernilla si mal no recuerdo. La cogí, y oí que decían: «Oiga, jefe, aquí le voy a poner al que se ganó...» No recuerdo qué, una grosería. «Aquí está Sariol» y dijo: «¿Los tres mil son míos, jefe? Matamos a Frank País ahora mismo». Y ahí mismo me colgaron. Amat me cortó la llamada cuando se dio cuenta de lo que estaban diciendo, por temor a que yo fuera a hablar y ellos pudieran oír.

Fue una cosa tremenda. Empezamos a llamar y nos enteramos de los detalles. René Ramos Latour (*Daniel*), había estado allí poco antes para coordinar un trabajo. Lo encontré muy deprimido, porque hacía un mes que habían matado a Josué. Estuvo con él, y se fue. Después vino el comandante Villa, Demetrio Montseny, con una camioneta. Él quiso llevarse a Frank, porque ya estaban rodeándolos, pero Frank ya había hablado con Pujols y Pujols venía con una máquina de alquiler a recogerlo en la esquina, y le dijo: «No, mejor me voy con Pujols que ya viene para acá. Vete tú primero». Pujols no estaba clandestino. Entonces, cuando llegó Pujols

fue a buscarlo hasta la casa, dio tiempo a eso, y cuando salían de la casa los cogieron.

Después, más o menos, nosotros hemos reconstruido con Ñeña, la mujer de Pujols y con Raulito, que cuando eso tenía 13 años, lo que pasó entonces. Ellos estaban allí y lo vieron todo. Dicen que al salir les pegaron y los montaron en el carro. Ñeña salió corriendo detrás del carro, y todo el barrio salió también, pero los policías se dieron cuenta de que si no los mataban rápido no los podían matar después —ya les había pasado la vez anterior, y cuando llegaron al callejón, dos cuadras y media más abajo, los bajaron y los mataron ahí mismo.

Esa misma tarde supimos que quien los había delatado era una mujer, una querida que tenía Laureano Ibarra, que había visto a Frank entrar a casa de Pujols. A esa mujer inmediatamente la sacaron de esa casa y la mandaron para la casa de una muchacha que nosotros conocíamos, porque había estado en la Universidad, hija de uno de los esbirros de Laureano Ibarra, que le decían el Negro Martínez.

Ellos actuaron muy rápido; la metieron en un barco que estaba en el puerto y la mandaron para Santo Domingo directamente. Incluso trajeron al mismo que lo había identificado la otra vez en el cuartel, que era un compañero de él de la Normal, un tal Randich. A este Randich lo trajeron para identificarlo cuando ella dijo que lo había visto. Lo pusieron allí y efectivamente, él fue quien lo identificó y por eso enseguida rodearon aquello. Nosotros ajusticiamos después a Randich. Bueno, esa tarde fue tremenda para todos nosotros, inmediatamente llamamos a la mamá de Frank y a su novia América Domitro para que fueran enseguida a reclamar el cadáver. Frank estaba tirado en el medio de la calle y todo el pueblo se fue arremolinando allí, se pusieron cordones. Había una situación popular tremenda. Frank muerto, y Santiago de Cuba estaba hirviendo. Esa misma tarde los dueños de los almacenes y la gente de la Resistencia Cívica empezaron a llamarme para decirme que la gente quería cerrar y hacer

una huelga; los patronos y los obreros, todo el mundo. Ahí sí es verdad que todo el mundo se puso de acuerdo, y empezaron a cerrar.

Por fin me pusieron a Rosario al teléfono. Entonces yo le dije: «Usted tiene que ir y fajarse de cualquier manera, con los dientes, de cualquier manera para que le entreguen el cadáver de Frank». Y ella, que es una mujer de un temple tremendo, arrancó para allá con una fuerza enorme.

Ya lo habían llevado al necrocomio cuando ella llegó, porque en los primeros momentos la gente quería llegar hasta el cadáver y hubo forcejeos con los guardias. Es que la reacción popular fue espontánea, muy poderosa, y desde ese momento se paró la ciudad, la gente se dedicó a ir donde estaba Frank. Entonces ellos entregaron el cadáver. Actuaron inteligentemente en ese momento; lo que hicieron fue replegar todas las fuerzas y acuartelarlas, mientras la gente se aglomeraba alrededor de la casa de América, que fue donde se tendió.

Allí se le puso el uniforme, porque Frank tenía dos vocaciones bien marcadas, pero yo diría que la primera era la de militar y la segunda, la de maestro. Yo insistí en que le pusieran el uniforme y la boina sobre el pecho, porque a él le gustaba mucho la boina y la usaba desde antes, y que le pusieran una rosa blanca sobre la boina y el brazalete del 26. Además, los grados de tres estrellas correspondientes al plan de los nuevos grados, que él estaba elaborando para mandárselo a Fidel.

El entierro fue una manifestación de todo el pueblo. Los centros de trabajo estaban cerrados, no había fuerzas públicas por ninguna parte y la ciudad entera estaba tomada por el pueblo. La gente que no iba al entierro tiraba flores a su paso, y hubo el caso de gente de la Marina que esperaron el entierro y se cuadraron cuando pasaba; fueron los que participaron, menos de dos meses después, en la acción de Cienfuegos (esto lo supe luego) [...].

[...] A la mañana siguiente llegaba el embajador de Estados Unidos, Smith, no sé por qué razón. Creo que la visita de él y de su mujer era para dar una apariencia de normalidad en la Isla o algo por el estilo.

Nosotros organizamos inmediatamente una manifestación de mujeres enlutadas para que fueran a pararse en el parque Céspedes, frente al Ayuntamiento, y que formaran mucho ruido. Todo el mundo se vistió de negro y se fue para allí. Se fajaron con la Policía. Gloria Cuadras mordió a Salas Cañizares en un dedo, que casi se lo arranca. A todas les echaron agua con mangueras, y a Nuria García la galletearon. Y, además, la mayoría de esta gente no pudo ir al entierro porque se las llevaron presas, pero se consiguió dar un escándalo enorme. La esposa del embajador, que «no estaba acostumbrada» a ver esas cosas tan de cerca, se afectó al ver que la Policía golpeaba a las mujeres mientras ellas gritaban «¡Asesinos!». Ya por la tarde fueron al entierro. Había una situación de emotividad y de indignación muy grande. De verdad. Frank tenía mucho prestigio. Era jefe del Movimiento clandestino de acción en toda la Isla, no sólo en Oriente.<sup>21</sup>

A partir de ese día se desencadenó en Santiago y en Oriente un poderoso movimiento huelguístico. Faustino, otros compañeros y yo empezamos a hacer gestiones para apoyarlo desde La Habana, pero no fue posible que las huelgas se extendieran por la capital.

Por aquellos días escribí un trabajo en homenaje a la memoria de Frank<sup>22</sup> y también una carta a René Ramos Latour (*Daniel*), el 5 de agosto de ese mismo año. Éstos son algunos fragmentos de la misma:

<sup>21</sup> Véase revista *Santiago*, jun.-sept.1975.

<sup>22</sup> Véase en las páginas 269-270 de los Anexos.

[...] la responsabilidad de los que hemos tenido la oportunidad de trabajar junto a él es inmensa [...].

El trabajo clandestino se había enraizado tanto en la conciencia de nuestra generación y del pueblo de Santiago, que su caída hizo estallar como un volcán una serie de fuerzas incontrolables.

Él poseía tres cosas que no se daban fácilmente: habilidad, exigencia y capacidad para la acción; esto, unido a su refinamiento espiritual, hizo de él un grande de nuestra Historia.

[...]

Frank poseía un espíritu militar con formación y vocación revolucionarias, como las que Cuba necesitaba para hacer de aquel gran impulso algo dirigido y definido [...].

Demasiado caro está pagando Cuba por derrocar a esta banda de carniceros [...].

Y concluía, diciéndole a Daniel:

Tenemos que seguir y seguiremos. Hemos seguido. Ojalá que el destino nos permita a todos sus amigos conjuntamente suplir un poco su gran ausencia [...].

Desde agosto viví en el 1606 de la Avenida Primera de Miramar, en el hogar de Luis Buch y Conchita, su esposa. Desde allí mantuve estrechos contactos con casi todas las direcciones provinciales y municipales del Movimiento 26 de Julio y sostuve relaciones con diversidad de personas; sin embargo, la Policía no logró descubrirnos.

Durante mi estancia en La Habana, puse en marcha junto a Faustino la reorganización del Movimiento en todo el país; la Resistencia Cívica se hizo más combativa.

Faustino y yo estuvimos relacionados con lo que iba a ser la sublevación del 5 de Septiembre en la ciudad de Cienfuegos. Meses antes, Haydée había tenido vínculos con el proceso

que se incubaba en la base naval de la Perla del Sur. Siempre se decía que la Marina, especialmente en esa ciudad, tenía influencia revolucionaria desde los tiempos de Guiteras. Este núcleo de las Fuerzas Armadas fue el que más se acercó al Movimiento 26 de Julio, incluso algunos enviados suyos estuvieron en contacto con Frank País, desde meses antes.

A Julio Camacho Aguilera le iba a corresponder la representación del Movimiento en la ciudad cienfueguera, ya que era coordinador en la provincia de Las Villas.

En La Habana nos quedamos esperando acciones similares de la Marina de Guerra. Los marinos cienfuegueros se abrazaron con el pueblo, al frente del cual estaba el Movimiento 26 de Julio, el día histórico del 5 de Septiembre de 1957. Como se conoce, aquella acción heroica no pudo tener en los mandos superiores de la Marina de Guerra la repercusión a que se aspiraba. Daniel, en carta a Fidel, describió las acciones:

Santiago de Cuba.

Septiembre 15, 1957

Alejandro

[...]

Septiembre 18

[...]

En una reunión celebrada en La Habana a fines del mes de agosto se definieron los planes a realizar. La Marina comenzaría la acción en cuatro puntos: Habana, Cienfuegos, Santiago y Mariel y una vez iniciada la acción en forma simultánea, nuestros hombres debían tomar una emisora de radio (Cadena Nacional) y leer una alocución donde se informaba al pueblo de Cuba del alzamiento de las Fuerzas Armadas y se pedía a nombre de ellas y del Movimiento al pueblo y a todos los cuadros nuestros, poner en juego la

Huelga General para apuntalar la acción y llevar a cabo sabotajes y la lucha armada que provocara indefectiblemente el final del régimen. Nosotros pusimos como condición para producir la alocución que la acción debía haberse iniciado con anterioridad en La Habana; es decir, que mientras no se escucharan los primeros cañonazos de las fragatas, la alocución no sería leída.

Previamente habíamos hablado con todos los responsables provinciales señalándoles cuál era la acción a realizar por parte nuestra y cuándo teníamos que llevarla a cabo. Por falta de coordinación en la fecha escogida por la Marina, que fue primero el 5 y más tarde el 6 (esto estaba supeditado al número de fragatas en puerto), y por no avisar los responsables de la Marina a Cienfuegos el cambio de fecha, se produjo el desastre cuyas consecuencias padeció directamente la población de esta ciudad.

El alzamiento se produjo en Cienfuegos 24 horas antes de la acordada. Tomaron el Distrito y dieron amas a los militantes del Movimiento y al pueblo en general, dominando totalmente la ciudad a las 10 de la mañana del día 5.

El gobierno envió refuerzos de Santa Clara (varios tanques) y desde La Habana. Comoquiera que las fuerzas sublevadas y los civiles armados se diseminaron por toda la ciudad tomando posiciones, los aviones procedentes de La Habana ametrallaron indiscriminadamente la población y bombardearon algunos lugares, entre ellos un cayo que fue utilizado por los rebeldes como refugio y donde no quedó nada en pie.

Una vez recuperada la unidad por el régimen con un balance de numerosos muertos que le era desfavorable, comenzaron a exterminar a cuanto marino, policía o civil que ellos pensaran había participado en la acción.

Los relatos de los que estuvieron allí son macabros, al punto que lucen exagerados o fantásticos. Sin embargo, la amarga realidad es que estos malvados han evidenciado claramente que no han de detenerse ante nada para sostenerse en el

poder. Han querido aprovecharse de la férrea censura de prensa y de la supresión de garantías para ocultar el alzamiento de la Marina (ellos tienen que hacer ver que fueron civiles vestidos de marinos) y el anetrallamiento y bombardeo indiscriminado de una población, caso insólito en la Historia de América. Sin embargo, la verdad se ha abierto paso a través de toda la Nación, que mira con horror este hecho vandálico y monstruoso.

Como es natural la conspiración descubierta y frustrada sembró el pánico dentro de la camarilla gobiernista y puso en evidencia un sinnúmero de movimientos similares que se estaban gestando dentro de los organismos armados [...].

Hay alrededor de 90 oficiales detenidos y la confusión es enorme dentro de las Fuerzas Armadas.

Unido a estos hechos se produjeron diversas acciones por nuestros cuadros en La Habana, Santa Clara y Santiago fundamentalmente [...].

Te abraza

Daniel

Faustino continuaba trabajando para abrir el frente del Escambray. Después de la fuga se podía pensar que lo más prudente era mi incorporación a la Sierra; sin dudas, para mí el peligro en el Llano era mayor, pero desde antes, yo había convenido con Frank en trasladarme a Santiago para laborar allí en la organización del Movimiento. Ahora, tras su muerte, debía marchar a Oriente con más razón.

En septiembre de 1957 viajé en auto desde La Habana a Santiago de Cuba con Luis Buch, su esposa, y Yeyé. A lo largo del trayecto tuvimos varias paradas de rutina para chequeo, pero no me bajé del auto y pudimos arribar a la capital de Oriente sin ser reconocidos.

Al llegar a esta ciudad me reincorporé a los trabajos de la organización y a los contactos con la Sierra. En una reunión en que estuvimos presentes Faustino, Daniel, Vilma, Haydée y yo, se decidió que asumiera la coordinación nacional en el Llano, con sede en Santiago de Cuba, porque era en esa ciudad desde donde se podía mantener un contacto directo con la Sierra, y para la organización interna resultaba el mejor lugar.

Emprendimos este esfuerzo apoyados en el trabajo de los meses anteriores, el cual, como ya se conoce, se había realizado bajo la inmediata dirección de Frank País.

Por esa época escribí varias cartas a Fidel: el 16 de octubre envié una para explicarle todas las decisiones tomadas en la citada reunión; con fecha 8 de noviembre le hice llegar un material con informaciones de lo que estábamos haciendo y planeando; recuerdo que se encontraba un documento valorativo de la situación política, tal como la apreciaban los funcionarios de la embajada de los Estados Unidos; en la del 22 de noviembre le comentaba lo referido a la ejecución de Cowley. Al respecto le decía:

[...] El ajusticiamiento se estuvo preparando celosamente durante meses [...] el éxito de la acción ha causado gran revuelo y alegría al punto que la gente brindó en bares y cantinas por el acontecimiento. ¡Qué desgraciado tiene que ser un país que tiene derecho a brindar por la muerte de un jefe militar [...].

Cuando Fidel salió hacia México, en julio de 1956, pensaba que éramos el grupo mejor intencionado del país, el que tenía más acción y unidad de propósitos, pero al fin y al cabo éramos sólo eso, un grupo. Sin embargo, ahora me daba cuenta de que gracias al heroísmo de la Sierra, al sabotaje, la

agitación y otras tareas en el Llano, nos habíamos convertido en mucho más que un grupo; en realidad ya representábamos la Revolución.

Para subsistir como instrumento organizado en el Llano teníamos que mantener una disciplina rígida y severa. El sentido de orden y organización no son antagónicos con los términos democracia y libertad. «Disciplina o sanción grave» era nuestra alternativa.<sup>23</sup>

El sabotaje y la quema de caña, bajo la máxima de: «No habrá zafra con Batista», se extendieron especialmente por Oriente y todo el país. Eran formas de lucha contra la tiranía, que los combatientes del Movimiento 26 de Julio empleábamos, sin armas para defendernos de las acciones de los agentes del régimen.

Para fines de noviembre de 1957, el Movimiento tenía planteado realizar una intensa agitación estudiantil en todo el país, además de la «Semana de la resistencia»,<sup>24</sup> comprendida entre el 30 de noviembre y el 7 de diciembre. Enviamos una persona a los Estados Unidos, con la finalidad de garantizar que para conmemorar el desembarco serían denunciados públicamente, en un documento firmado por varias madres de cubanos asesinados y en nombre del 26 de Julio, todos los crímenes cometidos por la tiranía desde el 10 de marzo.

Los cuadros de la Dirección, para garantizar nuestro primer deber, la retaguardia de la Sierra, debíamos organizar a los obreros, la Resistencia Cívica, estructurar los cuadros provinciales y municipales con verdaderos revolucionarios, que conjuntamente con el Ejército Rebelde garantizarían el cumplimiento de nuestro programa.

<sup>23</sup> Véase la Circular no. 1 al Militante, en la que se hace referencia al tema, en las páginas 271-273 de los Anexos.

<sup>24</sup> Véase el texto de una proclama del Movimiento a los Estudiantes, en la página 274 de los Anexos.

Una mañana, en el local de la Asociación Católica de Santiago de Cuba, estábamos reunidos con dirigentes sindicales del Movimiento 26 de Julio y de la Resistencia Cívica cuando se oyeron portazos en la casa vecina. Hasta allí había llegado la represión, con Salas Cañizares al frente. Uno de los responsables de la Asociación se acercó a nosotros y nos dijo: «Quédense tranquilos, que diremos que ésta es una reunión que comúnmente hacemos aquí». Nuestro amigo, que me conocía, no me distinguió en ese momento. Sólo al minuto siguiente, cuando se percató de mi presencia allí, se dio cuenta de que la audacia era ya lo único con que contábamos para escapar. Para poder lograr mi objetivo, en la precipitada huida tuve que lanzarme por un muro de varios metros de altura, y al caer en aquel «bendito» patio me quedó afectada una pierna, al punto que casi no pude caminar durante varias semanas. Inmediatamente vi al compañero Octavio Louí (*Cabrera*), quien me ayudó a tomar el auto. Había conseguido escapar, una vez más...

Por esa época, Haydée y yo vivíamos y teníamos la sede de nuestro trabajo clandestino en el hogar del doctor Ortega y su esposa Eva Magi. Inmerso estaba en mis labores organizativas y de orientación al Movimiento, cuando una tarde del mes de octubre llegó Luis Buch, quien nos traía una complicada información.

En síntesis, la novedad que nos traía era que en Estados Unidos se había creado la llamada Junta de Liberación, conocida también como Pacto de Miami. Estaba formada por representaciones de los Auténticos, Ortodoxos, Directorio Revolucionario, estudiantes y supuestamente el Movimiento 26 de Julio y basada en la pretendida unidad de éstos.

Los miembros de la Junta planteaban que la misma se instituiría para coordinar las fuerzas opositoras y formar un gobierno, una vez derrotada la tiranía. Pero lo cierto es que ésta fue organizada sin la participación del Movimiento 26 de Julio en Cuba. En el Llano conocimos del asunto por la misma vía que llegó al pueblo de Cuba, por la información pública y, concretamente, por una copia mimeografiada que trajo Luis Buch.

Las bases de la unidad fueron publicadas por la prensa extranjera, con anterioridad a nuestro conocimiento y decisión sobre las mismas. No existía ninguna razón o justificación para que los miembros de la Dirección en Cuba conociéramos de este lamentable asunto por la prensa, como un hecho consumado.

Con fecha 26 de octubre, enviamos una carta de réplica en nombre de la Dirección Nacional a los que firmaron el Pacto, representando al Movimiento, pues lo hicieron, como se sabe, de manera inconsulta.

En este sentido, les aclarábamos que ningún miembro del Comité del Exilio podía considerarse con facultades para adoptar acuerdos importantes, sin haber consultado a los integrantes de la Dirección Nacional en Cuba. El que así obraba se arriesgaba a la completa desautorización.

En la carta, naturalmente, transmitimos no nuestra indignación personal, que por supuesto existía, sino la inconformidad y la intransigencia del Movimiento, expuestas con razones objetivas.

Inmediatamente, los compañeros de Santiago orientamos a Buch trasladarse a Miami para desautorizar la Junta. De igual forma habían obrado Faustino y los compañeros de La Habana, quienes también estaban indignados frente a semejante situación. Se designó a los compañeros Mario Llerena y Raúl Chibás para que se mantuvieran exclusivamente como

observadores, sin que esto implicara ningún tipo de compromiso. Pensamos que la formulación pública de la denuncia debía hacerla Fidel.

Para rechazar la supuesta unidad planteada en Miami era necesario escoger a un presidente, que asumiera su función tras el derrocamiento de la tiranía. Resultaba indispensable seleccionar a una persona representativa de la oposición a Batista, que garantizara el cumplimiento del programa del Movimiento 26 de Julio. Sin embargo, todos, sin excepción, estaban comprometidos con alguna tendencia política del pasado.

Nos reunimos con la Dirección del Movimiento 26 de Julio, en Santiago de Cuba, y señalamos la necesidad de proponer un presidente provisional de la República, que fuera nuestra respuesta. Nos pareció una buena opción el magistrado de la Audiencia de Oriente, Manuel Urrutia Lleó, quien había votado en favor de los combatientes del 30 de Noviembre. Teníamos que consultarle si él estaba de acuerdo y en disposición de que se lo propusiéramos a Fidel.

En casa del destacado médico santiaguero doctor Jesús Buch Portuondo, nos reunimos Luis Buch y yo con Manuel Urrutia. Él nos dijo que estaba decidido a aceptar y que haría todo lo que el Movimiento le orientara.<sup>25</sup> Le pregunté si estaba interesado en analizar antes este asunto con alguna persona de su confianza, o con su familia, y me respondió que no era necesario. Entonces le comuniqué que trasladaríamos la proposición a la Sierra y que cuando ésta se hiciera pública ya él tendría que estar fuera de Cuba.

<sup>25</sup> Manuel Urrutia Lleó asumió al triunfo de la Revolución la presidencia de la República e inmediatamente demostró incapacidad en el ejercicio de esta alta responsabilidad y presentó obstáculos para la aplicación de las medidas revolucionarias. A mediados de 1959, ante el reclamo popular presentó su renuncia y luego abandonó el país.

Por ese motivo, a mediados de noviembre de 1957, subí de nuevo a las montañas en compañía de Tony Buch, quien trabajaba junto conmigo. En esa oportunidad nos sirvió de guía un campesino llamado Vallejo.

Llegamos hasta las estribaciones de la Sierra, donde pasamos la noche, y luego, durante varias horas a caballo y a pie, marchamos hacia las montañas. Tras un largo viaje, me encontré con Fidel y el grupo guerrillero. Allí estaban Raúl, Celia, Almeida, Ramiro, Guillermo y Ciro Frías, entre otros compañeros; el Che no se encontraba porque había sido designado para operaciones en otra zona. Estuve más de un mes con la tropa guerrillera; allí analizamos todos los detalles del Pacto de Miami y tratamos varios asuntos importantes. Fidel redactó un documento respuesta,<sup>26</sup> en el que fijaba nuestra posición de firmeza radical ante aquellos hechos. En la Sierra se hizo un acto con todos los combatientes y se leyó el documento a la guerrilla, que luego enviamos al Llano con Tony Buch para su publicación. Este documento tuvo una indiscutible trascendencia histórica en la lucha.

Acompañando la declaración de Fidel, le remiti esta carta a Luis Buch:

19 de diciembre de 1957

Mi querido Mejías:

Ahí va esa bomba de profundidad. Fidel coincidía plenamente con la tesis más radical. Estaba sin embargo de acuerdo en plantear lo de Urutia y toda una serie de proposiciones tendientes a llevarnos al Gobierno equidistante.

<sup>26</sup> Me refiero al Manifiesto a la Nación, que aparece en las páginas 275-283 de los Anexos.

Queremos hables con Urrutia y le expliques todo. Dile en nuestro nombre que Fidel y el Movimiento desean que él acepte aunque las demás organizaciones se opongan. Que en todo caso él siempre debe quedar como nuestro candidato a la Presidencia provisional de la República. Este documento se hará público el día 26 de diciembre. Es por esto necesario que Urrutia salga antes de Cuba. Creo ya salió. ¿No?

Por aquí se está muy bien, hemos ganado grandes batallas y hay zonas completamente dirigidas en todo sentido por nuestras fuerzas.

Esperando que pronto hablemos de nuevo...

Te aprecia,

Alfredo <sup>27</sup>

Asimismo le envié en carta<sup>28</sup> a Manuel Urrutia las decisiones que se habían adoptado en la Sierra.

Pasé la Navidad de 1957 y esperé el año 1958 en las montañas de Oriente. Pocos días antes de partir, Fidel me describió la forma en que se iba a producir la victoria. Me dijo que faltaría aproximadamente un año para derrotar a Batista. Y, en efecto, así sucedió.

<sup>27</sup> Seudónimo que comencé a utilizar por esa fecha.

<sup>28</sup> Véase el texto de la carta en las páginas 284-285 de los Anexos.

## VIII

### 1958: desde la cárcel

**E**n los primeros días de enero, lleno de planes para continuar la lucha, bajé desde las legendarias montañas a mi puesto en el combate. Iba junto a Javier Pazos, Tony Buch (que había regresado a la Sierra), y el campesino Vallejo.

Hicimos el recorrido a caballo hasta la base de la cordillera, y luego en un jeep la carretera Bayamo-Manzanillo. Estando allí, el carro que nos conducía tuvo serias averías mecánicas y fuimos a pedir ayuda a una casa campesina. De esta forma, logramos llegar hasta la ciudad de Bayamo, donde tomamos un tren que cubría el itinerario de Manzanillo a Santiago, pero a mitad del camino, por el antiguo y ya desactivado central Oriente, en una parada que hizo el gascar, cerca de Palma Soriano, se apareció un cabo del Ejército y nos arrestó como sospechosos.

Enseguida nos trasladaron a un cuartel cercano y desde éste hasta Palma Soriano. Los cuatro compañeros íbamos con unos poquísimos guardias. Era de noche y me pareció que en medio de aquellos campos, aunque arriesgado, resultaba posible huir; por eso le insinué mediante señas al resto

del grupo mis intenciones: arrebatar las armas a los custodios y escapar, pero ellos no lo consideraron razonable. No calculo lo que hubiera podido ocurrir, mas no se puede descartar que la operación tuviera éxito. Del cuartel de Palma fuimos llevados al calabozo de un viejo fuerte, en las afueras de Santiago de Cuba.

Al detenerme no me reconocieron. Entonces yo operaba con el nombre de Alfredo y disponía de un carné del Colegio de Maestros de Santiago, donde aparecía como tal. Pasados unos días decidí que más seguridad podía ofrecirme decir quién era. De todas formas, correría riesgo, pero quizás fuese mayor si pensaban que se trataba de algún desconocido. Aunque fui golpeado, al no darme en el rostro, ni en ningún lugar visible, pensé que no me iban a matar.

En el calabozo estuvimos varios días. Puedo precisar que el 23 de enero me encontraba en aquella celda, porque de una radio lejana escuché la noticia del derrocamiento del dictador venezolano Pérez Jiménez. Tal alegría produjo aquel acontecimiento, que me alentó en la lucha que estábamos sosteniendo, pues lo odiaba tanto como a Fulgencio Batista.

René Ramos Latour (*Daniel*), en carta a Fidel, explicándole todo lo referido a la captura,<sup>29</sup> le decía:

Fidel:

Aprovecho este correo que se nos ha presentado de momento para hacerte unas líneas relatándote en parte lo sucedido. A las 8 de la noche del día 10 se presentó aquí el chofer que había acompañado a Darío<sup>30</sup> y Tony en las dos ocasiones.

<sup>29</sup> Sobre la detención véanse también los testimonios de Carlos Amat y Rosita Casañ, tomados de la citada revista *Santiago* y la colaboración especial de Luis Buch, en las páginas 286-289 de los Anexos.

<sup>30</sup> Otro seudónimo que utilicé en la clandestinidad.

Contó que cerca de las 12 de ese día, llegando a Bueycito, se descompuso el jeep rompiéndose una pieza.

Los 5 bajaron y se dirigieron a una casa cercana donde fueron atendidos solícitamente por los campesinos. Y sigue diciendo que luego Tony se acercó a él y le ordenó que fuera a Bueycito o Bayamo y adquiriera la pieza y, que una vez reparado el carro, siguiera para Santiago, que ellos se irían en tren y posiblemente llegarían aquí antes que el propio chofer. Así lo hizo y cuando regresó le informaron que habían tomado un camión que pasaba y partido con dirección a Bayamo; que los campesinos les habían recomendado no permanecer allí pues 5 miembros de esa familia estaban presos.

Al ver que llegaron los trenes esa noche sin que arribaran Darío y demás, comenzamos a alarmarnos. Nos comunicamos con Bayamo para que comenzaran a investigar. Enviamos también al chofer con 2 personas que conocían nuestros contactos en Bayamo, Yara y Manzanillo y pusimos a trabajar a todos aquellos que nos mantienen informados de las actividades internas del régimen. De todas partes nos reportaban normalidad, pero a pesar de la intensa búsqueda, no aparecían. A la 1 de la noche (del día 12) supimos que habían detenido a Javier Pazos -y a otra persona importante- ocupándoseles documentos. Desde ese mismo momento se inició la movilización de todas las personas que podían evitar que sucediera lo peor. Se avisó a La Habana y de ahí al extranjero. A las 8 de la mañana del propio día 12 se estaba produciendo una llamada de Felipe Pazos pidiendo garantías para la vida de su hijo. Alrededor de las 2 de la tarde se recibe la orden, dada a Chaviano por el propio Batista, de respetar la vida del hijo de Pazos, pero que había que matar a Armando Hart como a un perro; que simularan un combate en los alrededores de la Sierra. No tengo que decirte lo que significó aquella sentencia horrible para todos nosotros. A mí, particularmente me costó mucho trabajo serenarme y no cometer una locura.

Al mismo tiempo que presionábamos a las Instituciones, a los cuerpos consulares y a la ciudadanía con toda la verdad y haciendo pública la orden, nuestros muchachos lograron tomar con éxito una emisora local que transmitía un mitin de los liberales e interrumpiendo el programa se informó al pueblo que Armando estaba preso y que Batista había ordenado matarlo simulando un combate y se exhortaba a la ciudadanía a que se prepararan para la lucha.

Con todo este barraje de resistencia de masas e instituciones, el general se vio en una seria encrucijada, imposibilitado de llevar a cabo la acción rastreadora que se proponían.

Esta mañana una emisora de La Habana dio la noticia de que habían sido arrestados en Santiago de Cuba tres líderes revolucionarios destacados. Supongo que esto obedezca a una petición mía a Fausto de que una cadena nacional denunciara los hechos.

Ahora me informan que la orden ha sido revocada; que Chaviano trasladará a los detenidos para La Habana. Una persona allegada a él y que ha actuado maravillosamente bien, pudo entrevistarse esta mañana con el flamante «generalito» y éste le dijo que los tenía a los tres; que estaría negando a todo el que intercediera por ellos que estuvieran presos; le dijo inclusive que el embajador norteamericano Smith había dirigido varios telegramas pidiendo se le informase en qué lugar estaban los detenidos, que él contestó diciendo: que no los tenía, que todo era un cuento. Le confesó además que había golpeado mucho a Armando por ser tan fresco; que Hart era un atrevido.

Hasta aquí, a grandes rasgos, lo sucedido durante el transcurso de estas horas amargas que hemos vivido.

Teníamos el propósito y aún lo mantenemos si las circunstancias o la situación de Armando se agrava, o sucede lo peor, de calorizar la reacción que puede producirse, probablemente similar a la que trajo por consecuencia la muerte de Frank; si esto se produce nos lanzaremos a la lucha, pues no podemos cruzarnos de brazos y permitir que nos

asesinen todos nuestros valores, que nos arranquen las reservas preciosas de la patria futura.

Si llevan a cabo el crimen y el ambiente es favorable, decidiremos el problema de esta época de una vez.

Chaviano dice estar enterado de planes futuros. Habla de que se va a poner en práctica la guerra en el Llano. Dice que ellos no cuentan ahora con ejército suficiente para contrarrestar esa acción, pues tienen los soldados en los ingenios hasta el día 19. De ahí en adelante, según él, se enfrentarán a nosotros en el Llano, cosa que les agrada al parecer.

Aguardo con ansiedad tu respuesta. ¿Hacías referencia en alguna carta a la guerra total que yo propuse llevar a cabo? Espero puedan rehacer todos los trabajos perdidos.

Dicen tener direcciones, sobre todo de La Habana. Ordenaron detener a los hermanos Sorí Marín y registrar una clínica del Vedado, en la calle 19.

De todo esto sólo podemos llegar a una conclusión: si hemos logrado evitar la muerte de Armando y demás compañeros, nos habremos anotado un triunfo gracias a nuestro servicio de información, a nuestro poder para movilizar la ciudadanía y a nuestra penetración en todos los sectores del país, que habrán impedido ejecutar una sentencia del Dictador [...].

Daniel

Más adelante, Daniel hacía referencia de otros temas y explicaba a Fidel la gran resonancia nacional e internacional del Manifiesto frente al Pacto de Miami, así como su acogida favorable por parte de los militantes del Movimiento 26 de Julio.

La solidaridad de nuestros combatientes del Llano y la movilización de la opinión pública me salvaron la vida. Daniel orientó la ejecución de las tareas con tal precisión que logró el objetivo y se obtuvo una victoria sobre la tiranía.

Escribo estas líneas cuarenta años después, con gratitud eterna a todos los que se interesaron, esforzaron y lograron evitar el crimen; de manera muy especial a los entrañables combatientes del Movimiento 26 de Julio, simbolizados en Daniel, y a los amigos de la Resistencia Cívica.

Daniel<sup>31</sup> cayó en acción de guerra en la Sierra Maestra, meses más tarde. Su vida revolucionaria es de las que me recuerdan la observación del periodista Herbert Matthews, cuando afirmó que Batista no sabía el tipo de hombre que se le estaba enfrentando. Sin ese tipo de Hombre no se hace una Revolución.

Aunque un principio de seguridad aconsejaba que cualquier documento comprometedor fuera por distinta vía a la de los combatientes, nosotros llevábamos una valiosísima carga de papeles y fotos, que fueron ocupados por los guardias de la tiranía y de los cuales el régimen sacó provecho.

Entre éstos se encontraba el borrador manuscrito de una carta que preparaba para el Che. Se la había leído a Fidel, quien me había orientado no enviarla, pero de todas formas cometí la imprudencia de guardarla entre aquellos papeles. Siempre me he recriminado haberla llevado encima y que todo esto les causara molestias a Fidel y a Raúl.

Abordaba en esas cuartillas mi punto de vista sobre los criterios del Che respecto a algunos dirigentes del Llano. El debate se relacionaba con las ideas socialistas que en él ya habían cristalizado y que en muchos de nosotros, los del Llano, estaban en proceso de formación, no exentas de contradicciones y dudas.

<sup>31</sup> Véase el trabajo que Faustino Pérez escribió sobre Daniel, en 1958, en las páginas 290-291 de los Anexos.

A la vez, no podía dejar de influir el hecho de que para evaluar una revolución nacional liberadora, la procedencia y posiciones de sus cuadros, pesaban en el pensamiento socialista, a escala internacional, concepciones que no se ajustaban a la realidad de nuestros países e historia.

Lo trascendente del asunto se halla en que gracias al genio de Fidel, la Revolución Cubana, de la cual el Che fue uno de sus grandes artífices, estaba ya en la práctica muy por encima de aquellas discusiones. Mientras debatíamos el proceso revolucionario que juntos promovíamos, iba dejando atrás las raíces de estos diferendos.

A pocos meses del triunfo de enero, el Che, con su talento excepcional, entendió con mayor rigor que cualquiera de nosotros, los fundamentos de los problemas por los que atravesaba el movimiento comunista internacional, las maneras de enfrentarlo y enriquecerlo teóricamente con la experiencia tercermundista y latinoamericana.

A partir de 1959, entre los más importantes colaboradores del Che estuvieron compañeros de gran responsabilidad en el Llano.

Nunca estos matices afectaron el respeto que cada uno de nosotros sentía por el Che; por el contrario, su prestigio fue creciendo con los años, hasta que se convirtió en uno de los símbolos más altos de la lucha revolucionaria en el mundo.

Recuerdo que cuando un funcionario del consulado norteamericano en Santiago de Cuba, con quien el Movimiento 26 de Julio tenía alguna relación, leyó los párrafos de la carta a la que me referí anteriormente, y que fue publicada por el Ejército, se dirigió a Haydée y le dijo: «¿María, cómo Jacinto ha escrito esto?» Para aplacarlo, ella le respondió: «Pero si

ataca a Stalin...». Entonces, el norteamericano le señaló: «Eso no es el fondo de lo que se dice, fíjate bien...».

Preso yo, asumió la coordinación nacional del Movimiento el compañero Marcelo Fernández.<sup>32</sup>

Del calabozo del viejo fuerte, en las afueras de Santiago de Cuba, me trasladaron para el cuartel Moncada y estuve ante Alberto Río Chaviano, el asesino de los moncadistas. Increíblemente, a mí no me recibió con violencia, incluso me dijo que si quería podía recibir a mi esposa. Le pregunté con ironía: «¿Y usted sabe quién es mi esposa?»...

A los pocos días, estaba ya en la prisión provincial de Oriente, conocida también como la cárcel de Boniato por su cercanía a este pueblo. Estuve allí el resto del mes de enero y hasta julio de 1958, con un amplio grupo de presos revolucionarios.

Ya a principios de febrero, cuando el momento era de una pública e intensa agitación nacional, me llevaron a la Audiencia de Oriente, con total protección policíaca, al punto que me custodiaba un inmenso tanque. Tal «seguridad» me hizo sentir muy honrado, pues con ella mostraban el temor que sentían a la fuerza del Movimiento. Fui condenado de nuevo en los tribunales.

El documento con el informe contentivo de los expedientes policíacos y judiciales que se confeccionaron al efecto, es una muestra de cómo en el ejército de Batista se carecía de capacidad de análisis. Teniendo en su poder pruebas de mi participación en la lucha en la Sierra, fundamentaron la acusación en el hecho de que el tal maestro Alfredo había sido asesinado por los rebeldes. La torpeza e ineficiencia de aquellos cuerpos represivos «ayudaron» a la Revolución.

<sup>32</sup> En medio de las complejidades de la lucha, desempeñó con acierto la responsabilidad hasta después del triunfo de la Revolución.

Para aquella farsa de proceso judicial preparé esta respuesta:

Dedico este documento a los abogados de mi Patria, a mis profesores de la Universidad y a los funcionarios judiciales dignos, que siempre han inspirado el respeto que merecen los hombres de Ley.

Alegato de defensa ante el Tribunal de Urgencia de Santiago de Cuba [...]

Señores:

[...] Hay dos medios de hacer valer los derechos: la discusión y la fuerza. El primero es propio del hombre; el segundo, de las bestias. Pero si se quiere que el hombre no se sirva de las armas, es preciso tratarlo como a un hombre.

La discusión frente a la fuerza, el entendimiento frente a la voluntad inconsulta, el derecho frente al poder físico. El hombre frente a la bestia. He ahí, señores, los dos grandes gigantes de la historia que hoy como tantas veces en nuestra revolución política, se disputan la hegemonía en nuestro país y cabe decir en toda América Latina. He ahí los protagonistas de la gran batalla en que estamos empeñados y que tienen a la tierra oriental como principal escenario. He ahí la esencia de toda la pugna política cubana. Este procedimiento, como todos los de su naturaleza, es un simple episodio, un accidente sin importancia dentro de esa batalla, en la que ha de decidirse si Cuba puede vivir en libertad y en justicia. Ustedes han tomado una posición, nosotros hemos adoptado precisamente la contraria. Nada nos une ya, desde el punto de vista jurídico, porque aquellos residuos de la legalidad que hace meses hacían posible la aplicación formal de la Ley escrita en ciertos casos, han desaparecido completamente con el incremento del terror gubernamental, con la llamada Ley de Emergencia Nacional y con la propia reorganización de los Tribunales de Urgencia. No puedo ha-

blarles en nombre de la Ley, ni en nombre del Derecho, porque Ley y Derecho tienen para ustedes y nosotros muy diferentes significados. No puedo representar la farsa de la defensa jurídica, cuando nuestros compañeros están cayendo en los campos y ciudades, por sostener que en Cuba no hay Derecho, ni Justicia.

No vengo a demandar justicia, porque ella la estoy procurando por la vía constitucional y viable de la rebelión. Ni ustedes pueden dárme-la realmente ni éste es un tribunal de justicia, sino un organismo burocrático de la tiranía. Ustedes no son jueces, sino agentes de la represión y el crimen. Ustedes no son funcionarios de carrera, sino delegados personales del tirano. Son ustedes y no nosotros, los que han de responder ante los tribunales de la República.

Ustedes y los que como ustedes, a título de abogados o en nombre falsamente de la cultura, tratan de darle ropaje legal al régimen ilegítimo, son más responsables que los que vistiendo uniforme mantienen al gobierno, porque muchos soldados y oficiales pueden tener la excusa de un concepto equivocado de disciplina y orden, pero ustedes, que estudiaron Cívica en el Instituto y Derecho en la Universidad, no tienen pretextos, ni excusas. Ustedes son incluso más miserables que los asesinos, porque el crimen tiene causas psicológicas, culturales, sociales y económicas, que la medicina legal y la política criminal deben contemplar; pero ustedes delinquen a plena conciencia, no están movidos por la pasión sectaria, por la locura o cualquier otro atenuante. Ustedes están agrediendo a la Ley y al pueblo a sabiendas de todo el mal que están causando, de la gravedad del delito que están cometiendo y con el único fin mezquino de ganarse unos pesos.

Sólo quiero decir bien alto, todo lo alto que se me pueda oír, que seguiremos luchando hasta vencer o morir, puesto que no es honra que se renuncia, ni deber al que se deserta, el de servir a la causa de la dignidad. Condéñeme, que yo sé de antemano que ustedes no pueden hacer otra cosa.

Condénenme, que llevaré con honra esta nueva ilegalidad cometida contra mí.

Condénenme, que yo seguiré luchando con todas mis fuerzas, por ver prevalecer los principios de derecho y libertad. Doy por concluido el trámite legal de mi defensa.

¡Viva Cuba libre!

Durante esas semanas, los presos de La Habana e Isla de Pinos hicieron una huelga de hambre en contra de las medidas arbitrarias dictadas por los carceleros. En solidaridad, organizamos la nuestra en la cárcel de Boniato y estuvimos varios días sin probar bocado. Así declaramos nuestra adhesión a la huelga:

A los presos políticos, civiles y militares de todo el país.

Al pueblo de Cuba:

Anunciamos al pueblo que desde hoy, domingo 16 de febrero, a las 6 de la tarde, nos hemos declarado en Huelga de Hambre, en solidaridad con la justa demanda de los presos políticos del Castillo del Príncipe.

En nombre del Movimiento 26 de Julio, hacemos un llamamiento a todos los presos políticos, civiles y militares a que se declaren también en huelga de hambre, en apoyo a este movimiento de protesta cívica.

Exhortamos también al pueblo cubano, a sus instituciones cívicas, culturales, religiosas y representativas, a la prensa, a los colegios profesionales, a los trabajadores, estudiantes y demás sectores del país a movilizarse públicamente en defensa del sagrado derecho de Habeas Corpus, conquista de los pueblos en su lucha contra el despotismo y la tiranía.

El gobierno ha impedido por la violencia que se ejecute una resolución del Tribunal Supremo. Es que, como en tiempos de la monarquía absoluta, este régimen mantiene a los ciudadanos encarcelados durante más de un año sin ser juzgados.

Como quiera que se trata de una arbitrariedad demasiado evidente, violenta y concreta del fundamento jurídico en que se asienta nuestra manera de pensar, es que se debe producir una amplia movilización nacional, a la vanguardia de la cual estarán los presos políticos del Castillo del Príncipe y los que en solidaridad con ellos nos unimos en este movimiento de huelga, en todas las cárceles de la República.

¡Todos a la defensa de un derecho que ha costado siglos de luchas y sacrificios! ¡Todos a apoyar a los presos políticos del Vivac de La Habana!

Presos políticos de la cárcel de Boniato

Cada día iba creciendo la agitación contra el régimen. Estaban vigentes las «garantías constitucionales», y se escuchaban por la radio las noticias de las largas cadenas de acciones y sabotajes que se producían, así como de la presencia activa de los combatientes de la Sierra.

En la cárcel leí muchos libros de Historia de Cuba, hermosas narraciones de la Revolución Francesa y siempre a Martí. Conversé mucho con Javier Pazos, quien tenía una formación marxista y establecí una gran amistad con Julio Camacho Aguilera, a quien habían trasladado hasta allí desde la cárcel de Santa Clara. En unión de otros compañeros organizamos a los presos revolucionarios.

Repasando las circulares, las cartas y los decretos<sup>33</sup> que habíamos preparado para promulgar, a partir del 30 de Noviembre, se pueden conocer el contenido de las ideas y sentimientos de los combatientes del 26 de Julio en la década del cincuenta. Estos documentos son la prueba de que marchá-

<sup>33</sup> Véanse los decretos que bajo el título «Proclama revolucionaria de la Sierra Maestra», íbamos a promulgar luego de las acciones del 30 de Noviembre, en las páginas 292-297 de los Anexos.

bamos a un enfrentamiento con el imperialismo, y de que la idea de la revolución social había penetrado en los combatientes del Movimiento 26 de Julio de forma radical.

Fuera del país se tejió la historia de que nuestro proceso podía haber derivado hacia una revolución burguesa. A los que tal cosa han pensado, les invito a que reflexionen sobre las consecuencias de la aplicación de todo nuestro programa.

Solamente la promulgación y la aplicación rigurosa de las leyes complementarias de la Constitución de 1940, significaban una oposición radical a los intereses de la oligarquía nacional y el imperialismo. Baste decir que en ella se disponía de la abolición del latifundio. La composición social de los cuadros más representativos de la Dirección y de los combatientes de filas no era burguesa; pertenecían a las masas trabajadoras, a las capas medias, en su mayoría de escasos recursos, a los campesinos pobres y a los desempleados.

En la cárcel de Boniato viví un acontecimiento trascendental para nuestra lucha: la huelga de abril de 1958. Ésa es la fecha más significativa de la lucha revolucionaria del Movimiento 26 de Julio en el Llano. Su análisis nos lleva a caracterizar el papel y la influencia ejercida por el claudestinaje en la guerra de liberación y a esclarecer históricamente lo que se quiso decir cuando se habló de la Sierra y el Llano.

La huelga no era simplemente la intención de un grupo o de varios de ellos. Resultó el intento de todo un pueblo por derrocar la tiranía y establecer el poder revolucionario. Se tomaron varias medidas para asegurarla, entre otras, tener suficientemente fortalecidos los cuadros obreros del 26 de Julio para asumir la responsabilidad de plantear la integración de los comités de huelga, con orientaciones muy precisas, en tal sentido.

Entre los comités de huelga por una parte y el Movimiento de Resistencia Cívica por la otra, se vertebraría todo lo referente al paro general cuya propaganda se haría como tal, pues lo que perseguíamos no era solamente la huelga obrera, sino la paralización completa del país. Todo esto iba acompañado de un plan de acción que debía precipitar el paro general.

No voy a extenderme en los numerosos hechos que tuvieron lugar en aquellos momentos. Sólo diré que por los meses iniciales de 1958 y hasta el momento mismo de la huelga fue creciendo la rebeldía popular; el movimiento de masas y las acciones de sabotaje cobraron fuerza inusitada a lo largo y ancho del país, y el propio día de los acontecimientos se produjeron hechos rebeldes en las más diversas regiones de la nación.

El auge de la protesta cívica creció de tal forma que la dictadura tuvo que suspender las «garantías constitucionales» y «la libertad de prensa» con que hipócritamente se trataba de vestir. Entonces, pensé en mi celda que era el momento de declarar la huelga.

Para situar el 9 de Abril en su justo lugar, resulta imprescindible subrayar la existencia, como ya he señalado, de dos escenarios donde se desarrolló la lucha revolucionaria cubana en los años 1957 y 1958, y que cada uno de ellos proyectó, de forma diferente, la naturaleza del proceso que transcurría.

Tales diferencias hay que analizarlas en el marco de un movimiento de cambios y ajustes prácticos, que se van reflejando en la visión de los revolucionarios que buscan un camino certero en la lucha contra el enemigo. En la Sierra, la visión de los guerrilleros fue desarrollándose de una forma que condujo a la victoria. En las ciudades, los cuadros y combatientes fuimos generando una concepción que condujo al desenlace del 9 de Abril.

Éste fue el resultado histórico de una estrategia gestada en el Llano a partir de la huelga en las ciudades, para con el golpe decisivo de las Fuerzas Armadas en las montañas, provocar el derrocamiento de la tiranía. Tal estrategia no resultó válida para alcanzar el objetivo planteado, y más tarde sucedió a la inversa. Con el avance de las tropas rebeldes se derrumbó el régimen, y posteriormente la huelga general consolidó la victoria popular.

Con independencia del énfasis que en cada uno de los escenarios señalados se le daba a la acción, a través de la cual se produciría la victoria, para todos estaba claro que eran la insurrección armada de las masas, la huelga general revolucionaria, el programa del Movimiento 26 de Julio y el liderazgo indiscutible de Fidel los que servían de fundamento a la Revolución.

Meses más tarde, el 3 de octubre de 1958, desde la Sierra Maestra, Faustino me escribió esta carta:

Compañero y hermano:

Quiero hoy sacudir la pereza de mi pluma para hacerte la carta que hace tanto te debo. Desde los días aciagos en que caíste preso quería expresarte toda la preocupación y la angustia que nos invadió, y a todo el Movimiento, por tu suerte en las garras de los esbirros y por lo que significaba para nosotros tu captura. El Movimiento iba entrando en una etapa de consolidación revolucionaria, seguía contando con un respaldo de opinión pública creciente, en lo militar su fuerza se multiplicaba y en lo organizativo sus cuadros se iban perfilando con características más definidamente militantes. Faltaba lograr una más completa integración direccional, una orientación más sistemática y un cuerpo doctrinal y programático más completo y preciso.

Tu viaje y estancia en el Territorio Libre nos hacían concebir la seguridad de poder dar a tu regreso un formidable impulso a la consecución de tales logros. Fecundo tenía que re-

sultar el análisis y discusión de todos los problemas relativos a la Revolución y al Movimiento por quienes como ustedes al lado de extraordinarias capacidades, llevaban la consciente impaciencia y voluntad de plantearlos, definirlos y realizarlos. No en balde pudo salir de aquellas circunstancias un documento de tanto colorido revolucionario y alcance histórico como la carta a la «Junta de Liberación». Por otra parte teníamos además el antecedente de tu vibrante actuación al frente de la coordinación del Movimiento, donde dejaste en muy breve tiempo una huella brillante y fructífera. Pero ocurrió lo peor en el mejor momento. Quedamos de nuevo un poco en la indigencia direccional. Aunque el Movimiento demostró su fuerza al impedir tu asesinato, y esto fue ya otra victoria que operó como un nuevo estímulo para continuar, las cosas no pudieron ser después como hubieran sido con tu presencia orientadora y vigorizada por el viaje, pero había que continuar el esfuerzo y llevamos a Zoilo, el que menos haría sentir tu ausencia, a la responsabilidad que tú tenías. Yo seguí convencido de la necesidad de darle a La Habana una atención especial, regresando a la misma, y con el concurso decisivo de todos los compañeros, creo que llevamos al Movimiento a su «Etapa de Oro» en la Capital, cuyo punto culminante puede señalarse entre el secuestro de Fangio y el manifiesto de los 21 puntos, salido de una reunión en la Sierra en momentos de gran efervescencia revolucionaria en el Llano. Todos coincidimos en que el grado de organización alcanzado y el estado de clima ambiental, aconsejaban estimular el desenlace de la Huelga General. Había cristalizado un paro estudiantil total y espontáneo. Nos dimos a la tarea de trabajar con vistas a las fechas álgidas de 1 y 5 de abril señaladas en el Manifiesto, que parecían operar como una prolongación de la agonía de un régimen con convulsiones de moribundo. Nosotros opinamos que la fecha mejor era el lunes 31 de marzo, pero al plantearlo a los compañeros de Santiago, éstos consideraron la conveniencia de esperar unos días más, naciendo de

ahí la fecha del 9 de Abril. Fue uno de los primeros errores que contribuyeron a un fracaso que no tuvo por qué ser. Los otros, más graves aún, consistieron en los mecanismos tácticos inadecuados y contraproducentes que pusimos en práctica para convocar y producir la huelga. Así vimos después muy claramente, cómo una organización que alcanzó un aceptable grado de eficiencia, no funcionó porque no le dimos oportunidad.

Mantuvimos en secreto la fecha acordada en supuesto beneficio de la acción de las Milicias, e hicimos un llamamiento fugaz por varias emisoras, a una hora, las 11 de la mañana, en que sólo algunas amas de casa oyen radio, y en una fecha en que ya la «ola climática» iba en franco descenso. Sorprendimos a nuestros propios cuadros organizados (obreros, de Resistencia, estudiantiles y hasta de acción) y al pueblo todo que se fue enterando por distintas vías y en forma irregular, de un llamamiento de cuya procedencia no estaba bien seguro; y que de haber sido lanzado como consigna 48 horas antes, movilizándolo a la organización toda, habría operado como un formidable elemento de agitación y saturación previa y necesaria. Todo ello, sumado al resultado sólo parcial del sabotaje a los servicios públicos y a otras causas menos visibles e inmediatas, dieron al traste con una posibilidad cierta que debió ser definitiva. Así se «pasmó» la huelga en La Habana y sus consecuencias trágicas han sido incalculables. Porque no sólo se había frustrado una oportunidad más de derrocar la tiranía y quedaban de nuevo las calles de la Capital y el suelo de toda Cuba empapados de sangre generosa, sino que dejó en la opinión pública y hasta en muchos dirigentes revolucionarios, la impresión falsa de que la estrategia mantenida hasta entonces de Huelga General e Insurrección Armada no era la correcta tomando cuerpo hasta entre nuestra militancia el clamor de la unidad y la tesis de la guerra de los ejércitos. Personalmente sentí una gran responsabilidad por todo aquello, y experimenté como

un desgarramiento interno que ninguna otra circunstancia difícil había logrado. No quedaba ilesa mi sensibilidad ante la caída de tantos esforzados combatientes, promesas en crecimiento que se pierden para la obra de creación futura y realidades necesitadas de la lucha presente. Por no citar más que a los que tuvimos más cerca, en muy pocos días perdimos a Fontán, Alcides Pérez, Mingolo, Sergio, Marcelo, Pepe, Alemancito, Lucero y para colmar la copa tu hermano, nuestro hermano Enrique, a quien como tú has dicho lo mató su dinamismo. Ese ser lleno de vitalidad inquieta y desbordante, llevaba siempre tensa la cuerda de la acción. En su órbita no podía haber nada estático ni muerto. Era como el «Agua Fuerte» para probar el «oro puro» y desecharlo el falso. La Revolución sentirá su ausencia, y nosotros, junto al dolor de no tenerlo, el acicate de su ejemplo y de su fibra. El fracaso, con sus consecuencias trágicas, la conciencia de los errores cometidos, y de otras culpas y debilidades íntimas, dejaron en mi espíritu profunda huella, y con el alma destrozada, partí para la Sierra heroica con mis convicciones un poco a la deriva. Me había creído más fuerte y ello me hacía más débil. Pero esta Sierra es salvadora. Ha salvado a la Revolución de ser aniquilada y salva a los espíritus enfermos de la muerte. Respirar el aire libre de la montaña oxigenada, vivir a plena naturaleza, ejercitar el músculo y la voluntad con el esfuerzo de la vida difícil y el sacrificio pleno, vibrar de nuevo en la emoción de combatir por la libertad en un escenario donde se cae iluminado por el sol y se recibe el abrazo de la tierra agradecida; eso desintoxica, estimula, mejora, recupera y vivifica. Como la sombra al cuerpo me seguía tercamente el pensamiento, quizás si con un poco de amor propio, de que La Habana calumniada y problemática era capaz de responder, y que yo podía y debía lograrlo. Pero se impuso la tesis de los cambios y del Ejecutivo en la Sierra y para aquí volví con Daniel, Mario y Franqui, que con Fidel lo integraríamos. Un mes casi estuve en el difícil viaje para

llegar a la Comandancia General, en momentos cruciales para la Revolución. La dictadura envalentonada por el fracaso de la Huelga pensó que era su momento para acabar con el baluarte de la Sierra, y a ese empeño concentró sus fuerzas, desatando una ofensiva de fantásticas proporciones. Penetraron bien a fondo en las montañas y cada día el cerco de los «cascos» se cerraba. La situación llegó a parecer bastante crítica. Pero la razón y la justeza de las causas operan como levadura moral que agiganta el espíritu de lucha y multiplica las fuerzas invisibles, y esa realidad, que operó en los hombres del Ejército Rebelde, a veces conscientemente y en los más por intuición y contagio, produjeron con el genio estratégico de Fidel el milagro o mejor la proeza extraordinaria de convertir para nosotros una situación difícil en extremo, en resonante triunfo y para ellos una victoria fácil en vergonzoso desastre militar. No sé si la cortina de rejas y silencio que les separa del exterior les habrá permitido conocer los sucesivos partes militares emitidos por la Comandancia General durante la ofensiva y cuyo contenido en veracidad, fuerza y belleza informativa y orientación política, revelan la gran capacidad, sinceridad revolucionaria y madurez de líder, de Fidel [...], su extraordinaria capacidad de trabajo y su poderosa intuición. Pues bien, el resultado final de la ofensiva puede sintetizarse así: más de 500 armas ocupadas incluyendo morteros 81 y 60, bazookas, ametralladoras pesadas, parque en buena cantidad, más de 400 prisioneros y heridos que entregamos a la Cruz Roja Internacional, hecho de incalculables consecuencias militares, políticas y humanas. Varios centenares de muertos del enemigo, 27 bajas nuestras y 50 heridos sin un solo prisionero. Precipitada fuga del resto de las fuerzas de la tiranía de toda la Sierra y el Llano colindante. Consolidación y ampliación del Territorio Libre, ofensiva inmediata de múltiples columnas rebeldes que ya invaden las provincias occidentales. Desmoralización creciente del ejército de Batista, con focos de insubor-

dinación masiva. Recuperación creciente del espíritu de lucha en las ciudades. En verdad, jamás creí en la posibilidad de lo que he visto, y ése es uno de nuestros principales errores de apreciación al considerar la Sierra como un gran foco de rebeldía con extraordinaria importancia simbólica, pero sin calcular sus posibilidades militares. Aún recuerdo que le dije a Fidel cuando vine con Matthews que lo importante era que ellos no pudieran ser destruidos, que se metieran en el fondo de una cueva, pues bastaba que se supiera que él permanecía para nosotros poder hacer el resto en el Llano. Hoy me alegro de que no me hiciera caso. [...] Un día trágicamente significativo para el Movimiento, perdimos a Daniel. Fue el día 30 de julio, al cumplirse el primer año de la caída de Frank, era la única baja nuestra en el penúltimo combate de grandes proporciones durante la ofensiva, en la antesala de la Victoria que él en primera línea había contribuido a forjar. Fue una baja más, que Cuba, estoy seguro ha llorado en silencio. Porque no puede concebirse que un carácter entero, un revolucionario cabal, un hijo generoso, dé su vida por la madre que sufre sin arrancar sus lágrimas. A nosotros se nos fue otro hermano y sentimos que cada vez es más pequeño nuestro corazón. Mi papel en todo este proceso de la ofensiva fue más el de espectador activo que el de protagonista directo. Ahora comienzo a ejercitar mis limitadas capacidades al frente de la Administración Civil del Territorio Libre (A.C.T.L.). Creo que será de valor altamente positivo y sintonático, que aún en pleno fragor de la lucha, el movimiento nuestro ya su empeño en organizar con dinámica revolucionaria, la vida colectiva del territorio que domina, en defender y estimular los intereses e inquietudes legítimos del pueblo, en promover y poner al servicio popular las posibilidades de creación y de riqueza que las circunstancias permiten y la naturaleza y el esfuerzo ofrecen. En dar muestras de la responsabilidad y proyección que nos animan y de lo que se puede hacer en Cuba con todos los recursos del poder en manos de la Revolu-

ción. Durante la ofensiva quedaron en suspenso las actividades no relacionadas directamente con lo bélico, pero al desplazarse la guerra, ya se atienden múltiples aspectos de las necesidades de la población campesina. Ya tenemos diseminadas por todo el territorio múltiples escuelas, hospitales y juzgados. Una cárcel (Puerto Malanga) con un régimen penitenciario cuyo sentido humano, higiénico y de utilidad pública son en este medio insuperables. Una Escuela de Reclutas dirigida por Aldo, el digno hermano de sus hermanos, con unos 400 alumnos en estos momentos, donde se forjan soldados-ciudadanos, donde se atiende además del aspecto militar, el educacional y médico.

Se organiza al campesinado y se estimula, en fin, toda labor o empresa que contemple la utilidad y mejoramiento de la vida campesina. Si por encima de las naturales dificultades y escasos recursos, y en medio del silencio augusto y elocuente de estos montes, logramos plasmar en hechos visibles nuestros anhelos, me sentiría satisfecho. Mientras las indómitas columnas rebeldes penetran en el corazón de las provincias para sacudir el andamiaje y ya maltrecho soporte de la tiranía, van llegando al corazón de estas montañas a refugiar sus capacidades de creación y de trabajo muchos valiosos compañeros.

No podrás imaginarte cuánto te extrañamos cuando discutimos de tópicos de interés revolucionario, político y humano. Me alienta el pensamiento de que en definitiva contaremos con el aporte que Cuba y su Revolución esperan del poder creador de tu mente inquieta y laboriosa. Muchos amigos y compañeros valiosos hay ahí a quienes deseo llegue mi saludo fraternal, pero vaya una mención especial para Mario, el dialéctico de la organización y romántico de Calabazar, de donde ya nos falta Enrique, el amigo por revolucionario, y Pepe, el revolucionario por amigo. Pero el espíritu de Calabazar no debe morir jamás. A Orlando Fernández lleve también mi abrazo de «amigo desde el primer encuentro» y la convicción de que lo que él representa y piensa

para Cuba, debe ser la misma cosa que lo que nosotros queremos, pensamos y representamos: La Revolución.

Y ya va resultando esta carta demasiado extensa. Sólo una referencia familiar más. De los tuyos sólo he sabido que algunos andan por Caracas y otros por Miami y todos bien. De los míos te diré que soy papá de otra preciosa criatura (según la madre) que llevará por nombre Nélica. Los otros dos cachorritos me dicen que están bien y extrañando mucho a papá, que esconde las nostalgias de la ausencia en los recodos de esta tierra accidentada, abonada por tanta sangre, estreñecida por tanta lucha, donde palpita tanto anhelo, donde sostiene la esperanza.

Te abraza,

Fausto

El 24 de diciembre de 1958, desde la cárcel de Isla de Pinos, profundamente conmovido le respondí:

Querido Fausto:

Tengo tu carta guardada celosamente porque en ella sintetizas, con esa claridad, sencillez y belleza con que puedes expresar lo más profundo, algo que es un trozo de nuestra historia, pedazo de nosotros mismos y que yo considero de un valor en experiencia y conocimiento de nuestras virtudes y errores como pocos o ningún acontecimiento de esta época tan llena de grandes acontecimientos. No quiero hablarte de eso, de todo el proceso pre y post abril porque mi carta se haría interminable, ya que el mes de abril de 1958 significa para mí doctrina, pensamiento, estrategia, táctica política, y significa sobre todo la injusticia y la crueldad. Baste sólo decirte ahora, que en mi concepto tú saliste más grande y más fuerte que nunca de ese proceso, y hubo errores y éstos no pueden afectar particular-

mente a nadie porque habría que analizar y profundizar en toda la estrategia y significado del 26-7 para comprender por qué las cosas ocurrieron como ocurrieron. Lo que entonces ocurrió o dejó de ocurrir, los acontecimientos de febrero, marzo y abril, sus errores y sus grandezas no corresponden a nadie en especial, sino que son errores y grandezas de nuestra misma esencia y naturaleza de nuestra generación revolucionaria, dispuesta a todo o nada, que hoy, con mayor fuerza y poder, con la seguridad de vencer, enarbola para su gloria, para su dicha más legítima porque responde a una exigencia histórica, los que contigo tienen el privilegio, tan envidiado desde aquí, de poder gozar de los acontecimientos de estos meses llenos de un dolor que sólo se equilibra con la grandeza sin igual de las páginas que están ustedes escribiendo. Para mí puedo decírtelo con la convicción de quien todo lo somete al pensamiento, no creo que haya mejores posibilidades históricas de realizar lo que queremos. Y sobre todo porque, sinceramente, cada día Fidel se agiganta más y porque estoy seguro de que Cuba le va a deber mucho su felicidad de mañana a la más saludable decisión del Movimiento, a la integración de la Dirección en la Sierra y al íntimo contacto de todos ustedes, porque sólo la integración revolucionaria puede salvar a Cuba y puede ser lo que nos justifique y nos explique ante esos que ya no vivirán más que en el recuerdo y en el sello de la obra que nosotros construyamos.

Ahora estoy remitiendo, por tu conducto, a todos los compañeros de la Dirección algunas divagaciones sobre ciertos problemas básicos para nuestro Movimiento. Estas líneas, la carta que hice a la Dirección después de abril y otros papeles que me requisaron en Boniato constituyen lo esencial de lo que he venido meditando en este año [...]. Comprobarán desde luego que algunas de estas ideas no son más que la expresión escrita de lo que siempre he sostenido, en ocasiones con poca habilidad, pero siempre con fir-

meza, y que he de mantener cuando salga de aquí porque en ellas está a mi juicio la clave de nuestro triunfo y la justificación de nuestra conducta. Hay también otras ideas que no tenía antes bautizadas, y es, Fausto, que he comprobado al analizar lo que pienso y siento que soy, lo que no creía ser. He cambiado también en un aspecto fundamental: necesitamos de cierta forma definimos. Así nos vamos a ganar el respeto aun de aquellos que más lesionemos con definiciones, si sabemos plantear las cosas y desenvolver nuestros pensamientos a tono con los requerimientos de la táctica política. He llegado a una conclusión que ya te comentaba en el Vivac: la madurez consiste en comprender la inmadurez de los demás para poder desenvolver el más maduro y exigente pensamiento. Pero ni la madurez puede consistir en pasar por alto lo que somos y lo que debemos ser, ni tampoco decirlo de una manera demasiado ríspida o precipitada que provoque la reacción violenta de mucha gente inmadura. Y, Fausto, en Cuba hay demasiada gente inmadura. No he visto fuera del Movimiento gente con verdadera madurez. En ocasiones, juzgando desde lejos he creído que se encontraban aquí o allá y cuando he tropezado con esas personas que suponía muy maduras, muy experimentadas, me he encontrado la flojedad, la falta de rigor en todos los aspectos.

[...] Nuestra generación es la que tiene que hacer los próximos 25 años. Sólo quiero subrayarte que todas estas ideas no están ni precisadas, ni aclaradas, como deberían estarlo. Hubiera querido revisarlas y completarlas, pero le temo a una requisa, y en estos días he tenido yo, particularmente, varias. Además, aunque no están lo suficientemente perfiladas dichas ideas, ustedes me entenderán porque hablamos siempre el mismo lenguaje. Yo seguiré por mi parte tratando de avanzar más en este trabajo, que se compone de esta introducción general y de algo sobre el punto 5 (el instrumento de masas) y que deberá continuar con un análisis pomenorizado de los diez puntos completos.

Aquí hay muchísimos compañeros de gran valor revolucionario, algunos que tú conoces, otros que conocerás [...]. Tenemos también a Quintín, que es de primera clase, y que todos estos compañeros, la mayoría de los cuales han pasado más de un año presos, han logrado aprovechar este tiempo, y ten la seguridad de que van a reportar una fantástica utilidad cuando la indignación producto de la impotencia puedan canalizarla en el gran vehículo de nuestra generación. Estoy en sesión permanente con Mario, que para tu conocimiento personal ha avanzado y madurado revolucionariamente en estos dos años extraordinariamente. Además de Quintín, Carlos y Aldo Santamaría, a Mario se debe muchísimo la formidable organización y disciplina que se ha mantenido aquí. A conversaciones y discusiones con él se deben muchas de las ideas del escrito que les mando. Él te envía un abrazo. Quiero decirte que nuestro Instituto de Adoctrinamiento[...], lleva el nombre de Enrique y funciona como él hubiera siempre deseado que funcionara: a plenitud de esfuerzo. Este Instituto de Adoctrinamiento ha hecho una labor de integración que la hemos visto funcionar en la práctica cuando se han presentado los problemas que siempre se presentan en toda organización humana, pero que son superados cuando se actúa revolucionariamente. No quiero hacer ésta más larga, sólo me resta decirte que te debo un abrazo especial por lo de Nelidita. De Nélida sé a menudo por Aurora; de mi familia ya sabrás que toda ella está fuera de circulación. La revolución la ha arrastrado en la vorágine que no porque sea justo y correcto desde un punto de vista histórico, deja de ser cruel y de causarme daño desde un punto de vista personal. A todos allá y a Aldo, que debe considerar esta carta también dirigida a él, vayan el cariño y los recuerdos de quien te repito, les envidia, tu hermano

Armando

Pd: Recuerdos especialísimos a Celia.

Este recuerdo imborrable de lo que fue la huelga del 9 de Abril muestra la estrecha unidad alcanzada entre todos los revolucionarios de la Sierra y el Llano.

En ambas cartas se hace referencia a que el día 21 de abril murió mi hermano Enrique. El Movimiento lo había nombrado jefe de acción y sabotaje, en la provincia de Matanzas. Ese trágico día se hallaba en una casa de la calle Yara, en el reparto Cumbre, de la ciudad yumurina, preparando unas bombas para su empleo generalizado en la insurrección y les explotaron los artefactos que destrozaron su vida y la de los jóvenes combatientes Carlos García Gil y Juan A. González Bayona.

Mi hermano ofrece la imagen del combatiente revolucionario de la etapa insurreccional, que pude apreciar en otros muchos compañeros durante aquellos años. Desde el mismo 10 de marzo, nos identificamos políticamente y comenzamos a relacionarnos con los grupos más activos, sobre la base de una doble condición: que se mantuvieran firmes las posiciones insurreccionales contra la tiranía, y que no estuvieran responsabilizados con el gobierno derrocado, ni con los partidos tradicionales de oposición.

El cuartelazo lo situó de súbito y sin que vacilara un segundo dentro de la vanguardia combatiente. Aquel día estaba de vacaciones en casa de unos tíos, en Trinidad, y tan pronto escuchó por radio la noticia hizo las maletas, regresó a La Habana y empezó a interesarse activamente por la lucha contra la tiranía.

Él mismo me brindó la explicación de este hecho. Me dijo que antes del golpe no veía solución a la situación de Cuba, pero que el cuartelazo le había abierto al país el camino de la Revolución. Recordé entonces que meses antes, él se había burlado de los máximos dirigentes ortodoxos porque no habían convertido el entierro de Chibás en un movimiento encaminado a la toma revolucionaria del poder.

Fue uno de los jóvenes que acudieron a la Colina en aquellos memorables días después del golpe, aunque debe decirse que sus vínculos más fuertes no eran universitarios, porque desarrolló relaciones más estrechas con los trabajadores bancarios y después con los del Movimiento.

Para Enrique la posición insurreccional contra el gobierno era una cuestión de principio. El problema clave de la definición política había pasado a ser la insurrección popular y la independencia política.

Se unió como todos nosotros a Fidel y al Movimiento 26 de Julio, pues fue allí donde encontró el lugar exacto para encauzar su rebeldía y sed de justicia social. Con las posibilidades que abría la jefatura política de Fidel y con el ansia de acción que existía dentro de las masas juveniles y trabajadoras, Enrique se convirtió en uno de los hombres más intrépidos y audaces del movimiento clandestino.

En 1956 viajó durante unos meses a Estados Unidos. Durante el tiempo que permaneció allí estuvo trabajando como obrero de una factoría y cuando regresó a Cuba volvió más anticolonialista que antes. Éstos son algunos de los recuerdos más queridos de aquel hermano que murió por sus ideales y convicciones, y a quien, como le dije a Faustino una vez, lo mató su exceso de dinamismo. Murió luchando por desarrollar la insurrección popular, con un odio profundo hacia el medio político y social burgués, con un claro sentimiento anticolonialista y con la idea muy firme de que ésta era la Revolución de los trabajadores y los explotados.

En aquellos tristes días de abril de 1958, desde la cárcel de Boniato, escribí a mi familia:

Queridos Todos:

Nada, nada justifica. Sólo la crueldad y el desequilibrio con que por raro designio del destino la naturaleza muestra a los hombres la existencia de un amor y de un equilibrio, que

escapa de nosotros, puede explicarlo. En nuestra comprensión finita es absurdo el espectáculo de tanto mediocre, de tanto gusano vivir a tientas, vivir a medias, que no es vivir, mientras los dotados de vida plena mueren precisamente por querer vivir.

Murió porque nació para vivir en todo lo ancho del mundo nuestro. Murió porque era más ancho que el mundo. Murió porque sintió, pensó y sobre todo porque actuó. Amante de lo grande, apasionado, que según Martí son los primogénitos en una sociedad llena de trabas y mezquindades, tuvo que ser heroico para vivir.

¡Infeliz del pueblo que en ciento cincuenta años ha necesitado para avanzar lenta y penosamente de millares y millares de cadáveres! Lo más grande de Cuba en toda su Historia ha muerto en el campo de batalla. Otros pueblos más dichosos han sido gobernados por sus grandes.

Y lo triste no son ya los cadáveres, sino que Cuba necesita de ellos. Ha sido una necesidad la inmolación de miles de cubanos para mostrar que la patria martiana de esta segunda mitad de siglo no está compuesta por vulgares materialistas. Hemos necesitado de su sangre para decirles a todos los pueblos que los cobardes y mediocres que tantas veces motivaron la ira de Enrique, no son nuestros representantes. Lo grave no está incluso en tantas muertes, lo realmente aterrador está en tanta pseudo-vida.

El pueblo está con nosotros. Si las grandes mayorías que sienten de verdad la causa de la libertad no encuentran fórmulas para reducir a la obediencia a los mediocres, si nosotros no somos capaces de desencadenar la ira latente de las masas, si no los desalojamos de todo el poder (poder he dicho, no gobierno), si luego de tantos sacrificios no logramos hacer prevalecer la justicia, si somos incapaces más tarde de encauzar y canalizar la vida cubana con arreglo a los principios de dignidad, decoro y derecho, que hubimos de aprender desde pequeños o que recogimos en la vida heroica de los que han entregado todo en pro del destino

histórico de Cuba, si nada de esto puede hacer nuestra generación, ésta, la de Enrique, entonces nuestra única honra será morir. Y más grave aún, no podemos equivocarnos porque como él bien decía, ésta es la última oportunidad que tiene Cuba de salvarse. La primera fue en 1902, la segunda en 1933, la tercera en 1944. Nuestra generación tiene la última oportunidad.

Vengar a Enrique será difícil. ¡Qué tremendo compromiso tenemos contraído! Recuerdo siempre una frase de Frank cuando murió su hermano: «Tenemos que llegar para hacer justicia». ¡Qué difícil será hacerla sin ellos!

Justicia no es odio infecundo, no es tiranía de nuestras ideas, no es parcialidad absurda. ¡Si nuestra idea es negación del absolutismo! Lo único absoluto es la libertad y lo que surja espontáneamente de su práctica diaria. Nuestra idea es predominio de la razón, del entendimiento cordial entre los componentes reales de la sociedad cubana. Justicia es elevar al *homo sapiens* a la categoría de Hombre; es darle a cada cual sus bienes y derechos; es hacer que cada cubano disfrute a plenitud de la herencia cultural y material de nuestro tiempo [...].

¡Este esplendoroso siglo del átomo y de los viajes siderales, con toda la fuerza de la ciencia al servicio de la inteligencia para mejorar al hombre, que en verdad es su único dios! El punto más alto de sus aspiraciones y pensamientos.

[...] Si con toda la experiencia acumulada en Sociología e Historia no logramos movilizar a cada cubano hacia la acción definitiva contra la tiranía, o si luego de su derrocamiento no podemos mantenerlos en movimiento hacia la emancipación de todas sus trabas, si tales cosas no podemos hacerlas, entonces no habremos vengado a Enrique. Si no adecuamos fórmulas de reformas políticas, sociales y económicas capaces de asegurar el movimiento continuo del cubano hacia la libertad, entonces no habremos vengado a Enrique. Si ahora o después, Cuba sigue en manos de los peores dotados, de la escoria del pueblo, entonces los

que queden de nosotros debemos salir del mundo por la puerta ancha.

Si por nuestra incapacidad, nuestra locura o nuestra ignorancia no encauzamos, ni hacemos valer tanta grandeza incendiada en este fuego inmenso, que por culpa de otros se desató, entonces los que queden deben quemarse también. Tal calamidad exigiría de los obligados a salvar el futuro de Cuba, de los comprometidos con el destino a resolver el conflicto de manera satisfactoria, de nosotros, la nueva generación cubana, un ejemplo de sacrificio total que ya acaso para muchos no lo sea. Habrá en tal caso que gritar, todo lo alto que tamaña desgracia exige, que esta generación no acepta el *Not to be*.

Si con la opinión pública, las masas juveniles y nuestra decisiva influencia, somos incapaces de cumplir la misión encomendada, entonces deberemos ser capaces de unirnos a la tragedia, de una manera definitiva, ya que no podemos unirnos a la gloria de salvar el legado histórico de los forjadores. Rabia es lo que sentí cuando me dieron la noticia, saben ustedes que es siempre brote espontáneo de rabia lo que produce en mí la sinrazón y el desajuste. Pero la impotencia justifica la rabia. Y de rabia quisiera morir si los que sienten la dignidad hasta el grado de determinar todos sus actos, no son lo suficientemente fuertes o inteligentes para imponerla. En tal caso creo que éste sería nuestro derecho. Nuestro único derecho y nuestro último deber.

¡Que nadie diga que Enrique y tantos más no pensaron! ¡Que nadie reduzca su vida al sentimiento! Le conocí como posiblemente nadie. ¡26 años durmiendo en el mismo cuarto! Seguro que a él debo lo poco exigente y radical de mi pensamiento. Era un crítico formidable. A veces me parecía que en su pasión por el análisis lo destruía todo y no se quedaba en nada. Entonces discutíamos hasta la pasión. Pero su pasión era por la lógica, por el raciocinio. Era de una fe absoluta en esos valores.

Yo que creía que la vida era mucho más amplia, ahora comprendo dónde estaba el punto de discrepancia. Los artificios y las mentiras (su peor enemigo), no sirven para nada en la vida y la política, cuando ésta y aquélla son esencialmente revolucionarias. Ahí radicaba toda la esencia y el fundamento de su actitud frente a la vida y toda su grandeza.

Odiaba a quien dijo la primera mentira; creía que ella había originado la segunda y creado toda la engañifa criminal que hace tan difícil el arte de gobernar y de crear. Creía que toda esa engañifa habría de ser destruida por la ciencia y por la técnica, que es más aplastante que las relaciones humanas. Quizás si lo que no hayamos comprendido todavía muy bien es que las relaciones humanas también tienen su ciencia y su técnica.

Sabía, sin embargo, que el punto básico de todo era la voluntad de creación (Gustavo le llama urgencias...). Y el empujón accional que dio a su vida fue el más claro ejemplo de tal convencimiento. Sabía de la utilidad del sacrificio; se sentía en la necesidad de hacer y cuando hacía acaso no se sacrificaba.

Era infatigable. Salía de una cosa para entrar en otra. Era un vértigo de acción, de trabajo. Cuando los hombres encuentran el modo de hacerse eficaces, se hacen incansables. Él lo encontró y halló así su glorioso e inmenso destino.

Creo que para los seis que quedamos [...] con este suceso, ha llegado la mayoría de edad. Para mí todo se inunda de Enrique. El mundo se me presenta grave. Lo que ayer era deber con Cuba y mi conciencia, anhelo de mi temperamento y amor a una gloria que sólo da el servicio a la causa humana, hoy es todo eso, pero algo más profundo también. Es deber para con él.

He de vivir para vengarle o para someterme a idéntico fin. Antes pensaba en esto último como un derecho, el que acaso no tendría fuerzas ni valor para ejercer. Hoy tal disyuntiva es mi primer deber en la vida. Un deber del que no se sale sin deshonra. Antes me consideraba con cierto derecho a la

retirada por cansancio, que deseaba nunca llegara. Hoy sólo me creo con derecho a vengarle o a seguirle. Ojalá tenga fuerzas y valor. De otra manera sería un ente despreciable. Todos tenemos también un deber muy especial. Dejé a quienes hay que educar como él. Sé que Mercy lo hará así. Es su compromiso con Enrique. A esos niños hay que prepararlos para jueces serenos y severos de toda la obra revolucionaria de los próximos 25 años. Hay que enseñarles a ser implacables con el error y la falsedad y apasionados admiradores del triunfo revolucionario más completo. Porque ahí estará la respuesta a una pregunta que ellos deberán hacerse: ¿Murió en vano?

Será nuestro deber educarlos como nos educaron a nosotros. Más que con palabras, que nunca faltaron, con el ejemplo que siempre estuvo presente. El honor, la rectitud de carácter, las buenas costumbres, la pasión por el saber, la consideración de que el primer valor de la sociedad es la Ley, pudieron forjar en Enrique un ideal que cobró fuerzas y formas en su espíritu independiente y soberano. Estas enseñanzas hay que trasmitírselas a sus hijos, como nuestro gran deber para con él.

Los cobardes están acusando a Papo de incitarnos. Los cobardes saben que mienten cuando le imputan actividades insurreccionales e imaginarias incitaciones, pero es que la cobardía no puede tolerar el espíritu de rectitud y decoro que sirviendo de base a una immaculada carrera de 33 años de funcionario público, nos sirvió también de ejemplo para enfrentarnos a los violadores de la Ley. Los cobardes no pueden resistir la dignidad y el valor con que Papo, en unión de otros, reclamó cesara la persecución ilegal.

Yo creo que en las actuales circunstancias para quien ha hecho de la administración de justicia el sacerdocio de su vida, esta acusación de los cobardes es el mejor de los premios. Miserables son los que cobardemente se han prestado a darle calor. Yo perdono la cobardía, pero cuando ella produce el crimen, o lo ampara, la República no puede perdonarla.

La canallada en gente de cierta preparación cultural es para mí el más grave de los crímenes [...].

[...] Y son éstos los verdaderos responsables de la situación, los sostenedores eternos de la sinrazón. Por culpa de ellos faltó la cohesión civil y republicana que en el momento del golpe o más tarde debió enfrentarse a la ilegitimidad. Y esa cohesión civil la hemos tenido que buscar por los ríos de sangre y por la destrucción. De ellos es la responsabilidad.

Ya casi terminada ésta, que fue más bien la explosión del sentimiento en los primeros momentos, llegó Mama con cartas de Marinita, de Martha, de Gustavo y de Fermín. Todas se confunden y dan lugar a mil respuestas y comentarios. Acaso algunos de ellos estén contenidos en lo anterior. El sentimiento, Gustavo, hace brotar las ideas con toda su claridad. Leo y releo las anteriores líneas y veo cómo en ellas surgen, más limpiamente de lo que nunca había visto, conceptos básicos de mi vida, que fueron también los de Enrique. En efecto, Gustavo, lo decente y lo moral es raíz fuerte y poderosa de lo revolucionario. Así fue él. Y la base de la moral está en la verdad. Era su pasión. En la correcta interpretación de la verdad y en el mecanismo funcional de la misma es donde el pensamiento surgido de esa raíz moral toma autonomía y carácter intelectual e independiente. Aquí comienza la influencia que tú has tenido en mí. Lo trágico de nuestras disputas es que no cabían diferencias. Digo trágico porque hoy y mañana, cuando armemos el rompecabezas ideológico, faltará él.

Quisiera conversar con todos. Empecé a escribirle a Martha y no pude seguir. Cuando me encuentro con su carta me surge la vida demasiado concreta y los hechos demasiado específicos para poder enfrentarme a ellos. Ya somos seis [...] has sintetizado en una frase toda la cuestión. Iba a escribirles aquí sobre detalles sin importancia, que ya desgraciadamente la tienen. Pero si yo no pude seguir escribiendo por ese rumbo tampoco hay derecho a que haga el esfuerzo para que ustedes sufran.

[...] Me he refugiado toda mi vida en el mundo de las concepciones y en la pasión por lo abstracto [...]. Pero tiene que ser así, porque cuando se siente pasión por una causa general, por un valor abstracto como es la justicia, todo hombre honrado debe darse a él ya que esos valores abstractos se traducen con el ejercicio de la acción revolucionaria en cosas muy concretas y vitales para la inmensa mayoría de los hombres. Y es honor a que no se renuncia y deber a que no se debe claudicar el de defender la causa del hombre. Esos valores abstractos (las ideas) surgen de la interpretación de los hechos concretos [...].

[...] No fui feliz, hasta que huyendo de mí mismo hube de encontrarme [...]. No ha sido para mí esta vida un sacrificio. El sacrificio ha sido para ustedes.

Tiene que ser así, porque pobre del que poseyendo pasión rebelde, rabia contra la injusticia y el atropello no encuentra un recurso, mecanismo de compensación para protegerse del dolor y de la angustia.

Hoy, huyendo una vez más, no hablo del Enrique que me hace llorar, sino del que me hace indignar por la injusticia del destino.

Mama, la carta de Marinita y de Martha, y el grito que dio Jorge en el velorio,<sup>34</sup> me traen de nuevo al Enrique que sí está muerto. Aquel con quien hace ya tantos años me daba de golpes y disputaba en riñas infantiles. De ése, aunque he querido en este momento, no puedo hablar. Parece que Gustavo tampoco quiso mencionarlo.

Piensen que seguramente para él tampoco fue un sacrificio su vida [...].

La vida llevada de la forma cotidiana puede ser deliciosa cuando no se tiene un temperamento trágico [...]. Gustavo, si la vida fuera como tú dices «una enfermedad», él murió de vida.

<sup>34</sup> Abajo Batista.

Ya a estas alturas, en la soledad y el abatimiento y encontrando yo en Yeyé sencillez y turbulencia en un solo cuerpo, he vuelto a hallar otra parte de mi vida. Esa que me ha hecho quererles a todos ustedes más y más. Esa parte de la vida que nunca he abandonado pero que se escondía para el exterior en la fibra más mía, estaba como no vista, no manifestada, ya que el amor a la causa de la dignidad humana, la pasión a la gloria por servir a la Historia todo lo modestamente que yo pueda, impedía que se proyectara. Pero no lo lograba, era imposible asesinarla.

Y hoy, al empuje despiadado de este golpe, sale desbordada en todo su cauce y me hace decirles que les quiero con toda el alma, que les necesito con toda el alma y que en ningún instante de mi vida han dejado de estar junto a mí.

Todos debemos sentirnos igualmente orgullosos. Cada cual ha tomado una línea de vida o ha de tomarla, acorde con los principios de dignidad y sinceridad, y si en algunos se dio más fuerte la pasión histórica, si se analiza a profundidad no es un sacrificio, pues cuando se sigue la línea del destino, el hombre no encuentra sacrificio. ¡Qué grande y feliz se debió de sentir al poder resistir! [...]

Les repito, verdaderos y legítimos sacrificados son ustedes y quizás si en el aumento de su pasión histórica encuentren el consuelo. Prueba inequívoca de que mi vida hasta aquí no ha sido un sacrificio sino mandato. Todos no nacemos con la misma fe, ni con idéntica pasión, ni todos debemos realizar idéntico trabajo. Pero los siete hemos sido fieles a las enseñanzas de que sólo en el trabajo creador está la legitimidad de la vida.

Ninguno de nosotros, hay que decirlo con orgullo, hemos sido pseudo-vida. A los ejemplos recibidos de Mama y Papo; al sacrificio verdadero de Papo (porque su carrera era su sacerdocio), vino ahora el sacrificio mayor, el imposible de igualar de Enrique. Hemos confirmado una vez más en nuestras conciencias el postulado de honestidad y carácter, que desde que tenemos uso de razón estamos respirando en el

ambiente familiar. Eso es lo que verdaderamente ha encolectado a los cobardes y mediocres que no conocen del valor de la virtud y de la grandeza del carácter. ¡Los pobres!  
Con toda el alma, de ustedes,

Armando

P.d. Escriban. Escriban todos y mucho. Lo que más necesito hoy es eso. Se puede hacer por correo con las limitaciones naturales de la censura. Vale.

En cuatro décadas no han cambiado mis concepciones éticas, políticas y filosóficas. Siempre recuerdo mis lecturas de adolescente: *Las fuerzas morales* y *El hombre mediocre*, de José Ingenieros. Son inolvidables aquellos párrafos en que recomienda a quienes tienen en el interior el resorte «misterioso» de un ideal «cuidarlo como ascua sagrada» porque si desaparece nos convertimos en «fría bazofia humana».

Para poder enfrentar las arbitrariedades y fortalecer nuestro propio espíritu tenemos que hacer crecer la solidaridad, el amor y la lucha por la justicia. La mejor manera que tenemos los hombres de ofrecer resistencia a los que «odian y destruyen», es exaltando en nuestros corazones a los que «aman y construyen».

La huelga había fracasado y se hablaba del exterminio de los compañeros de la Sierra. Aunque no creía en esto último, muchas de nuestras esperanzas estaban trucas.

Fue a verme a la galera un jenízaro de la tiranía, que se las daba de abogado y había adquirido el título en una universidad oficializada por el régimen, sin haber hecho nunca estudios jurídicos.

Me trasladaron a una oficina cercana para la entrevista con el esbirro; había un gran número de presos políticos que se amontonaron frente a las rejas pensando que me iban a matar; todos ellos luchaban por salvarme. Entablamos un debate en el que me llamó idealista, romántico y me dijo que no teníamos futuro. Sostuvimos una larga discusión sobre estos temas. Al final me condujo de nuevo ante mis compañeros. Ellos estaban ansiosos y preocupados por mi suerte. Yo avanzaba hacia la reja, pensé en mi hermano muerto, en el fracaso de la huelga de abril y en los compañeros caídos. Entonces, me volví hacia el esbirro y le dije: «Soy más feliz que usted».

El 23 de abril de 1958, un importante grupo de funcionarios judiciales de larga y sólida carrera profesional elevaron una denuncia al Tribunal Supremo<sup>35</sup> para reclamar que cesaran los crímenes que las autoridades venían cometiendo.

Para mi padre, el cumplimiento de la Ley constituía un principio moral y un eslabón esencial en la organización de la vida social. Por su probidad, que no tenía cabida dentro de una sociedad corrompida como aquélla, se le tildaba de «ingenuo» y «tonto», y esto se lo decían incluso con respeto a su persona. Muchas veces a los hombres que mantienen principios éticos se les tilda de «idiotas»...

Cuando el golpe de Estado de Batista sufrió mucho por la fractura que ello significaba para el ritmo constitucional de la nación. Aunque él no hubiera deseado que sus hijos corrieran los riesgos que suponía la lucha insurreccional, consideraba nuestra conducta como ética y legítima.

Su formación jurídica le hacía asumir con solidaridad el proceder de Enrique y mío. Fue tras la huelga de abril y el crecimiento escandaloso de los crímenes, a plena luz pública, que

<sup>35</sup> Véase el texto de la denuncia en las páginas 298-299 de los Anexos.

un grupo de funcionarios decidió hacer la citada denuncia al Tribunal Supremo. La respuesta fue la separación de sus cargos y del ejercicio de la carrera.<sup>36</sup>

Los principales compañeros del Llano marcharon a la Sierra tras la huelga de abril. El 3 de mayo, en Altos de Mompí, se efectuó una reunión estratégica para la lucha.<sup>37</sup>

Luego del encuentro, Haydée bajó a Santiago en cumplimiento de uno de los acuerdos: su salida al extranjero. Estando allí le informaron que yo me estaba sintiendo mal tras el fracaso de la huelga y la muerte de Enrique. Ramona Ruiz Bravo me visitaba con frecuencia y le contó de mi insistencia en una posible evasión, a pesar del control que tenían sobre mí.

Con gran audacia, Haydée resolvió ir a verme y se apareció en la cárcel a explicarme todos los detalles. Había tomado esta decisión sin consultarle a Daniel. Al llegar a la prisión dijo que era mi hermana Martha y la dejaron pasar. Me quedé paralizado cuando la vi llegar: había estado presa en ese mismo lugar, se encontraba clandestina, bajaba de la Sierra para marchar a una misión en el extranjero y fue al presidio a contarme todo aquello y a despedirse. Sólo el inmenso valor que tenía hizo posible que realizara aquella acción.

Haydée aceptó salir al extranjero por tratarse de una petición de Fidel. Lo único que solicitó fue que le permitieran escoger sus propias vías para cumplir la misión. Habló con Daniel

<sup>36</sup> Mi hermana Martha y su esposo Fermín Portilla marcharon a la Sierra en noviembre y se incorporaron al Tercer Frente Oriental hasta el fin de la contienda. Mi padre, mi madre y otros hermanos tuvieron que salir al extranjero hasta el triunfo de la Revolución. A su regreso, mi padre fue nombrado magistrado del Tribunal Supremo; con posterioridad asumió la presidencia de dicho organismo. En los finales de su carrera, a propuesta de Fidel, se le otorgó la Orden Nacional José Martí.

<sup>37</sup> Yeyé le pidió a Luis Buch que fuera a verme a Boniato y me informara de la reunión. Véase la colaboración ofrecida por Luis Buch para este libro en relación con el tema señalado, en las páginas 300-301 de los Anexos.

y obtuvo la autorización. Ella misma relató a la revista *Santiago* cómo logró salir del país:

[...] Viajé con Marcia, la esposa de Léster Rodríguez[...]. Yo llegaba al aeropuerto adelantada, y ella más atrás. Si algo me pasaba ella no cogía el avión y avisaba lo sucedido; si no, montaba normalmente después que yo, y seguíamos juntas. Ahí también el pueblo fue solidario. Cuando llego y entrego el pasaporte, que traía otro nombre y otra fotografía, el muchacho me mira, mira el nombre, la foto, me mira a mí y dice: «Quédese aquí».

Entonces yo me acerco con disimulo a Marcia y le digo: «Fíjate, creo que me han descubierto, así que ponte en lo último de la cola, para que si me pasa algo te retires».

Estuve dudando si irme o no, pero cuando la fila iba avanzando por un lado aparece de nuevo el muchacho: «Oiga, venga usted para acá». Yo protesto: «Pero si ya la gente está montada en el avión...» Y él contesta: «Sí, sí, pero es que no había pasaje y ya encontramos». Me agarra y me lleva por otro lugar para el avión esquivando los otros controles. Marcia, que ve aquel movimiento, pero no oye lo que él me dice, corre detrás y recrimina al muchacho: «Oiga, a mí me dijeron que no podía ir, y cómo yo veo que esta que está más atrás que yo sí puede ir». Se hizo la guapa: «Así que no había asientos ¿no?». Mentira, había muchísimos [...] pero el muchacho le dice: «A ver, monte usted también, ande». Y ella todavía le decía: «¡Informales!». Entonces, cuando yo voy a subir la escalerilla del avión, me da la mano, se queda un poco cortado, y me dice: «¡Buena suerte!»

A principios de julio de 1958, a un año de mi fuga, fui trasladado de la cárcel de Boniato al Castillo del Príncipe, en La Habana. Me llevaron bajo fuerte custodia, en un avión militar. Los guardias, confundidos, me condujeron al Vivac, donde estaban los presos sin condenar, y aunque no aclaré el error,

inmediatamente los militares del Vivac orientaron que yo debía ir a la zona del Príncipe, en la que estaban los sancionados.

Una de las primeras personas que me encontré allí fue a Quintín Pino Machado, quien estaba preso en Isla de Pinos y también había sido trasladado al Castillo del Príncipe para hacerle unos juicios. Quintín, tan pronto me vio, me preguntó: «¿Armando, nosotros somos comunistas?» Me quedé pensativo, sorprendido y sin saber exactamente cómo responderle. Quintín había recibido la influencia del pensamiento socialista en Santa Clara, donde su madre, Margot Machado, tenía un colegio en el que predominaban ideas muy avanzadas. Él era comunista dentro de las filas del Movimiento 26 de Julio.

Al repasar las diversas cartas y textos que entonces escribí, las ideas estratégicas que tenía acerca de la toma del poder y otros muchos asuntos, puedo confirmar que obviamente ya yo tenía entonces, así como otros compañeros del 26, una cosmovisión socialista.

Por esos días llegó a la cárcel literatura revolucionaria que procedía del Segundo Frente Oriental Frank País. Me causó honda impresión por su contenido social y anticolonialista un mensaje a la juventud de Raúl Castro, fechado el 27 de junio de 1958.<sup>38</sup>

En el presidio se conocía que Raúl había consolidado sus fuerzas en toda aquella vasta región y realizaba una importante labor cultural, social e ideológica, en uno de los territorios más pobres del país. Este documento significó una confirmación de las ideas que ya tenía y una reafirmación moral y política de las convicciones que poseíamos muchos de los presos revolucionarios del Castillo del Príncipe.

Nos llevaron a una galera mucho más incómoda, en la que estábamos hacinados, y ello propiciaba el aumento de la ten-

<sup>38</sup> Véase el texto del citado documento en las páginas 302-307 de los Anexos.

sión entre los miembros de los grupos de acción. Ahora resultaba más difícil desarrollar una organización como la que habíamos tenido en el Vivac desde el año anterior.

Se habían dictado medidas carcelarias de carácter más restrictivo en cuanto a las visitas, a las comidas, y se habían cometido varios atropellos, al extremo de que aproximadamente a las tres de la tarde del primero de agosto de 1958, creció la tirantez, porque ese día los agentes habían expulsado de la prisión a nuestros familiares, maltratándolos. En realidad, ellos no querían testigos de la matanza que se avecinaba.

Los autores del crimen infernal contra los presos políticos fueron los connotados asesinos Conrado Carratalá Ugalde y Esteban Ventura Novo, escoltados por más de veinte secuaces miembros de la Policía Nacional y del S.I.M.

Como resultado de aquella masacre murieron en El Príncipe los presos políticos Vicente Ponce Carrasco, Reinaldo Gutiérrez Otaño y Roberto de la Rosa Valdés; también una veintena resultó gravemente herida.

Ofrecimos una valiente resistencia en aquel desigual enfrentamiento; acorralados tras las rejas, peleamos con las camas, con botellas, con todo lo que tuvimos a nuestro alcance...

En el Vivac, los compañeros que se encontraban cerca de los heridos los auxiliaron. Hasta que al fin, poco a poco, las bestias se fueron controlando. A pesar de la incertidumbre logramos mantenernos serenos. Luego estuvimos dos horas de pie con las manos en alto y bajo estricta vigilancia. Durante tres horas, los heridos estuvieron sin recibir asistencia médica alguna.

Los criminales fueron capaces de afirmar a la opinión pública que aquel «accidente» lo habían provocado los propios presos políticos, que portaban amas de fuego y ofrecieron resistencia entablando la «batalla» por no quererlas entregar

pacíficamente a la Policía. El día 2 de agosto conocimos que habían sumado ocho nuevas víctimas a la siniestra matanza.

Logramos enviar la información fuera de la cárcel de cómo habían ocurrido las cosas en la realidad y expliqué los detalles en una denuncia<sup>39</sup> que aspirábamos publicar nacional e internacionalmente. También pudimos hacer llegar varias cartas<sup>40</sup> para relatar los hechos.

Al respecto, extraigo fragmentos de la que hice a Yeyé, el 4 de agosto de 1958:

[...] No puedo escribirte muy largo porque con ésta deben salir algunos documentos, y la situación es lógicamente apretada. No deseo alarmarte, pero nunca he tenido o vivido una situación más difícil. Protestábamos contra la suspensión de las visitas, la detención de compañeros puestos en libertad y que luego aparecen asesinados [...].

Protestamos de una manera heroica y bastante enérgica y se concentraron aquí los jefes de todos los cuerpos represivos, la «flor» del régimen al mando de Pilar García. Tres horas ametrallándonos la galera. Y como teníamos barricadas de camas de hierro encendidas les costó trabajo entrar. Carratalá fue herido y esto nos salvó, pues él venía con las intenciones peores. En el Vivac tuvieron peor suerte porque el acceso fue fácil y no dio tiempo a que pasaran las horas. Tenemos noticias de que sus intenciones eran aprovechar la ocasión y asesinar a Aldo Vera, Odón, Carlos Iglesias y a mí. Pero a las tres horas de estar asesinando en el Vivac, ya estaban aquí tres ministros (Gobernación, Justicia y Hacienda), y éstos contuvieron la matanza, según parece. Además, Pilar García (su hijo realizó la «hazaña» del Vivac) dio órdenes de parar.

<sup>39</sup> Véase el texto de la denuncia en las páginas 308 de los Anexos.

<sup>40</sup> Véase el texto de la carta que envié al director de Radio Rumbos, de Venezuela, en las páginas 309-310 de los Anexos.

Arrinconados cerca de cien hombres entre las candelas y las armas, luego colocados todos contra la pared de frente a ella y en la espalda: Irenaldo, Pilar García y todos los jefes represivos, los mayores asesinos de este régimen [...].

El valor y la integridad de todos estuvo siempre al más alto nivel. No hubo vacilación o flaquezas, ni aun cuando en esa situación alguien preguntó por dónde empezaban [...]. Yo me acordaba del tremendo golpe para Mama y Papo, pensaba que acaso este segundo golpe no pudieran resistirlo [...]. Pero todos estuvimos firmes.

Luego se nos trasladó a la galera y se nos obligó a limpiarla. Alguien le dijo a Martín Pérez quién era yo, y éste me dijo: «¡Ah, yo creía que usted era más grande y gordo!. ¡Cómo lo hemos buscado en la calle! A ver, póngase a barrer». [...]

Le respondí: «Yo sé hacer esto y tengo a honor cualquier trabajo [...]». Me dijo: «Si, yo lo sé. Deje, deje la escoba» —y siguió hablándome en tono político y reflexivo, que yo debía ser uno de los muertos, pero que los del Vivac nos habían salvado. ¡Qué trágico!

Lo grave es que ya conocen el camino.

Aquí estamos levantados y debe ser así, pues la moral revolucionaria lo exige. Estamos, como tú decías, en un polvorín [...], qué intuición tienes, creo que lo calculaste todo desde allá [...].

[...] aquella noche explotaron ocho bombas en La Habana. Hemos levantado el espíritu de combate en la capital, afectado por tantos contratiempos [...].

Llevaremos la protesta a los juicios, lanzaremos las consignas hacia fuera. Estremeceremos La Habana si se nos ayuda desde afuera. Y procuraremos no hacer ninguna violencia. Resistiremos solamente [...].

Pienso que acaso lo más significativo es que nos llevaran para la Isla donde también tengo grandes trabajos que hacer. Creo que cuando me lleven ya esto habrá avanzado [...].

Tenía un largo informe para la Dirección sobre ello, pero lo quemé cuando los hechos tuvieron lugar [...].

Los sucesos del primero de agosto constituyen un ejemplo de la violencia con que el régimen agredía sistemáticamente a los presos políticos. El odio que descargaban contra nosotros fortalecía la moral de los combatientes. Ni con la muerte lograban intimidarnos, ni doblegar nuestro espíritu.

La nota siguiente la escribí por esos días al Movimiento, y es un ejemplo de cuáles seguían siendo nuestras verdaderas preocupaciones:

Mucho nos ha agradado a todos el último *Revolución*. Aquí leemos lo que nos envían de la calle en los círculos de estudios revolucionarios que funcionan todas las noches. Cualquier propaganda del Movimiento remítemela, pues son ochenta presos de cárcel y cuatrocientos de Vivac a los que tenemos que tener informados y orientados. En la Isla de Pinos tenemos cuatrocientos presos. La información a los presos es algo vital y debe cuidarse celosamente.

Lo que más me ha gustado de *Revolución* es que el anterior lo leímos hace sólo diez o quince días. La periodicidad de la salida es algo importantísimo y que siempre ha resultado difícil de lograr.

Un saludo a todos los compañeros y una felicitación a los responsables de propaganda y obreros por los números de *Revolución* y *Vanguardia Obrera* que he leído.

Revolucionariamente,

Hart

Prisión del Príncipe

En semanas posteriores, tal parece que para aislarnos de la capital o por cualquier otra razón que desconozco, tomaron la decisión de que un grupo de nosotros fuera trasladado al Presidio Nacional de Isla de Pinos, que llamaban «Modelo».

Había sido construido por Gerardo Machado durante su mandato, comenzó a funcionar en 1931 y luego recibió el nombre de Reclusorio Nacional para Hombres. En total lo conformaba un complejo de cinco edificios circulares con capacidad para cinco mil presos. Pasó por allí una incalculable cantidad de combatientes revolucionarios contra las tiranías de Machado y Batista.

Nos ubicaron en una de las galeras, que era inmensa, y en la que había cientos de presos revolucionarios de todas las tendencias, incluyendo al grupo de militares que había sido condenado por la conspiración de Abril de 1956. Estaban también allí los expedicionarios del «Gramma» que salvaron sus vidas y fueron arrestados después del desembarco. La fuerza principal era la del Movimiento 26 de Julio.

Compartí aquellos meses con varios compañeros y amigos personales como Quintín Pino, Mario Hidalgo, Jesús Montané, Casto Amador, Joaquín Mas, José Ponce y otros.

Al llegar a Isla de Pinos, informé a Fidel y a la Dirección Nacional del magnífico trabajo organizativo realizado por la comisión que, desde la Sierra y a propuesta mía, había designado el propio Comandante en Jefe. La constituían Carlos Iglesias, Quintín Pino, Mario Hidalgo y Jesús Montané, entre otros.

Hice contacto con el grupo de militares de la conspiración capitaneada por Ramón Barquín, aunque políticamente no confiábamos en él. Entablé amistad personal con Enrique Borbonet y José Ramón Fernández; de ambos hicimos en el Movimiento una evaluación muy positiva.

Las autoridades carcelarias escogían a un preso para ejercer las funciones de mayor de la galera. Enrique Borbonet la había desempeñado y con posterioridad la realizó Fernández, quien también fungió como instructor militar del batallón que se formó dentro de la propia circular y estuvo dando clases más de un año. Los dos pudieron llevar a cabo esta respon-

sabilidad por su capacidad de mando, organización y porque contaban con la colaboración de los presos políticos del 26 de Julio.

El 5 de septiembre de 1958, al cumplirse el primer aniversario de los heroicos sucesos de Cienfuegos, celebramos en la cárcel una marcha patriótico militar para la cual disponíamos del espacio inmenso de la galera circular. Fue preparada por el Movimiento 26 de Julio y la hicimos para forjar una mayor disciplina y reafirmar el recuerdo de nuestros héroes y mártires.

Existía una fuerte organización del Movimiento con mejores condiciones que en El Príncipe, podíamos dedicarnos a estudiar más y a organizar círculos de estudio e incluso se realizaban ciclos de conferencias.

Un día, entrada la tarde, desde un piso superior de la circular se creó una situación de desorden entre los combatientes, al punto de que amenazaban con que algún compañero fuera lanzado desde lo alto. Algunos de los militares, con Fernández a la cabeza y un grupo de nosotros, los del 26 de Julio, subimos en medio de la multitud a imponer disciplina. Recuerdo que grité: «El 26 de Julio dispone que se restablezca el orden», y logramos pacificar aquella masa belicosa. El compañero que había sido responsable de todo, tras un juicio que le hicimos, fue colocado en una pequeña celdilla que había en la circular. Era un preso entre los presos, castigado por la indisciplina cometida.

Cuando terminó el incidente, le dije a Barquín: «¿Ve usted cómo el 26 de Julio es quien puede poner orden en Cuba?»

La galera era del 26 de Julio.

Con fecha 12 de octubre, Fidel nos envió una carta y cinco mil pesos en nombre de los guerrilleros, para la ayuda a los revolucionarios que estábamos encerrados. Orientó, además, que eligiéramos una comisión para darle la justa distribución a ese dinero. Con ese propósito se convocaron unas elecciones en las

que se produjeron diversos debates sobre quiénes debían ser los miembros de la misma. Finalmente, salieron elegidos los candidatos que había propuesto la Dirección del Movimiento.

En los meses finales de 1958, Fidel propuso a la tiranía el canje del coronel Carrasco, capturado por el Ejército Rebelde en la Sierra, por Enrique Borbonet, lo cual debió de causar molestia a Ramón Barquín, máximo representante de los militares presos.

En una ocasión, Quintín Pino le preguntó a Borbonet: «¿Si la Revolución llega a ser socialista, te mantendrías dentro de ella?» A lo que el honrado militar respondió: «Si el pueblo está con la Revolución Socialista, yo lo seré». Y cumplió su juramento. Abrazó las ideas del socialismo y murió en su patria.

Dentro de la cárcel poseíamos una radio clandestina, que manejaba el compañero Casto Amador. Transcurrían las semanas finales de diciembre de 1958. Pasamos la noche del 24 escuchando las noticias acerca de los avances de las tropas rebeldes, y conocimos de las fuerzas que al mando de Almeida se acercaban a Santiago, de la marcha de Camilo y el Che hacia el centro de la Isla, y de la toma de distintos pueblos en esa región.

A propósito de la invasión a Occidente, Barquín dijo: «No es posible que esto sea así, porque militarmente ello no es factible», y un compañero le respondió: «Coronel, lo hicieron porque no sabían que era imposible». El ambiente general de la galera era de ascenso revolucionario.

Se ha comentado que Ramón Barquín estaba promoviendo un golpe de Estado desde la cárcel, a partir de sus contactos con el Ejército, sus relaciones con la embajada norteamericana, y que su objetivo era neutralizar la victoria de la Revolución. Dada su formación política sería absurdo que no pretendiera realizarlo, porque eso estaba en correspondencia con su línea de pensamiento.

Barquín no era un militante del Movimiento 26 de Julio, y aunque lo considerábamos un militar de pensamiento democrata constitucionalista, sabíamos que no era un hombre de la Revolución.

La noche del 24 de diciembre de 1956, cené en casa de Vilma; el año 1957 lo esperé en el Santiago rebelde; el 1958 lo recibí en la Sierra junto a Fidel; en las Pascuas de 1958 y el Año Nuevo de 1959 estaba junto a un numeroso grupo de compañeros en la cárcel de Isla de Pinos.

En las primeras horas de la madrugada del histórico Primero de Enero recibimos el ¡Notición! por la radio clandestina que tenía Casto Amador. Todos nos empezamos a preparar para salir, pero los guardias no lo permitían. Allí nos mantuvieron hasta las dos o las tres de la tarde, cuando se apareció un grupo de oficiales para buscar a Barquín y a los presos militares. Querían utilizar esta última carta contra el movimiento popular.

Los oficiales llegados de La Habana pretendían que los civiles nos quedáramos presos en la circular. Barquín asumió similar posición.

Borbonet, Fernández, otros militares y la Dirección del Movimiento 26 de Julio, les planteamos que tal cosa era inaceptable. Fui a discutir con Barquín y le exigí la liberación de todos los presos políticos.

Barquín también quiso dejar a un militar del régimen caído y de su total confianza al frente de la guarnición de la Isla. No estuve de acuerdo e inmediatamente fui a ver a Fernández a su celda. Le propuse que aceptara en nombre del Movimiento 26 de Julio y de la Revolución asumir el mando militar; desde luego, él accedió. Fernández estableció el compromiso de que asumido el mando se liberaría a todos los presos y se respetarían solamente las órdenes del 26 de Julio.

Las pretensiones de dejarnos recluidos a los compañeros del Movimiento fueron frustradas por la unidad con que actuaron Borbonet, Fernández, los militares que ellos capitaneaban y la masa de militantes del 26 de Julio que nosotros representábamos.

Fernández, con un gran sentido ético, explicó las razones por las cuales un tiempo atrás no había ingresado en el Movimiento. Con la posición que tomaron tanto él como Borbonet, el día Primero de Enero aquellos militares ingresaron en las filas de nuestra organización.

Luego salimos del presidio, rumbo al cuartel, algunos dirigentes del 26 de Julio con varios oficiales para informar y seguir ejecutando la decisión tomada.

Aunque Barquín me dijo que marchara junto a él hacia Columbia, decidí quedarme en la Isla para asumir con otros compañeros la tarea de amar a los presos y posesionarnos de aquella zona, porque no sabíamos cómo andaban Columbia y el resto del país y pensábamos que este territorio podía servir de reserva al Ejército Rebelde.

Quintín Pino Machado y Mario Hidalgo acompañaron a Barquín con la encomienda del Movimiento de remitimos, tan pronto como llegasen, noticias acerca de lo que sucedía en Columbia. Mientras tanto, en unión de Fernández, Montané y otros compañeros, tomamos las posiciones principales y detuvimos a los más connotados esbirros.

Se designó a Jesús Montané para la dirección civil del municipio de Isla de Pinos, y el día 2, como a las diez de la mañana, con un discurso en el portal del Ayuntamiento tomó posesión como alcalde.

A media noche, nos llamaron los compañeros que habíamos enviado junto a Barquín y nos informaron que el ejército de Batista estaba derrotado; nos aconsejaban que esa misma madrugada saliéramos hacia la capital. Así lo hicimos en

las primeras horas del 2 de enero. Viajamos en un avión, cargados de hombres y armas hacia el aeropuerto de Columbia, hoy Ciudad Libertad.

Casto Amador fue el organizador de aquella tropa de presos liberados, que, armados, aterrizamos en el viejo campamento de Columbia.

Inmediatamente, en el puesto de mando me tropecé con Barquín, quien reclinándose en la silla de Tabernilla me dijo: «¡No me han entregado Ejército alguno!». No valía la pena responderle, Cuba tenía otro Ejército: ¡el comandado por Fidel!

Al imperialismo solamente le ofrecían confianza Batista y su régimen; por eso, en abril de 1956 no tuvo la perspicacia de apoyar a Barquín y perdió su última posibilidad, si es que ésta existía.

Lo cierto es que el destino de los intereses imperialistas en Cuba estaba indisolublemente unido a los del cacique del 10 de marzo.

Desde el extranjero, Haydée llamó a Columbia y habló conmigo. Se quedó asombrada de que yo estuviera allí. Le dije que ya Columbia estaba bajo la influencia decisiva del Movimiento 26 de Julio.

Fidel había convocado desde Palma Soriano la huelga general para rechazar cualquier golpe de Estado y reclamar el triunfo total de la Revolución. Cuando llamé a Santiago para pedir orientación me informaron que el campamento militar de Columbia sería dirigido por Camilo Cienfuegos. Me reuní con Barquín y los militares y les informé cuál era la decisión de la Revolución. Barquín se quedó pasmado y molesto. Enseguida me dijo: «Si usted quiere le entrego el campamento», pero le respondí: «No hace falta, ya Camilo va llegando a La Habana».

Luego de esta conversación, viajé a Santiago de Cuba en avión militar para establecer contacto con Fidel. En casa de la

familia Ruiz Bravo, donde había estado en la clandestinidad, me encontré con Raúl Castro, quien se hallaba al frente del Moncada y de la ciudad de Santiago.

Fidel se encontraba camino de Camagüey.

Antes de partir hacia esta provincia asistí en la Universidad de Oriente a la toma de posesión de Manuel Urrutia como Presidente de la República, pues Santiago había sido proclamada capital del país. En la biblioteca de esa casa de estudios hicimos un acto ampliamente divulgado.

Mi encuentro con Fidel se produjo en el aeropuerto de Camagüey. Al acercarme a él y a Celia, me dijeron que me propondrían como Ministro de Educación.

La llegada de mi padre y Haydée, procedentes de Miami, constituyó una gran emoción. Al día siguiente arribaban a tierra agramontina el Presidente Urrutia, Faustino Pérez, Luis Buch y otros compañeros, con el propósito de entrevistarse con Fidel y luego partir hacia La Habana. Así lo hice junto al Presidente y a algunos miembros del primer gabinete de la Revolución.

Del aeropuerto de Boyeros salimos directamente hacia el antiguo Palacio Presidencial, donde se encontraban los compañeros del Directorio Revolucionario 13 de Marzo.

El 8 de enero de 1959, se producía la entrada triunfal del Comandante en Jefe y sus victoriosos guerrilleros en La Habana. Regresaba cuatro años y medio después de su salida de Cuba, tal como lo había prometido, con «la tiranía descabezada a los pies».

La guerrilla y el desarrollo a partir de ella de un movimiento popular armado, se fue transformando en un modo de lucha eficaz para alcanzar la victoria revolucionaria. La táctica y la estrategia de Fidel de la lucha guerrillera se incubaron, materializaron y alcanzaron niveles de epopeya, en aquel breve tiempo histórico.

Durante el segundo año de la guerra, Raúl partió de la Sierra Maestra para organizar el Segundo Frente; Almeida avanzó hacia las proximidades de Santiago y organizó el Tercer Frente; en los meses finales el Che, y Camilo marcharon hacia Occidente, a través de la inmensa llanura que nace en Bayamo y Manzanillo y se extiende por Las Tunas, Camagüey y Ciego de Ávila hasta las montañas del Escambray, y se situaron en el centro de la Isla, con lo cual rememoraban sesenta años más tarde la proeza heroica de Gómez y Maceo.

Fidel permaneció en la Sierra librando combates decisivos, dirigiendo desde allí la estrategia de la guerra y transformándose en el líder popular más extraordinario de nuestra América.

La victoria del Ejército Rebelde coronó la hazaña, y los libertadores entraron en Santiago de Cuba, conquistaron el Moncada, «vengaron» a los muertos y se ganaron el derecho «de romper la costra tenaz del coloniaje».

Insurrección popular más huelga general fue la fórmula definitiva de la Revolución para extirpar el oprobioso régimen surgido el 10 de marzo de 1952.

La Revolución de los campesinos, obreros y estudiantes, bajo la dirección del universitario Fidel Castro, había triunfado.

Concluía una etapa decisiva de la historia de Cuba. Veinticinco meses liquidaron para siempre cuatro siglos y medio de coloniaje. En ellos se sintetizaron cerca de cien años de lucha revolucionaria cubana por la independencia y la libertad.

## Epílogo

**E**stas reflexiones son los recuerdos de un agradecido de la Revolución Cubana. En ellas no me propuse investigar lo que supuestamente anduvo mal, no pudo ser o debió ser mejor. He tratado de impregnar estas crónicas de mi convicción unitaria en lo político. Es difícil, pero menos complejo que en el seno de la propia realidad.

Las revoluciones no son paseos por hermosos prados y jardines, donde los hombres marchan sin dificultad y angustia. Los procesos de cambio están cargados de ellas y las multiplican. La Historia no transcurre en forma lineal. Las situaciones contradictorias generan pasiones donde anda presente el conflicto humano y marcan el proceder revolucionario.

Meses antes del «Granma», tras la partida de Fidel a México, en medio de problemas de este carácter, Haydée me vio preocupado y me dijo algo que nunca olvidaré: «A ti te gusta la política y trabajar con las ideas, y eso trae este tipo de problemas. Si no quieres tenerlos, deja la política y haz la Revolución sin este tipo de debate». Ella sabía que esto no estaba en mi naturaleza.

Cuando la política se toma en serio hay que asumir las coyunturas y situarse por encima de sus contingencias menores. Debe poseerse una inmensa serenidad y paciencia para enfrentarla con éxito. ¡Qué difícil resulta muchas veces!

Unos pocos de los que se iniciaron en la gesta acabaron al margen de esta historia de gloria. Se perdieron la felicidad de vivirla junto al pueblo de Fidel, porque aspiraban a más de lo que ellos podían ser dentro de la Revolución; los movió el resentimiento.

La Revolución Cubana fue la primera y hasta hoy la única de inspiración socialista que triunfó en Occidente. La proeza es mayor cuando se toma en cuenta que los cuarenta años transcurridos desde entonces están marcados por el declive del socialismo en Europa y en la URSS.

En noviembre de 1959, cuando se produjo una compleja discusión en el Consejo de Ministros, al fijar mi posición, dije: «Para entender a Fidel hay que tener muy presente que está promoviendo la Revolución Socialista a partir de la historia de Cuba, América Latina y del pensamiento anticolonialista y universal de José Martí».

Me hice fidelista porque Fidel ha sido capaz de defender y materializar con dignidad y talento los paradigmas éticos y democráticos revelados en esa tradición patriótica.

Más de cuatro décadas contadas desde el Moncada no se borrarán jamás de la historia de Cuba, América y el mundo.

La Revolución Cubana significó un aldabonazo en la conciencia universal.

